

18

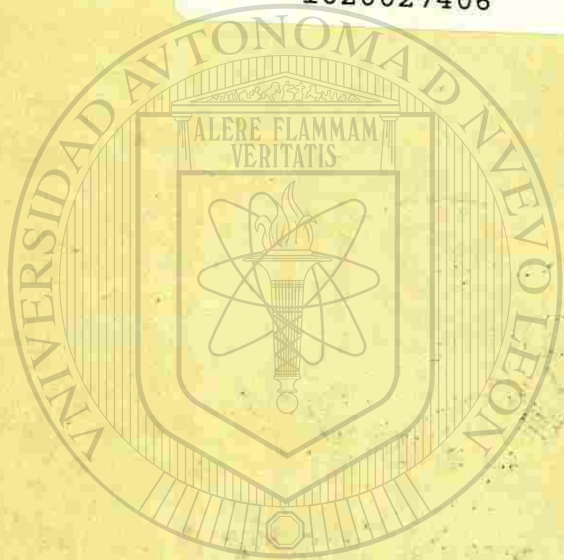
00

SINUES
—
ORTESANA
LUSTRES

RAID
PC6567
-S5
067



1020027406



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



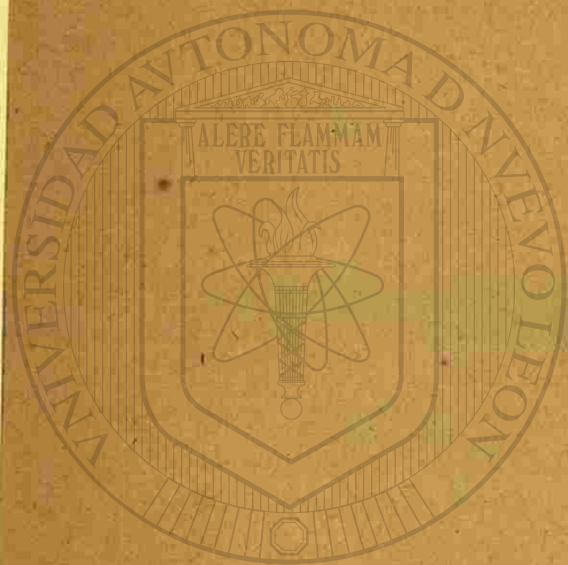


CORTESANAS ILUSTRES

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. 920
Núm. Autor 6180
Núm. Adg. 34489
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69



CORTESANAS

ILUSTRES

LEYENDAS ORIGINALES

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

100505

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

SATURNINO CALLEJA

CALLE DE LA PAZ, 7, LIBRERÍA
Paris.—Rouger et Chernoviz, Éditeurs.

1878

34489

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

868
5



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

PQ 20567
55
C67

Es propiedad.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CATALINA GABRIELLI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CATALINA GABRIELLI.

I.

Roma se ha envanecido siempre, y con razón, de sus palacios.

Roma, la cuna y patria de la arquitectura; Roma, donde ha respirado, vivido y padecido el inmortal Miguel Angel, es la que ha ostentado en los edificio más riqueza y mayor magnificencia.

Hacia el año de 1740 sobresalia, entre aquella multitud de gallardos y elegantes edificios de mármol y jaspe, el palacio del príncipe Gabrielli, gran señor romano, alegre, bebedor, y, sobre todo, el más famoso gastrónomo que por entónces se conocia en Italia.

El Príncipe, viudo ya de algunos años, no habia querido volver á casarse; su esposa habia sido un ángel de belleza y virtudes; pero él habia sabido hacerla bastante feliz; era uno de esos hombres que

muy jóvenes aún, ven en el matrimonio el paraíso del amor, pero que tardan muy poco en fastidiarse de él; é incapaces de dominarse en sus ligerezas, obran del mismo modo que si aún conservasen su libertad de solteros.

La Princesa, dulce, modesta y débil mujer, sufrió mucho; pero sin quejarse jamás.

Su marido aparentaba creerla muy dichosa, y así se entregaba, más á gusto suyo, á todos los placeres que le proporcionaban su inmensa fortuna y la libertad de sus inclinaciones.

Adquirió el carácter de la Princesa, que jamás habia sido muy alegre, una melancolía mortal, producida, además de los excesos de su esposo, por la muerte de su hijo único, y poco tardó en morir también, dejando á su marido más libre que jamás lo habia estado.

Este no se halló mejor ni peor con su viudez, pues nunca habia pensado, para hacer su gusto en todo y por todo, en que tenia esposa.

Siguió jugando, dejando gran parte de su fortuna entre las manos de las bailarinas y mujeres de vida dudosa, y de esta suerte llegó á los cuarenta años, poniéndose excesivamente gordo y siendo muy estimado por su carácter en extremo alegre, y propio para toda clase de diversiones.

Algunas damas romanas quisieron hacerle inclinarse de nuevo la frente al yugo conyugal; pero él se

horrizaba sólo de escuchar semejante proposición.

—Señoras, respondia; pedidme bailes, comidas, cuanto querais, ménos que me case; mandad en mi casa todas, en vez de traerme á ella una sola soberana. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más querais? Disponed de mis rentas, de mi persona; ¿os complace un baile magnífico? Disponedlo; ahí está mi tesoro que nada os negará.

Aprovecháronse las damas jóvenes y elegantes de aquel permiso, é hicieron del palacio Gabrielli el centro de sus diversiones.

Todos los dias habia en él convites.

Todas las noches el resplandor de las luces que se escapaba por los balcones, y los ecos de una numerosa orquesta, decian que habia baile.

El Príncipe gastaba sus cuantiosas rentas con el mayor gusto en aquellas fiestas; habia sabido conservar dos cosas, que regularmente perecen entre la vida borrascosa á que él se habia entregado; la galanteria y la esplendidez.

Así pasaron cuatro años y llegó el de 1744.

Una noche de otoño daba el Príncipe una de sus soberbias fiestas.

Lo más escogido de la nobleza italiana poblaba sus salones, que resplandecian con el oro, las luces y las flores.

La sala de la cena, sobre todo, era una deslum-

bradora maravilla; en el centro habia dos largas mesas llenas de luces, de plata y oro; el vino centelleaba en ampollas de cristal de roca con los colores del topacio y del rubí; grandes estatuas de plata sostenian en la cabeza canastillos de filigrana llenos de flores, de las que salian candelabros de oro cargados de bugias perfumadas de cera color de rosa.

Multitud de criados discurrían por el salón adivinando los deseos más pequeños de los convidados, y los gritos y las risas llenaban los ámbitos de aquel suntuoso comedor.

Veíanse allí las damas más elegantes y más coquetas de la nobleza romana; el Príncipe, al cambiar de edad, habia cambiado de hábitos: sus cabellos empezaban á encanecer y las bellezas vulgares y mercenarias empezaban también á gustarle ménos que las mujeres distinguidas que, con sus esposos, padres ó hermanos, embellecerían su soledad.

En medio del alegre rumor de las risas y de las varias conversaciones que se agitaban en torno de la mesa, se oyó un canto melodioso y varonil.

—Callad y escuchemos; dijo uno de los convidados; es una hermosa voz.

—¡Bah! repuso la joven y bella condesa de Soranzo; es uno de tantos cantos del pueblo; algun cicerone ó pescador.

—Pero eso no impide que la voz sea hermosa y dulce, objetó otra dama.

—¿Y acaso, amiga mía, no estais escuchando cada dia bellos cantos? Con ellos nos mecen, y oyéndolos nacemos y morimos en nuestra bella Italia.

El silencio siguió á estas palabras.

Todos escucharon hasta que el canto cesó; era, en efecto, una bellísima voz; pero la canción era uno de esos cantares comunes que entonan los hijos del pueblo, como habia dicho la condesa de Soranzo.

—Eso, dijo el Príncipe, no vale nada; y ménos para mis oídos, acostumbrados á escuchar á un ruiseñor.

—¿A un ruiseñor hembra? preguntó con malicia uno de los convidados.

—Precisamente, á un ruiseñor hembra, repuso el Príncipe.

—¡Volvemos á las andadas! dijo la princesa Adriani, amenazándole con el dedo.

—Señoras y señores, interrumpió el Príncipe; no hay que pensar mal; mi ruiseñor es la hija de mi cocinero.

—¡Hum! ¡Un ruiseñor crecido entre cacerolas!

—¡Un ruiseñor de cocina!

—Pero es un ruiseñor encantador, observó el Príncipe sonriéndose.

—Yo desearía verle, dijo la duquesa de Strozzi.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también.

—Nada hay más fácil, señoras, dijo el Príncipe; vé, añadió dirigiéndose á uno de los criados que servian, y di á Catalina que suba.

—Señor... observó el criado perplejo y como quien desea presentar un inconveniente que no se atreve á formular.

—Y bien, ¿qué te ocurre? preguntó el Príncipe.

—Me ocurre advertiros que el padre de Catalina querrá acompañarla.

—Que suba tambien, dijo uno de los convidados: con eso le felicitaremos por su habilidad culinaria.

—¡Sí, sí, que suba! exclamaron en coro casi todos los concurrentes.

—Puesto que estos señores tienen la bondad de permitírselo, que suba, dijo el Príncipe.

II.

Un instante despues, entró un hombre pequeño, grueso y colorado.

Traía, sobre su vestido, el clásico delantal blanco, y cubría su cabeza un gorro cuya limpieza deslumbraba.

El semblante de aquel hombre era cándido, alegre, bonachon.

Asida de la mano traía una de las criaturas más graciosas que se pueden imaginar.

Era morenita, de fisonomía animada y fina, que alumbraban de una manera espléndida dos hermosos y rasgados ojos negros, que brillaban entre largas y espesas pestañas.

Su nariz algo levantada, su linda boca, su frente graciosa, la hacían un tipo delicioso de malicia á la vez cándida y picaresca.

Parecía no pasar de los catorce años, aunque era alta y esbelta, con esa desproporción tan seductora de la adolescencia.

Vestia el traje de las jovencitas del pueblo, pero

esmerado y bonito; una falda de lana á listas azules y encarnadas; un corpiño negro de seda con mangas ajustadas al brazo, una toquilla de linó blanco y una cruz de oro al cuello.

Sus medias, de algodón á rayas azules y blancas, dejaban ver una pierna delgada, pero que prometía tornearse muy pronto, y un pié enano calzado con un zapatito negro.

Era una niña gentil, risueña, encantadora y se asemejaba á la Mignon, que despues ha immortalizado el pincel de Ary Scheffer.

Se llamaba Catalina; el apellido de su padre ha quedado tan sumergido en la oscuridad, que no lo consignan las historias.

—Acércate, Catalina, dijo el Principe, estas señoras desean oírte cantar.

—Está bien, padrino, respondió la graciosa adolescente; yo sólo deseo complaceros, y si os agrada que cante, estoy pronta á hacerlo.

Las damas no dejaron de notar que en esta respuesta habia un gran fondo de altivez.

Catalina iba á cantar por complacer á su padrino, no por complacerlas á ellas.

—¿Qué cantaré? preguntó Catalina.

—Lo que tú quieras.

—¿Pero qué os gusta más, padrino?

—Todo me parece bonito cantándolo tú.

Catalina no hizo más observaciones.

Tomó de la mesa del festin un vaso limpio, asíó una botella de vino y puso en él como dos dedos; luego lo llenó de agua y se lo bebió.

—Esto aclara la voz, dijo enseguida dejando el vaso vacío sobre la mesa.

—Niña ¿qué estás haciendo? exclamó confundido su padre.

—Ya lo habeis visto, beber; supuesto que he de cantar, debo hacerlo lo mejor que pueda y hoy temo hacerlo mal.

—¿Mal? Pues entonces no cantes.

—Cantaré por dar gusto á mi padrino; á no ser por él, no abriría la boca.

Catalina tosió, tomó dos cuchillos y dos copas y empezó una melodía acompañándose, tocando en ellas de una manera dulce y extraña.

Era una tónada vaga, sentida y llena de poesía; pero no pertenecía á ninguna ópera conocida.

Su voz, del timbre más puro y más armonioso, era encantadora; la expresion de su canto admirable; y además su cara se embellecía, al cantar, de un modo que arrebatava.

Cuando acabó, una salva de aplausos celebró su talento.

Ella se ruborizó al recibirlos, y los admitió haciendo una ligera cortesía.

—¿Cuándo has aprendido esa tonada, Catalina? preguntó el Principe.

—La he compuesto ayer, padrino, respondió aquella.

—¿Cómo! ¿También compones?

—Algunas veces.

—¿Como que no hace otra cosa que canturrear, dijo el cocinero, atreviéndose á tomar parte en la conversacion; con ella no hay que contar ni para que limpie las cacerolas, ni para que cuide una crema, ni para nada de lo que su pobre madre me servía.

—Mi madre no sabia cantar, observó Catalina, y yo sí.

—Mucho será lo que adelantemos con eso! murmuró con tono afligido el cocinero; ¡cantar! ¡Cantar! ¡Para qué ha de valerte el saber cantar!

—¡Para ser feliz siempre! respondió Catalina con entusiasmo; padrino, prosiguió; cuando canto, soy tan dichosa que jamás tendria otra ocupacion.

—Y la de componerte, añadió el cocinero; yo no he visto muchacha que más le guste ataviarse; cabellos más cuidados que los de mi hija no los hay; manos que más se perfumen y se blanqueen, tampoco; lástima que no hayas nacido princesa.

—En efecto, la cocinerita me parece bastante coqueta, observó una de las damas presentes.

—Señora, repuso Catalina con altivez; mi padre acaba de decir que yo no hago nada en la cocina.

—Pero, querida mia, ¡dejareis por eso de ser la

hija del cocinero! replicó la misma señora que parecia hallarse ofendida de las maneras bruscas de Catalina

—No quiero tampoco dejar de serlo, respondió la jóven; lo que quisiera seria no tener más ocupacion que cantar.

—Desde mañana, dijo el Principe, te voy á buscar un maestro de música.

—¡Ah! ¿Será verdad, padrino? exclamó Catalina; ¿me van á enseñar la música de veras, con formalidad?

—Sin duda; y así que sepas cantar bien, daré conciertos para que te oigan.

—¿Quereis acaso hacer una cantatriz de esta chiquilla? preguntó al Principe uno de los convidados.

—¡Ojalá fuese así! repondio Gabrielli; la pobre criatura no ha nacido para cocinera y de esta suerte le abriria un porvenir honroso y lucrativo.

Todos los presentes lanzaron á Catalina una mirada en la que se traslucía bastante encono; la carrera de de cantatriz era ya entonces ilustre en Italia, y la flaqueza humana ha sido en todos tiempos la misma.

Todas aquellas opulentas damas se sentian como lastimadas ante la vida de trabajo, pero sembrada de laureles, que podia obtener aquella oscura y humilde niña.

El Principe hizo repetir á Catalina algunas otras

tonadas, que ésta cantó con la misma perfeccion, y luego la despidió con su padre que no cabia en sí de gozosa vanidad reiterándole la promesa de encargar un maestro para ella al día siguiente.

—Sois demasiado bueno en tomaros esos cuidados por una chicueta que seguramente os pagará muy mal, dijo una de las señoras, lo que se podia traducir de esta suerte con toda confianza:

—«Sois un necio.»

—Su cara da á entender que será una viborilla que muerda el pecho donde halle abrigo y calor.

—¿Quién sabe? observó con gravedad uno de los caballeros; puede que pague con su amor el ardiente y exclusivo que el Príncipe parece profesarle

—No lo niego, respondió Gabrielli; la quiero lo mismo que si fuera mi hija.

—¡Bah, bah! sois demasiado buen conocedor para eso, y la chica es muy linda, dijo el que habia hablado ántes.

—Y qué, señores, exclamó el Príncipe: ¿no habrá nada, por santo y puro que sea, que os merezca el concepto de una sana intencion? ¿No se librárá ni áun la caridad de vuestras maliciosas sospechas? Os juro, por mi honor, que esa pobre niña sólo me inspira un afecto paternal; mi mujer fué su madrina y al morir me la legó, lo que, á pesar de mi fama de libertino, basta para que yo la respete.

Habia hablado el Príncipe con tanta autoridad,

que nadie se atrevió á contradecirle; pero la reunion careció ya de alegría y de cordialidad, y muy pronto se dispersó, no sin llevar cada uno la firme intencion de hablar todo lo mal posible de la *cocinerita de Gabrielli*, como despues se la llamó en toda la Italia.



III.

El Príncipe que, no obstante los desórdenes de su vida, era un noble, generoso y espléndido señor, cumplió su palabra, y al día siguiente llamó á Catalina.

Esta salió de las cocinas acompañada de su padre, que, conociendo el entusiasmo de su señor por la belleza, y pareciéndole la de su hija sin rival en el mundo, no se apartaba de ella.

Al lado del Príncipe había un anciano pequeño, enjuto, con los cabellos blancos y el aspecto duro y austero.

Era el ilustre maestro Pórpora, gloria de la Italia y del arte musical.

—Hé aquí á tu maestro, Catalina, dijo el Príncipe; si no llegas con sus lecciones á ser una maravilla, será por culpa tuya; es el ilustre y sábio anciano Pórpora, porque de buscarte una enseñanza, he querido que fuera la primera y mejor del mundo; allí, en aquel gabinete, hallarás un magnífico piano que el mismo Pórpora ha elegido para tí por encargo

mio; ahora tu padre bajará á la cocina, yo me iré, y tú darás tu primera leccion.

En efecto, Catalina quedó sola con el maestro.

Era la cara del anciano tan grave, que la pobre niña, alegre y vivaz, se contristó; dió su leccion, que consistió en cónocer las primeras notas, porque ella nada sabia de música.

Al marcharse, Pórpura le dió un beso en la frente y le dijo:

—Tú serás mucho!

El anciano empleó con Catalina aquella severidad que le hizo proverbial; nada le pasaba; al menor descuido, la regañaba y se ponía furioso; la sujetaba á un estudio lento, paciente, eterno, árido; pero á todo esto resistía la pasion de Catalina por el arte.

Dos años despues, el príncipe Gabrielli convidó para un suntuoso concierto á sus salones á fin de que la nobleza de Roma oyese cantar á su cocinerita; de esta suerte se expresaban las esquelas.

No hay que decir que, unos por curiosidad y otros por dar pasto á la maledicencia, acudieron muchísimos convidados á los salones del palacio Gabrielli.

Jamás se habia visto tan adornada aquella opulenta mansion.

Enormes ramos de flores lucian en vasos de oro; el salon del concierto se hallaba iluminado á giorno; las pedrerías de las damas centelleaban con los colo-

res deslumbrantes del arco iris; las condecoraciones, los bordados uniformes de la córte pontificia y de las embajadas extranjeras, daban mayor brillo á aquella espléndida reunion.

Además de los dos motivos expuestos, habia otro poderoso para que acudiesen en tropel al palacio Gabrielli; el Príncipe, indignado de las hablillas que habian circulado por la ciudad, habia cerrado su casa y él mismo se habia retirado de todo trato.

Los maldicientes sintieron bastante esta medida; era el Príncipe persona de gran influencia, rico, servicial, y además, ¡se comia tan bien en su casa!

Así fué que á la primera invitacion, todos corrieron á reanudar los hilos rotos de aquella útil amistad.

Hácia las diez de la noche vieron entrar á una jóven conducida por un anciano, que le daba el brazo; eran Catalina y su maestro.

Los dos formaban el más extraño contraste que se puede imaginar.

Catalina habia crecido; era una jóven alta, pero muy delgada, ya por su contestura nerviosa y fina, ya por que sólo contaba diez y seis años.

Los mismos eran sus negros ojos, su boca de coral y perlas, la rica profusion de sus cabellos de ébano, la suelta elegancia de su gracioso talle; la misma altivez que se veía en sus facciones, á la que se unia cierto desenfado, que no llegaba á ser inso-

lencia, pero que tampoco tenia nada de comun con la modestia.

Entraba, no como una pobre niña protegida que va á tener la honra de ser escuchada por lo más encumbrado de Roma, sino como una jóven reinecita que va á dejarse oír de sus vasallos.

Llevaba un traje de seda blanca, de hechura lisa; un collar de perlas, de tamaño extraordinario, que habia sido de la hermosa princesa Gabrielli y que habia regalado el Príncipe á Catalina para aquella solemnidad, y medio perdida entre las magnificas trenzas de sus cabellos negros, una rosa blanca.

Vestida de esta suerte, su elegante y rica sencillez la hacia parecer la mejor ataviada de todas las beldades que llenaban el salon.

Pórpora vestia un raído traje de paño negro; el pantalon muy corto dejaba ver sus zapatos sin lustrear. El chaleco habia perdido su primitivo color y presentaba uno indefinible; sobre sus sienes se mecian algunos cabellos blancos que llevaba sin cuidado alguno; y á pesar de un aspecto tan miserable, el génio resplandecia en aquella frente calva.

Pórpora severo, duro, casi feroz para sus discipulos y enteramente olvidado de su persona, era un tesoro de sensibilidad, y gastaba en socorrer á los artistas pobres las inmensas sumas que ganaba.

Muchas altivas y varoniles frentes se inclinaron al pasar aquel pobre viejo, y desde luego se augura-

ron maravillas de la *cocinerita* cuando su rígido maestro la presentaba en público.

Pórpora se sentó al piano; preludió algunos instantes y luego se oyó la voz de Catalina, que empezó con serenidad y admirable estilo el aria de la ópera *Dido*, de Metastasio, *Son regina é son amante*.

Nunca la bella reina de Cartago ha tenido un intérprete más fiel; Catalina cantaba con un estilo tan terso, tan puro, tan admirable; era su fisonomía tan apasionada y tan hermosa, que toda aquella asamblea fria y dispuesta á la critica se dejó arrebatarse por el más ferviente entusiasmo.

Catalina acabó de cantar con calma y serenidad y sin que su triunfo pareciese embriagarla lo más mínimo; luego arrojó una mirada de soberano desdén á la reunion como diciendo:—¿qué sois todos vosotros para mí?

Muchos caballeros se acercaron á felicitar á Pórpora por haber sacado aquel prodigio de una muchacha ignorante, pero el gran maestro, que detestaba el incienso y á los nobles, respondió bastante rudamente:

—Nada, nada, señores; es ella quien vale, pues yo sólo no podria ni se hacer un diamante de un guijarro.

Instóse á Catalina para que cantase de nuevo; pero se negó á ello Pórpora con la áspera resolución que acostumbraba, diciendo que Catalina no podia

abusar aún de sus facultades musicales y que bastaba por aquella noche.

El Príncipe no cabía en sí de alegría y vanidad delante de todos abrazó repetidas veces á Catalina y la besó con la mayor ternura.

Entre los concurrentes, y retirado en el más oscuro rincón de la estancia, se hallaba el cocinero, medio lelo de orgullo; aquella jóven tan admirada, tan obsequiada, ¡era su hija! Aunque tenia otros hijos, toda su admiracion era para Catalina.

Cuando todos se retiraron despues de una espléndida cena, el Príncipe preguntó á Pórpura que cuantas veces al mes podia cantar Catalina en conciertos como aquel.

—Lo más dos, respondió el maestro.

—¡Cómo! ¡Solamente dos!

—Ya os he dicho que eso lo más; pero creedme, y que me crea ella tambien; lo mejor es que se deje de divertir á necios y maldicientes, y que se ajuste en el teatro; esa es su vocacion, y si no, ved como le relumbran los ojos sólo de oirlo.

—¿Cuánto tiempo habrá que pasar para eso?

—Tres años.

—De estos tres años, ¿podré disponer de algun tiempo para dar conciertos?

—De dos; podeis dar cuarenta y ocho conciertos, lo que no deja de ser una cantidad exorbitante; el otro año lo pasará recogida y estudiando

Nadie contradijo la omnipotente voluntad de Pórpura. El Príncipe, conformándose con ella, daba un concierto cada quince dias, y aquel talento, que cada día se desplegaba con facultades más extraordinarias, llevaba al palacio Gabrielli, no sólo á la nobleza romana, sino tambien á la de una gran parte de la Italia, donde la música es la reina de las artes.

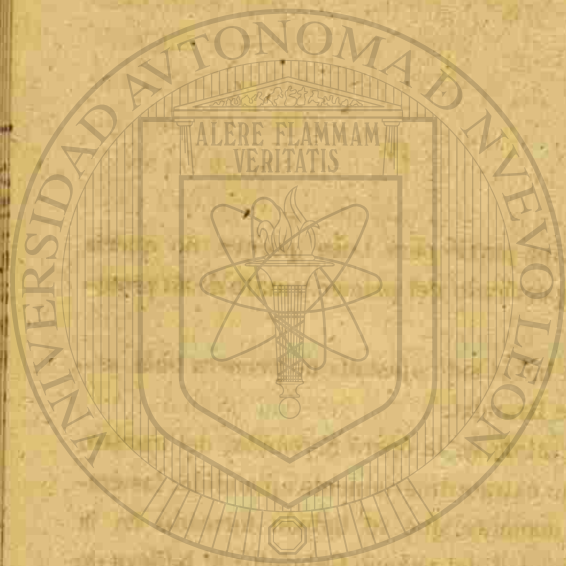
De muchos puntos acudieron empresarios á proponer á la *cocinerita* los más ventajosos ajustes, pues era ya conocida la determinacion que habia tomado de dedicarse al teatro.

Contratóse, al fin, para el de Luca al cumplir los diez y siete años y marchó con Pórpura y un hermano suyo menor.

En la escritura firmó, para complacer á su padrino, Catalina Gabrielli, y desde entónces, es decir, desde su aparicion en el mundo musical, sólo se la conocia con este apellido.

—¿Por qué habeis hecho eso? preguntaban al Príncipe sus amigos: ¿no era bastante ya la proteccion que le habeis dado, que ahora le dais tambien vuestro apellido?

—¿Y quién mejor que ella puede cubrirle de gloria? respondia entusiasmado el Príncipe; ¿qué hago yo con mi apellido? Ella si que le hará ilustre con su talento y su fama.



IV.

El Príncipe partió para Luca porque no quería perder el espectáculo del primer triunfo de su protegida.

Catalina había sido ajustada de *primera* bufa, según antes se llamaba.

Hizo su salida en la ópera *Sofonisba*, del maestro Galupí y fué extraordinariamente aplaudida; las gracias de sus maneras, que se habían formado en la elegante sociedad del palacio Gabrielli; la belleza de su rostro y de su voz, arrebataron á la concurrencia, que la llamó repetidas veces entre aplausos y bravos.

A la siguiente noche se cubrió el escenario de coronas y ramilletes.

Entonces Pórpura exigió para ella más crecidos honorarios; y negándolos la empresa, le hizo romper la escritura y la llevó á Pádua, donde acabó la temporada teatral de 1747.

Durante otros dos años, Catalina Gabrielli recorrió otros varios teatros de Italia, siendo en ellos aplaudida, aunque no con el calor que en Luca; algunas

veces lloró acordándose de aquel entusiasmo, que ya no habia vuelto á encontrar; pero era tal el respetuoso temor que le inspiraba Pórpura, que no se atrevia á manifestarle su pena ni la desconfianza que se iba apoderando de su ánimo en lo que respectaba á su talento.

Sin embargo, el sábio artista leia en su alma con tanta más facilidad cuanto que él sufría tambien; sabia que no se engañaba, y no obstante, Catalina hacia poco efecto y él se desesperaba más que la jóven.

Llegaron, por fin, á Nápoles en 1750; no precedia á la jóven cantatriz más que un nombre muy mediano y la noche de su salida estaba el teatro casi vacío.

Eligió para su estreno la ópera *Dido*, de Metastasio, cuya aria *son regina é son amante*, tanto entusiasmo habia excitado en Roma.

Desde que pisó la escena, comprendió que allí habia más calor y más propension al entusiasmo que en ninguno de los otros públicos que la habian escuchado; cautivado el auditorio por su bella figura y su lindo y expresivo rostro, fué saludada, al salir, con una salva de aplausos.

Catalina, animada y enternecida por una acogida tan favorable, empezó á cantar con seguridad y valentía, cosa tan necesaria en los artistas.

En efecto, nada hay que perjudique tanto al ta-

lento como la timidez; nada hay que lo haga sobresalir como la tranquilidad del ánimo.

El público comprendió lo que valia aquella jóven de veinte años, y la animaba aplaudiéndola en todas las piezas en que lo merecia; acostumbrado á cantatrices viejas,—pues es cosa probada que sólo á la edad madura se acercan los artistas á la perfeccion,—aquel talento precoz, y que al contrario del de todas las demás artistas eminentes prometia largos años de vida, le admiraba hasta un extremo increíble.

Al llegar á la famosa ária, el entusiasmo rayó en delirio; el público se levantaba de sus asientos, gritaba, palmoteaba y expresaba de mil maneras su frenesí.

Algunos de los más entusiastas se fueron apresuradamente á comprar flores, alhajas y palomas blancas que arrojaron al escenario en medio de un delirio indescribible.

Terminada la representacion, fué llamada á la escena diez y siete veces, y al retirarse, fatigada ya de tantas ovaciones, era tanta la gente que llenaba los pasillos y habitaciones que conducian á su cuarto, que creyó imposible penetrar en él.

De aquella noche data la alta reputacion de la Gabrielli, como se llamaba á Catalina; al llegar esta á su cuarto, lo encontró lleno de personajes de la primera grandeza y vió las mesas cubiertas de joyas de gran valor; otras muchas habia atadas á los ra-

milletes que le habian arrojado y que ocupaban todos los asientos de la habitacion.

Entónces se abrieron para Catalina Gabrielli las puertas de la vida galante que hasta aquella época ni áun habia columbrado.

Los personajes más ricos, más distinguidos y más encumbrados de Nápoles solicitaron su amor; pero de todas las solicitudes la libró el cariño paternal y severo de Pórpura.

—La artista se debe á su arte, le decia; tú no debes amar más que á la gloria, ó á lo ménos, espera á conquistarla para escuchar á tu corazon.

Metastasio hizo entónces empeño en llevársela á Viena y en presentarla al Emperador Francisco.

—El único Emperador á quien necesita ser presentada, es el teatro, dijo el severo Pórpura: conséguidle un ajuste, vos que sois omnipotente, é irá.

Metastasio salió prometiéndolo; y, en efecto, un mes despues escribió á la Gabrielli anunciándole que estaba ajustada en el teatro imperial como *prima donna* absoluta y que el Emperador le habia ofrecido, si realmente valia lo que le habian dicho, que la nombraria su cantora de cámara.

UNIVERSIDAD DE BARRAHONA
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 V

Catalina tenia un carácter que estaba muy léjos de valer lo que su talento.

Era dominante, burlona, voluble y no respetaba ninguna jerarquía ni consideracion social.

Confiado en su mérito, quizá con exceso, no guardaba á nadie consideraciones y las exigia todas.

A vuelta de estos defectos, era caritativa y amaba tiernamente á su jóven hermano, á quien daba la educacion más brillante, y que jamás se separó de ella.

Catalina salió para Viena, y su maestro y amigo Pórpura se despidió para Roma el mismo dia.

—Adios, hija mia, le dijo el anciano en tanto que una gruesa lágrima asomaba á sus ojos; ya deo asegurado tu porvenir; la gloria te abre sus puertas y para nada necesitas ya á tu viejo amigo.

—¡Ah! ¿por qué me hablais así? exclamó Catalina sollozando; vos sois preciso para mi felicidad, maestro mio! ¿No os lo debe todo vuestra *cocinerita*? ¿Qué sería yo sin vos? ¡Aún estaría entre las cacero-

las de mi pobre padre! ¿Por qué no os quedais á mi lado? ¡Siempre sereis lo primero del mundo para mí!

—Otros cuidados me llaman, repuso el austero anciano sacudiendo melancólicamente la cabeza y enjugando aquella lágrima que rara vez acudía á sus ojos, me llaman mi arte y mis discípulos. Catalina, escribeme y entérame de tus triunfos.

—¡Ah! ¿Podeis dudar de que lo haré? exclamó la jóven; otra cosa os prometo además; os ofrezco ir á pasar mis primeras vacaciones en vuestra compañía y á estudiar á vuestro lado.

—¡No olvides, hija mia, esa promesa! exclamó el maestro; ven tú, dulce ruiseñor, á alegrar mi solitario y oscuro nido despojado de todas sus flores por las borrascas de la vida! ¡Te espero!

Catalina se acercó á su maestro trémula y ruborizada; algo queria decirle que no se atrevian sus lábios á expresar; su angustia era tan visible que llamó la atencion del anciano.

—¿Qué quieres? le dijo; ¿deseas que lleve algo á tu padre? Habla.

—Ya os diré eso despues, respondió la jóven tomando tiernamente las arrugadas manos del viejo Pórpora; otra cosa es la que deseo ahora y de la que os quiero hablar... maestro... mirad.

Catalina señaló al anciano el cajon de su gaveta casi lleno de oro y de bonos del Estado.

El maestro miró á su discípula sin comprenderla.

En la noble pobreza de aquel sábio maestro, la palabra *dinero* apénas tenia significado alguno.

—Maestro, prosiguió Catalina; ¿todo lo que una hija posee es de su padre, no es verdad?

—Sin duda, respondió Pórpora; por eso debes dar al tuyo el descanso y la comodidad.

—Sí, sí, teneis razon; pero vos sois mi padre tambien, el padre de mi inteligencia, y yo seria mil veces dichosa aliviando la pobreza en que vivis.

—Hija mia, respondió Pórpora; yo nada necesito; pobre he vivido y pobre seguiré viviendo, porque no tengo necesidades ni más amor que mi arte; todos mis discípulos son muy ricos, ya lo sabes, y todos me han dicho lo que tú; pero el viejo Pórpora nada necesita, nada más que ver el cielo y el sol á travésde la ventanita de su cuarto.

—¿Pero no socorreis á los artistas pobres?

—Sí, por cierto.

—Tomad, al ménos, para ellos, observó Catalina llenando las manos en el cajon y presentando su contenido á Pórpora.

—Venga, dijo el anciano, y que Dios te recompense con la gloria, hija mia; á nadie le ha ocurrido eso más que á tí; tengo discípulas reinas y princesas que me dicen:—¿qué quereis, maestro? Pedid para vos;—pero jamás me han dicho:—¡tomad esto para los artistas desgraciados!—¡Venga, venga, hija mia! Con esto y otro tanto que yo podré reunir, hay para

fundar un hospital donde puedan acogerse en sus enfermedades, y lo fundaré!

—Tomad más, dijo Catalina, vertiendo abundantes lágrimas, maestro mio, tomad cuando gustéis.

Y viendo que Pórpora no quería acercarse al cajón, tomó con trabajo todo su contenido, lo encerró en una bolsa y exclamó con entusiasmo presentándola á Pórpora:

—¡Tomad, para mis pobres hermanos que sufren! ¡Que no se muera en flor ningun génio por carecer de recursos para el estudio! ¡Que no lloren ni padezcan en tanto que yo lo pueda remediar, y para eso, padre mio, acordáos siempre de Catalina, de vuestra *Cocinerita!*

Pórpora lloraba á raudales; ahogado por la emoción, se dejó caer sobre una silla. Catalina enjugó las lágrimas del anciano con su pañuelo de batista y luego, tomándole de la mano, le hizo ir á donde estaban reunidas todas las joyas.

—Ahora, dijo, no me negueis la gracia de llevaros una memoria mia.

—Esta, exclamó Pórpora tomando la más sencilla de las muchas sortijas que allí se veían y que sólo tenía en el centro un brillante muy pequeño.

—No; ésta, dijo Catalina.

Y colocó en el dedo del maestro un magnífico solitario que le habia arrojado un Príncipe napolitano y que valia un caudal.

—Es una sola piedra, dijo, pero digna de vos, y su procedencia es noble, porque la ha ganado el talento; y ahora, maestro, oid lo que os' encargo; así que lleguéis á Roma, enviadme á mi pobre padre; no sabéis cuánto me acuerdo de él. ¡Quiero que sea dichoso y feliz al lado mio, donde quiera que vaya!

Esta fué la última súplica de Catalina.

Aquella noche salió para Viena acompañada de Metastasio y de su hermano, que sólo tenía doce años y al que amaba con ternura.

Pórpora se volvió á Roma.

Tres días despues de su llegada, *debutó* la Gabrielli en el teatro imperial de Viena en presencia del Emperador y de toda la córte, causando más entusiasmo, si cabe, que en Nápoles.

Estaba entonces tan bella que no era posible tuviese competidoras.

Su estatura, más bien alta que baja, era esbelta y estaba á la vez llena de gracia y de majestad; sus negros ojos eran rasgados, hermosos y lucientes; sus cabellos caían en gruesos y lustrosos rizos negros al rededor de su cuello con una gracia indecible; su boca de coral se hallaba guarnecida de perlas; era incomparable el dibujo de su garganta, de sus hombros y de sus brazos.

En el primer entreacto fueron á llamarla de parte del Emperador.

—Decidle que estoy muy cansada, respondió a

chambelán con la mayor naturalidad; más regular me parece que S. M. venga aquí.

Todos se miraron asombrados de aquella ruda franqueza.

—Querida mía, dijo Metastasio, es imposible responder eso al Emperador.

—¿Por qué?

—Porque es una irreverencia.

—¿El estar yo cansada?

—El enviárselo á decir; teneis que ir, hija mía, á os exponéis á caer en su desgracia.

Catalina hizo un gesto de desdén que traducía hasta qué punto era indomable para los poderosos aquel carácter tan tierno con los débiles y tan amante para los suyos; pero se contuvo por la mucha gente que había en su cuarto y por las miradas suplicantes que le dirigía Metastasio.

Echó sobre su traje una capa de terciopelo y subió con él al palco imperial.

El Emperador y la Emperatriz se sorprendieron á su vista, pues de cerca les pareció la cantatriz más hermosa que en la escena.

—Habeis cantado admirablemente, le dijo la Emperatriz, que creía deber animarla.

—¡Ya lo sé, respondió bruscamente Catalina; si hubiera cantado mal, señora, á buen seguro que no me hubieran aplaudido!

—Sin embargo, repuso el Emperador frunciendo

el ceño, creo que convendreis conmigo, señorita, en que el público de Viena es muy galante.

—No señor, respondió Catalina; si me ha aplaudido, es porque lo merezco; he hecho lo que sabía y no por afán de gustarle, que de sobra sé yo que en algunas ocasiones gusta lo malo y le cansa lo bueno, sino porque al ver un teatro grande, bello, y también alumbrado, me entusiasmé yo misma.

—Y á esto contribuyó el saber que sus majestades habían venido á escucharos, dijo Metastasio que estaba en áscuas al oír las insolencias de Catalina.

—Ni por cinco minutos he pensado en semejante cosa, respondió la rebelde jóven; y además lo mismo canto para todo el mundo. En Nápoles había una pobre vieja ciega que deseaba oírme; me lo dijeron fui á su casa y estuve cantando, por complacerla, más de tres horas, lo mejor que sabía, y ciertamente mejor que esta noche, pues al final del acto me moría de calor y de cansancio, porque la obra es de prueba; si yo cantara lo que me diera la gana, otra cosa sería. ¡Pero eso de cantar una lo que le mandan, apura la paciencia de un santo!

—¡aquella ruda franqueza contrastaba de tal suerte con la adulación y continúa lisonja á que estaban acostumbrados los Emperadores, que éstos miraban á Catalina sin poder comprender apenas lo que oían.

—Ireis mañana por la noche á palacio, dijo la Em

34489

peratriz. y cantareis lo que gustéis para mí y para toda la corte, á la que convidaremos; ahora admitid esta muestra de la satisfaccion con que el Emperador y yo os hemos oido y retiráos ya á descansar hasta que empiece el acto segundo de la ópera.

Y la Emperatriz, al decir estas palabras, se quitó de su brazo izquierdo una rica cinta de pedrería y la puso en las manos de la Gabriellí, que no pareció admirada de semejante don y que acabó de cantar la ópera con el gusto más exquisito y la más fácil bravura.

Al salir, terminada la representacion, se halló con un inmenso público que la esperaba, la hizo subir en un carruaje abierto y la escoltó hasta su casa con la música del teatro y alumbrando con hachas de cera.

VI.

Pocos días despues de su aparicion en el teatro imperial de Viena, se declaró amante suyo el embajador de Francia.

Al mismo tiempo empezó á rendirle sus obsequios el embajador de Portugal: pero así como aquel hacia alarde de su galantería, éste la rodeaba del secreto más profundo.

Catalina no correspondia ni al uno ni al otro, y en aquella ocasion hizo lo que la venalidad más vulgar aconsejaba; manifestó corresponder á los dos y explotó al de Portugal, que era muy rico y muy generoso y la instaló en un magnífico palacio, dándole una numerosa servidumbre.

Cada uno de estos dos amantes se creía sólo. Catalina tenia bastante habilidad para eso; pero el francés era astuto, tenia gran conocimiento de las mujeres que pertenecian á la clase de la cantatriz, y sospechó al fin que era vendido.

Expió, preguntó, inquirió y supo la verdad.

Para asegurarse por sí mismo, una noche fingió

salir de casa de Catalina; pero su doncella, á la que tenia comprada, le ocultó en un aposentillo situado dentro del de aquella.

Algunos instantes hacia que se hallaba allí, cuando vió entrar al embajador de Portugal.

Ciego de cólera, abandonó su escondite y se precipitó, no sobre su rival, sino sobre Catalina, con la espada desenvainada y descargando tan fuerte tajo que hubiera dejado mal parada á la artista á no ser por la resistencia que opuso la cotilla que llevaba.

—¡Ah, exclamó Catalina con una serenidad admirable, pues habia sido herida; dais, en verdad, pruebas de gran valor acometiéndome á mí, cuando hay aquí un hombre! ¡Andad, andad, con vuestra fúria á otra parte!

El embajador de Portugal, que habia prevenido el golpe que iba á herir á su infiel amante, se adelantó y le dijo con gravedad:

—Quien se vá para no volver soy yo. Catalina, os habia juzgado mejor que á las otras mujeres; pero veo que no es así.

—Pues os equivocais, repuso la prima donna; creo que las habrá mucho mejores que yo; pero sé que yo no tengo ninguna obligacion de ser virtuosa, pues mi profesion me quitaria la fama de tal, aunque lo fuese; por lo demás, si os vais, os deseo muy buen viaje; nunca os quise, y sois un necio, si no lo habeis ya conocido.

El portugués no quiso oir más, y se retiró presa de una violenta cólera.

Pero el francés, pasado el primer arrebató de su ira, se arrojó á los piés de la cantatriz y le suplicó que perdonase aquel arranque hijo del ciego amor que la profesaba.

—Yo, dijo Catalina, no os tengo ninguno; os lo diré lo mismo que á vuestro rival; pero os debo obligaciones de dinero y os perdonaré con una condicion.

—¡Decidla! exclamó el Embajador con ansia.

—Pues bien, entregadme la espada con que me habeis amenazado para que mañana graven en ella una inscripcion.

El buen hombre titubeó ante esta peticion tan extraña y que de tal suerte comprometia su dignidad; pero, al fin, era tal la pasion que profesaba á Catalina, que accedió á ella.

Al dia siguiente, hizo la Gabrielli grabar en la espada del Embajador esta leyenda:

Espada de M... que se atrevió á herir á la Gabrielli.

Al ver aquel alarde de vanidad, que tan mal parada dejaba la suya, se asustó el Embajador.

No sabia cómo precaver el golpe que le amenazaba, pues Catalina, con el atrevimiento burlesco que le era natural, le habia participado su designio de colocar aquella espada en un cuadro.

El acongojado francés se echó á buscar una persona influyente en el ánimo de Catalina, y sólo vió á Metastasio que realmente ejerciese algun predominio sobre ella; este sublime poeta le daba lecciones de declamacion y á él debió la Gabrielli la verdad y el encanto con que sabia expresar las más difíciles situaciones.

Mucha fué la glória que conquistó á aquella artista su talento; pero la discípula de Pórpura y de Metastasio tenia el deber de ser grande.

El Embajador fué á ver al poeta, quien le contestó que haria lo que pudiera por complacerle y que para esto necesitaba saber cuáles eran sus deseos.

Limitanse sólo á recoger esa espada, dijo el Embajador; no deseo otra cosa y podeis contar con mi proteccion si lo lograis.

—Guardad vuestra proteccion, caballero, respondió con orgullo Metastasio; si os sirvo, será por el sólo gusto de hacerlo y no por obtener recompensa alguna; pero dudo mucho que Catalina ceda, si la habeis ofendido.

Metastasio fué aquel mismo dia á ver á su discípula y la halló entregada á una profunda desesperacion, pues ella no podia abrigar ningun sentimiento templado.

Segun cartas recibidas aquel dia, su padre habia muerto; una hermana mayor que ella, que tenia en Roma, habia quedado sin recursos.

Así fué que cuando Metastasio habló de la espada á Catalina, ésta le miró indignada y le dijo:

—Id al diablo con la espada, y decid á su dueño que jamás vuelva á ponerse delante de mí.

El poeta aprovechó aquel arranque para recoger el acero y echó á correr con él ántes de que se arrepintiese de su decision y quisiera recobrarlo.

Acabada la temporada teatral, se la volvió á contratar en Viena: el Emperador únicamente asistia al teatro cuando ella cantaba.

Ganaba sumas inmensas, ya por efecto de los regalos que le hacian, ya por sus honorarios, que eran crecidisimos; y daba mucho á los pobres, viviendó además con la esplendidez de una reina.

Su corazon era y fué siempre inaccesible al amor; desmentia la expresion inteligente, vivaz y apasionada de su rostro, pero estaba muy acorde con la frialdad de su lenguaje y de sus acciones.

Muchos partidos se le presentaron en Viena, pues habia hombres de mérito y elevada posicion, bastante apasionados de su talento y hermosura para darle su nombre y su fortuna; pero Catalina respondia siempre:—Digo como mi maestro; la artisia se debe á su arte.

—Pero, ¿por qué renunciar á la felicidad de ser madre, de tener familia? le preguntaban: esos son los mayores goces que se disfrutan sobre la tierra.

—Yo me conozco, respondia Catalina; no amo á

mi familia como las demás, porque tengo por ella una especie de delirio: ¿cómo amaria, pues, á mis hijos? Hasta la locura, y todo lo dejaria por ellos; nada, nada, sola y libre quiero vivir, que así estoy bien y hago mi santa voluntad.

Quince años permaneció la Gabrielli en Austria, ya en Viena, ya en otras de las principales capitales, excitando en todas el mayor entusiasmo; pero cansada ya de aquel pais, volvió á Italia, siempre llevada del amor á su familia y por estar cerca de su hermana, á la que profesaba, lo mismo que á su joven hermano, una extremada ternura.

Este debia á la Gabrielli una educacion completísima y una carrera brillante en las letras: casóse en Viena con una linda jóven y fué dichoso, conservándose toda su vida tan adicto á Catalina, que así que ésta tardaba dos dias en escribirle, ó se quejaba de dolerle la cabeza, lo abandonaba todo y venia á su lado.

Una sola pena amargaba la alegre, fácil y dichosa existencia de la cantatriz, y ésta nacia del recuerdo de su padre; segun ella decia, *hubiera querido llevarle en una carroza de oro macizo*, y el pobre viejo habia muerto sin ver la gloria de su hija.

VII

La ciudad donde se fijó Catalina, fué Palermo, y allí produjo su talento el mismo entusiasmo que en todas partes.

Tenia entónces treinta y cinco años, y su belleza, que no habian ajado las pasiones, se conservaba fresca y admirable.

El virey pareció muy prendado de sus gracias y le prodigó toda clase de atenciones; pero era un hombre circunspecto y no llegó su solicitud hasta el extremo de obsequiarla públicamente; sin embargo, allanó todas las dificultades para que se estableciese con pompa y ostentacion.

Pocos dias despues de llegar Catalina á Palermo, dió el virey un banquete de etiqueta al que la convidó, aceptando ella y prometiendo asistir.

Llegada la hora de comer, envió el virey á uno de sus ayudas de cámara para que le dijese que la esperaban todos.

mi familia como las demás, porque tengo por ella una especie de delirio: ¿cómo amaria, pues, á mis hijos? Hasta la locura, y todo lo dejaria por ellos; nada, nada, sola y libre quiero vivir, que así estoy bien y hago mi santa voluntad.

Quince años permaneció la Gabrielli en Austria, ya en Viena, ya en otras de las principales capitales, excitando en todas el mayor entusiasmo; pero cansada ya de aquel pais, volvió á Italia, siempre llevada del amor á su familia y por estar cerca de su hermana, á la que profesaba, lo mismo que á su joven hermano, una extremada ternura.

Este debia á la Gabrielli una educacion completísima y una carrera brillante en las letras: casóse en Viena con una linda jóven y fué dichoso, conservándose toda su vida tan adicto á Catalina, que así que ésta tardaba dos dias en escribirle, ó se quejaba de dolerle la cabeza, lo abandonaba todo y venia á su lado.

Una sola pena amargaba la alegre, fácil y dichosa existencia de la cantatriz, y ésta nacia del recuerdo de su padre; segun ella decia, *hubiera querido llevarle en una carroza de oro macizo*, y el pobre viejo habia muerto sin ver la gloria de su hija.

VII

La ciudad donde se fijó Catalina, fué Palermo, y allí produjo su talento el mismo entusiasmo que en todas partes.

Tenia entónces treinta y cinco años, y su belleza, que no habian ajado las pasiones, se conservaba fresca y admirable.

El virey pareció muy prendado de sus gracias y le prodigó toda clase de atenciones; pero era un hombre circunspecto y no llegó su solicitud hasta el extremo de obsequiarla públicamente; sin embargo, allanó todas las dificultades para que se estableciese con pompa y ostentacion.

Pocos dias despues de llegar Catalina á Palermo, dió el virey un banquete de etiqueta al que la convidó, aceptando ella y prometiendo asistir.

Llegada la hora de comer, envió el virey á uno de sus ayudas de cámara para que le dijese que la esperaban todos.

—Que pase aquí, dijo Catalina á la doncella que le entró el recado de estarla esperando de parte del virey.

Entró el servidor y la halló en su gabinete leyendo tranquilamente.

—Haced presente á vuestro amo que he cambiado de parecer y que ya he comido, dijo Catalina al ayuda de cámara del virey.

Señora, contestó confuso el enviado; debeis venir al instante, todos os esperan, y.....

—No voy, no voy, lo he dicho; exclamó Catalina: no pienso salir hoy ni para ir al teatro; decidlo así á vuestro amo; ya he enviado recado á la empresa para que ponga una obra en la que yo no cante, en vez de la que estaba anunciada.

El criado se marchó estupefacto.

Una hora despues, se presentó un agente para intimar á la Gabrielli, de parte de la autoridad, á que se presentase á cantar, amenazándola con que, de lo contrario, iria á la cárcel.

—Eso es una ruín venganza del virey porque no he querido ir á comer sus detestables manjares entre aquella tropa de mujeres acartonadas, contestó Catalina; decid que saldré á la escena, y que, en vez de cantar, gritaré, lo cual será una cosa nueva para los concurrentes.

En efecto; no era [mujer Catalina que dejase de cumplir sus amenazas; salió á la escena vestida se-

gun correspondía á su papel, y el público presenció la cosa más divertida que podia imaginar.

En vez de cantar la artista la letra y la música que habia de ejecutar, empezó un ária dando chillidos tan extraños y desacordes como los que dan los pavos reales; toda la letra que aplicaba á sus graznidos se reducía á articular con la boca abierta:

—¡Hi! ¡Ah! ¡Uh! ¡Hi! ¡Hi!

—Señora, el virey me manda advertiros que, si no cantais segun es vuestro deber, ireis, al salir de aquí, á la cárcel, volvió á decirle un agente de la autoridad.

—Ya envié á decir al virey que podria hacerme gritar, pero cantar no, respondió Catalina.

No quiso ceder y la ópera se acabó del mismo modo, con gran despecho del virey, pero con gran hilaridad de los espectadores, á quienes divertia mucho la terquedad de Catalina.

Al ver el empeño con que gritaba á la manera de un niño á quien no le dan lo que desea conseguir, sus mismos compañeros no podian contener la risa, haciéndoles mucha gracia la excentricidad de la artista.

El virey no podia dejar de cumplir la palabra que se habia dado á si mismo y la amenaza que habia hecho á Catalina, y, al ir á salir del teatro, la detuvieron y le señalaron un carruaje que no era el suyo.

—Ese no es mi coche, dijo ella con altivez, y sólo quiero el mio.

—Subid, pues, al vuestro, repuso el agente; tanto da conduciros en éste como en aquel, y no es cosa de quitaros esa satisfaccion.

—Pero, ¿á dónde me lleváis? preguntó la Gabrielli, que ya no se acordaba del apercibimiento del virey.

—A dónde tuve el honor de indicaros antes; á la cárcel.

—¡A mí á la cárcel! gritó la artista furiosa.

Y luego, dirigiendo hácia el coche del virey, que se hallaba á la puerta, su rostro encendido, exclamó.

—¡Ah! ¡Yo me vengaré!

Poco despues llegó á la cárcel; pasado el primer arrebató de su ira, Catalina pareció divertirse mucho con la resolucion que la privaba de la libertad.

Su alma era inaccesible al terror, y aunque hubiera podido darle entrada, muy en breve hubiera desaparecido á la vista de las consideraciones que se le preparaban.

La instalaron en una magnífica habitacion, que constaba de una gran sala, comedor y dos gabinetes; y ella, que á pesar de su carácter duro y poco pensador, se hallaba cansada del ruido y del trabajo diario de la artista se dijo que allí se encontra-

muy bien y que aquella providencia le daria el reposo que necesitaba.

Se instaló como en su casa y pidió su camarera y su criado de confianza, alegando que, sin ellos, no podia pasar.

Todo se le concedió.

Los sirvientes estuvieron á su lado la misma noche y se la roleó de todas las distinciones que pudiera esperar la persona de más alta consideracion.

Al dia siguiente, convidó á comer á todos los que se hallaban presos por deudas. A los postres, se levantó y dijo á los convidados:

—Tened la bondad, señores, de manifestarme cada uno cuál es la cantidad porque ha sido privado de la libertad.

Cada uno de los presos lo fué diciendo, algunos con visible rubor y otros como ofendidos de la curiosidad de Catalina.

Pero júzguese de la sorpresa y admiracion que experimentarían al ver que ésta iba sacando de una bolsa de seda la cantidad que cada uno le indicaba, y se la iba entregando.

Un inmenso murmullo de bendiciones y de frases de gratitud acompañaba este acto, que, si bien tenia mucho de extravagante, tenia tambien no poco de generoso y tierno.

Cuando acabó Catalina de distribuir el dinero, exclamó:

—No admito gracias de nadie; he querido que á lo ménos vosotros guardéis una grata memoria de los días que la Gabrielli ha pasado en la cárcel. Además, procuraré divertirlos esta noche, y os voy á dar un concierto para que sea alegre la última que paseis aquí.

Dirigiéndose luego al conserje, que contemplaba admirado á Catalina, le dijo:

—Amigo mio, permitid que todos los demás presos entren aquí.

—Señora, respondió el conserje; hay algunos que son muy criminales y otros que se hallan en un estado deplorable á consecuencia de graves enfermedades.

—No importa, respondió Catalina; quiero verlos á todos y socorrerlos. Llamadlos al instante.

Poco despues entraron todos los presos, llenándose el salon de pordioseros y criminales.

La bolsa de Catalina se habia agotado; pero á una señal suya, su doncella sacó un bien provisto taleguillo y les distribuyó á cada uno una crecida suma.

Daba más á los viejos y á los que tenian el aspecto más miserable, y se puede asegurar que aquel día la blanca y bonita mano de Catalina fué besada por los más desalmados ladrones y los mayores criminales del mundo.

—¿Qué es lo que os mueve á semejantes rasgos de

explendidez? le preguntaba uno de aquellos cuyas deudas habia satisfecho.

—Mi corazon y mis recuerdos, respondió Catalina; cada anciano me trae á la memoria á mi padre; todos los pobres me son simpáticos, pero aborrezco á los poderosos, excepto el que cuidó de mi educacion que ya murió; todo lo que oprime me lastima; todo o humilde excita mi simpatía.

El concierto de la noche estuvo brillante.

Habia entre los presos, algunos de esos malhechores y falsarios, cuyas manos suelen llevar finos guantes y van siempre perfumados y vestidos con elegancia; algunos de éstos sabian música y cantaron, en su mayor parte, con bastante perfeccion.

Pero, como debe suponerse, Catalina fué la que hizo el mayor gasto y la que hechizó á todos sus oyentes con la magia de su voz y de su talento.

Al día siguiente, el alcaide hizo reunir en el patio de la cárcel á todos los detenidos por deudas.

—Ya estais libres, les dijo; la señora Gabrielli os ha conquistado la libertad.

—Y nosotros no queremos salir de aquí mientras ella permanezca, dijeron tres ó cuatro por sí y sus compañeros; el oír cantar es una dicha que compensa la pérdida misma de la libertad, y ella nos ha prometido cantar todas las noches.

Los presos permanecieron firmes en esta idea, y en tanto que la Gabrielli estuvo en la cárcel, no

quisieron salir de ella; pues aquella mansion de penas y lágrimas habia sido trasformada, por las magnificencias y el canto de tan admirable artista, en un palacio encantado.

Doce días permaneció allí la Gabrielli, al cabo de los cuales, por orden del mismo virey, se la puso en libertad.

Fuerza es decir, sin embargo, que accedió á sacarle de la cárcel atendiendo á las solicitudes de la ciudad entera que le asediaba á todas horas pidiendo á la Gabrielli.

Esta recibió la noticia de haber finalizado su castigo sin experimentar emocion alguna; se despidió afectuosamente de los presos y salió; pero al ver á la puerta de la cárcel á una multitud inmensa, se sorprendió y preguntó qué era lo que significaba aquello.

—Es, señora, le contestó su camarera, que toda esta gente que ha conseguido del virey vuestra libertad, os espera ansiosa por veros.

Un ardiente ¡*Viva la Gabrielli!* siguió á estas palabras.

Todos se agolpaban á ver á la artista, y la saludaban y estrechaban sus manos.

—Muchos pobres—á los que ella siempre habia socorrido largamente—la rodearon llenándola de bendiciones.

Quitaron los caballos del coche de la Gabrielli,

que fué conducido por algunos hombres del pueblo, y de esta suerte la pasearon por las principales calles de la ciudad, llevando una música al frente y gritando:

—¡Ya está libre la Gabrielli! ¡Ya tenemos otra vez á la Gabrielli! ¡Mañana la volveremos á oír!

—Ahora mismo si quereis, dijo ella; ya hemos llegado á mi casa; subid y los que puedan que se acomoden, los demás os quedais en la calle, se arrimará el clavicordio al balcon y os cantaré un ária.

La multitud prorrumpió en aclamaciones.

Catalina subió á su habitacion; se sentó á su clave y cantó un ária con tanto gusto, primor y afinación, que arrebató á su ya entusiasmado auditorio.

Cuando acabó, salió al balcon y habló así á sus oyentes:

—Esta es la última vez que canto para vosotros; mañana salgo para la corte de Parma, donde hace tiempo que me llaman; quiero complacerla y á la vez huir de la tiranía del virey; adios, amigos míos; el nombre de la ciudad de Palermo y las pruebas de afecto que he debido á sus nobles hijos, estarán siempre gravados en mi corazón.

Esta benevolencia de los artistas que con ella trabajaban era debida, en su mayor parte, á que su generosidad para con ellos no conocia limites, socorriendo todas sus necesidades y, á veces, fomentando sus vicios.

—¿Por qué le dais á ese hombre nada? le decian en una ocasion; cuanto dinero tiene, lo emplea en embriagarse y jugar; y, sin querer, estais haciéndole más vicioso.

—Yo doy por Dios, que ve mi buena intencion, dijo la Gabrielli.

A fines de Setiembre de 1767 llegó á Parma con el tren de una reina; llevaba en varios carruajes, que seguian al suyo, hasta veinte criados y seis camareras, y delante de su coche iban dos correos.

Su traje era tan elegante y rico, y realizaba de tal modo su belleza, que las gentes se quedaban admiradas y se detenian á contemplarla.

Como ya hacia fresco, se habia puesto un vestido de terciopelo negro de larga cola y mangas perdidas; este vestido subia cerrado hasta su bella garganta, y allí remataba en una pequeña valona de ricos encajes.

Sujetaba los hermosos y abundantes rizos una gorra redonda de terciopelo, ménos negro que su cabellera, y en la que iban prendidos una gran pluma blanca que la guarnecia, y un largo velo de gasa blanca tambien.

Aquella entrada triunfal hizo en la pobre córte de Parma un efecto mágico, y algunos de los palaciegos que la presenciaron, corrieron á hablar de ella á su señor el infante D. Felipe, entonces duque reinante.

Los elogios fueron tan desmedidos que el Infante ansiaba vivamente el momento de verla al dia siguiente en el teatro.

Nada puede dar una idea del deslumbramiento que experimentó el Infante al mirar á la Gabrielli, que estaba próxima á cumplir treinta y siete años.

Cuántos se hallaban al lado de don Felipe, pudieron observar el efecto que en él produjo la belleza de la cantatriz, y sobre todo su admirable talento artístico y musical.

A pesar del carácter reservado y sombrío de aquel Príncipe, el entusiasmo se pintaba de tal modo en sus ojos, que dos cortesanos astutos se miraron y se comprendieron.

Uno de ellos miró despues á Catalina, que á la sazón cantaba en la escena, y murmuró en voz baja:

—Hé ahí el ástro que va á lucir.

En efecto, el Infante, siempre tan reservado y concentrado en si, empezó pública y ostensiblemente á visitar y á colmar de regalos y presentes á la artista.

Jamás se habia visto una magnificencia como la que desplegó Catalina. Ya poseía una gran fortuna y las larguezas del Infante la aumentaron mucho; carruajes, caballos de montar, numerosos criados y un palacio magnífico, eran las cosas más usuales para la Gabrielli.

Pocas artistas la han aventajado, ni ántes ni después, en vivir con lujo y comodidades; era su mesa tan espléndida, que, de la comparación, resultaba superior á la del mismo Infante, quien, por su parte, contribuía á ello.

No obstante, D. Felipe era tan celoso que hacia á Catalina muy infeliz.

Pocos meses después de la llegada á Parma de la artista, la encerró en una estancia, cuya llave se llevó á Palacio.

Al verse presa Catalina de una manera tan arbitraria, se indignó de tal modo que jamás se la vió en igual estado de furor.

Dábanle la comida por un torno situado en la pared, y Catalina, la primera vez que se abrió, mandó al enviado que se le presentó que fuese á buscar un cerrajero para que violentase la puerta; pero éste, que sin duda tenía órdenes para hacerse el sordo, pareció serlo, en efecto, y se retiró sin responder.

Al día siguiente, llegó D. Felipe.

—¡Retiráos! le gritó Catalina; no os miro ya como

un Príncipe, sino como el más miserable de los hombres; así que salga de aquí, saldré también de Parma, y si no me dais pronto la libertad, me arrojaré por la ventana.

—Aquí teneis la llave de este aposento, dijo el Príncipe; pero ved de qué modo obráis para no dar-me celos, porque me han dicho que ahora distinguís á un lord inglés.

—Pues sólo os han dicho la verdad vuestros espías, dijo Catalina, que ya se habia guardado la llave; un rico lord inglés me ama y yo le amo también.

—Vos sois incapaz de amar á nadie, respondió D. Felipe poseído de indignación.

—Soy capaz, á lo ménos, repuso Catalina, de estimar á un hombre noble y digno, y de despreciaros á vos.

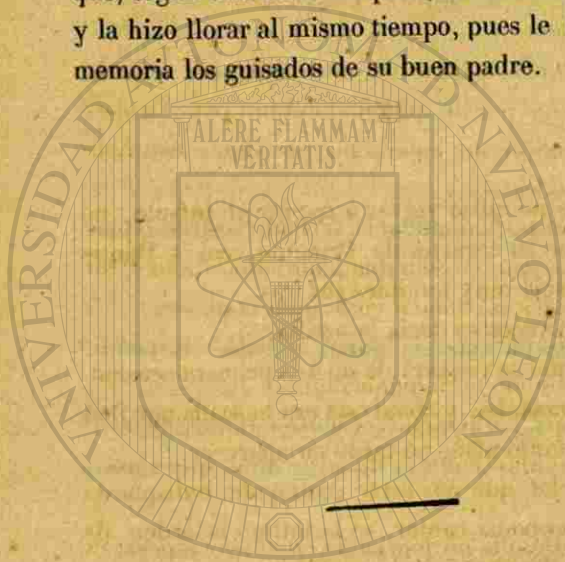
El Infante salió no pudiendo contener, á pesar de su pasión por la Gabrielli, el exceso de su ira.

Llevaba el alma profundamente resentida y calculaba en los medios que debería emplear para retenerla, porque era indudable que se le iba á escapar.

Catalina, así que hubo oído cerrar la puerta detrás del Infante, salió de su encierro y exclamó dirigiéndose á todos sus criados:

—¡Os vais ahora mismo de mi casa! Todos, todos infames, por no haber hecho la menor tentativa para librarme del poder de ese hombre mezquino.

Así fué; la Gabrielli quedó sola y aquel día tuvo que condimentarse su comida y mullirse su lecho, lo que, según ella decía después, la divirtió mucho y y la hizo llorar al mismo tiempo, pues le trajo á la memoria los guisados de su buen padre.



IX.

Catalina no quiso volver á recibir al Infante, no obstante que su carácter de Príncipe real y Duque soberano hacia muy temibles sus iras.

Algunas veces se decía la artista.

—El Duque se vengará de mí á la primera ocasión.

No se engañaba, y como esta era buscada por Don Felipe con tanto afán, no tardó en aparecer.

Una noche, que por estar realmente indispuesta avisó que no podía cantar, se la intimó la orden de que fuese á desempeñar el papel que tenía encomendado y que anunciaban los carteles,

—No iré, dijo Catalina; no he vendido mi vida á ninguna empresa.

—En ese caso, señora, tendreis la bondad de seguirnos á la cárcel pública, dijo el que le hablaba.

—Vamos á la cárcel, repuso Catalina, ya no es la primera vez que he estado en ella por no querer sujetarme á esa grosera tiranía que los grandes señores usan conmigo cuando opongo mi voluntad á sus caprichos.

Y sin ningua resistencia echó á andar para tomar el coche que la esperaba en el pátio.

Al llegar á la cárcel, comprendió que ya hacia tiempo que se esperaba la ocasion de llevarla allí.

Condujéronla á una habitacion adornada con ricos tapices y muebles suntuosos, y en la que habia un hermoso clave y un arpa, instrumentos que ella tocaba con rara perfeccion.

Numerosos criados se presentaron á recibir sus órdenes, y en el momento se dispuso una mesa magnífica que se cubrió de los más delicados manjares.

—Decid al Infante, que si ha querido hacer ostencion conmigo de su galanteria, ha perdido el tiempo y el dinero, observó Catalina; y que le suplico que me ahorre la molestia de verle, porque no dudo que vendrá luego lleno de vanidad y de satisfaccion.

Catalina, como tantas otras veces, no se engañaba; el Infante pasó á verla al dia siguiente.

—Querida ingrata, le dijo; ya podeis salir de aquí cuando querais; sólo os he hecho traer, porque veais que no puedo ser vuestro juguete; pero ya estais libre.

—Serenísimo señor, respondió la Gabrielli; lo que habeis hecho ha sido una groseria y un acto brusco de autoridad, que nunca os perdonaré: id con Dios; yo me hallo muy bien aquí, gracias á vuestra esplendidez, y no quiero salir por ahora.

—¿Pero me recibireis?

—Como *vos mandais en la cárcel*, vendreis cuando os acomode; pero yo me encerraré del mismo modo que en otra ocasion me encerrásteis vos y como voy hacerlo en este momento.

Y esto diciendo, se levantó y se metió en un gabinete contiguo.

Durante un mes, fué todos los dias el Infante y mandaba decir á Catalina que saliese, y todos los dias le contestaba ésta por medio del ayudante de campo que entraba á hablarle:

—Decid que no quiero salir porque me hallo aquí muy bien.

Por fin un dia cedió y advirtió que saldria en aquel mismo instante.

Por la noche se fugó á Rusia donde hacia largo tiempo que la llamaba y esperaba Catalina II.

Así que llegó, envió un recado á la Emperatriz y ésta le mandó á decir que se le presentase en seguida.

Eran las dos de la tarde.

Catalina II se hallaba en un saloncito templado con el calor que dejaba escapar de su seno una gran estufa.

Era una mujer hermosa é imponente; sus cabellos, levantados sobre su frente noble y espaciosa, estaban empolvados y adornados con perlas y diamantes de gran valor.

Llevaba una manteleta guarnecida de pieles bastante abierta para dejar ver el escote de su vestido y su alto pecho cargado de joyas.

—¡Gracias á Dios que has llegado! dijo la Emperatriz á la Gabrielli presentándola su mano, que ésta apenas tocó con los lábios; te vas á quedar en mi teatro imperial y quiero que hagas lo ántes posible tu salida; por lo mismo, me dirás el sueldo que quieres que te señale, pues todos se costean de mi bolsillo particular; habla, que contigo quiero ser generosa.

No voy á pedir á V. M. más que lo justo, respondió la Gabrielli; y luego, si su munificencia me juzga digna de ello, me dará más; quiero ganar diez mil rublos.

—¿Qué decis? exclamó la Emperatriz: ¡eso es horrible!... ¡Exorbitante!... ¡Diez mil rublos! ¡No pago tanto á mis fed-mariscales!

—En ese caso, señora, respondió la artista, puede V. M. hacer cantar á sus fed-mariscales; yo no cantaré por un rublo ménos.

—Quédate, quédate; dijo la Emperatriz; vales mucho y lo sabes; si yo no te doy lo que pides, estás segura de que te lo darán en otra parte; quédate y prepárate para cantar mañana en presencia de toda la córte.

Pocos dias despues de su llegada á San Petersburgo, Catalina Gabrielli gozaba de todo el favor de

la otra Catalina que con tanta gloria ocupaba el trono de Rusia.

Puede decirse que despues de su familia, la Emperatriz fué la única persona á quien verdaderamente amó la Gabrielli; aquella, por su parte, colmó á la artista de honores y de riquezas.

Bajo la proteccion de tan ilustre princesa, pasó la artista nueve años en Rusia, sin que á la edad de cuarenta y siete años sus facultades hubieran perdido nada de su brillo y encanto.

Durante aquellos nueve años, la cantatriz no salió de su método de vida disipado, caprichoso y galante; algunas intrigas amorosas fueron comunes á la Emperatriz y á la que ceñía su frente con la brillante corona del génio, y los obsequios de los primeros personajes del imperio llenaron los cofres de la Gabrielli de diamantes, y sus gabetas de crecidísimas sumas.

—Retírate del teatro, le dijo un dia la Emperatriz, vive tranquila á mi lado y sé mi amiga.

—No puedo, señora, respondió Catalina, yo he nacido para la escena; en tanto que pueda abrir la boca para cantar, en ella permaneceré, y lo que es más sensible para mi, tengo que abandonaros; se ha despertado en mi alma un deseo voraz de volver á mi pátria; marchó á Italia y os suplico que no os pongais á este deseo, reflexionando que nada os he pedido jamás.

Llevaba una manteleta guarnecida de pieles bastante abierta para dejar ver el escote de su vestido y su alto pecho cargado de joyas.

—¡Gracias á Dios que has llegado! dijo la Emperatriz á la Gabrielli presentándola su mano, que ésta apenas tocó con los lábios; te vas á quedar en mi teatro imperial y quiero que hagas lo ántes posible tu salida; por lo mismo, me dirás el sueldo que quieres que te señale, pues todos se costean de mi bolsillo particular; habla, que contigo quiero ser generosa.

No voy á pedir á V. M. más que lo justo, respondió la Gabrielli; y luego, si su munificencia me juzga digna de ello, me dará más; quiero ganar diez mil rublos.

—¿Qué decis? exclamó la Emperatriz: ¡eso es horrible!... ¡Exorbitante!... ¡Diez mil rublos! ¡No pago tanto á mis fed-mariscales!

—En ese caso, señora, respondió la artista, puede V. M. hacer cantar á sus fed-mariscales; yo no cantaré por un rublo ménos.

—Quédate, quédate; dijo la Emperatriz; vales mucho y lo sabes; si yo no te doy lo que pides, estás segura de que te lo darán en otra parte; quédate y prepárate para cantar mañana en presencia de toda la córte.

Pocos dias despues de su llegada á San Petersburgo, Catalina Gabrielli gozaba de todo el favor de

la otra Catalina que con tanta gloria ocupaba el trono de Rusia.

Puede decirse que despues de su familia, la Emperatriz fué la única persona á quien verdaderamente amó la Gabrielli; aquella, por su parte, colmó á la artista de honores y de riquezas.

Bajo la proteccion de tan ilustre princesa, pasó la artista nueve años en Rusia, sin que á la edad de cuarenta y siete años sus facultades hubieran perdido nada de su brillo y encanto.

Durante aquellos nueve años, la cantatriz no salió de su método de vida disipado, caprichoso y galante; algunas intrigas amorosas fueron comunes á la Emperatriz y á la que ceñía su frente con la brillante corona del génio, y los obsequios de los primeros personajes del imperio llenaron los cofres de la Gabrielli de diamantes, y sus gabetas de crecidísimas sumas.

—Retirate del teatro, le dijo un dia la Emperatriz, vive tranquila á mi lado y sé mi amiga.

—No puedo, señora, respondió Catalina, yo he nacido para la escena; en tanto que pueda abrir la boca para cantar, en ella permaneceré, y lo que es más sensible para mí, tengo que abandonaros; se ha despertado en mi alma un deseo voraz de volver á mi patria; marchó á Italia y os suplico que no os pongais á este deseo, reflexionando que nada os he pedido jamás.

—Está bien, replicó la Emperatriz; haz lo que quieras; eres dueña absoluta de tu voluntad.

Dichas estas palabras, le volvió la espalda entrando en un gabinete inmediato para ocultar su emoción.

Catalina conoció que había afligido profundamente á aquella alma fuerte que tanto la amaba; pero temerosa de ceder ante la pena de la Emperatriz, no quiso volver á verla y partió aquella misma noche.

Semejante ingratitud traspasó el corazón de la soberana de Rusia, y le hizo prorrumpir en estas palabras, que después repitió muchas veces:

—¡Nada hay de verdad en la tierra más que el poder!

X.

Antes de llegar á Milán, como deseaba Catalina Gabrielli, se detuvo en Viena, de donde la llamaban ofreciéndola sumas fabulosas, para que cantase algunas óperas con el célebre tenor Paggiarotti, ajustado en el teatro de San Benedictino; la artista tenía un verdadero deseo de conocer á aquel ruiseñor que partía con ella una celebridad universal.

Ensayaron juntos, y Catalina quedó encantada de la amabilidad y galantería del artista.

Era Paggiarotti uno de los hombres más interesantes y encantadores del mundo; sinceramente envanecido porque iba á cantar con la Gabrielli, le manifestaba su entusiasmo y su alegría con una viveza que los hizo muy gratos para Catalina.

Dotado de verdadero genio, sólo sabía admirar el genio, y la ruin envidia, que solamente se alberga en los pechos de escaso valer, no podía tener entrada en el suyo.

Pero ántes de empezar la función, se hallaba o

—Está bien, replicó la Emperatriz; haz lo que quieras; eres dueña absoluta de tu voluntad.

Dichas estas palabras, le volvió la espalda entrando en un gabinete inmediato para ocultar su emoción.

Catalina conoció que había afligido profundamente á aquella alma fuerte que tanto la amaba; pero temerosa de ceder ante la pena de la Emperatriz, no quiso volver á verla y partió aquella misma noche.

Semejante ingratitud traspasó el corazón de la soberana de Rusia, y le hizo prorrumpir en estas palabras, que despues repitió muchas veces:

—¡Nada hay de verdad en la tierra más que el poder!

X.

Antes de llegar á Milán, como deseaba Catalina Gabrielli, se detuvo en Viena, de donde la llamaban ofreciéndola sumas fabulosas, para que cantase algunas óperas con el célebre tenor Paggiarotti, ajustado en el teatro de San Benedictino; la artista tenía un verdadero deseo de conocer á aquel ruiseñor que partía con ella una celebridad universal.

Ensayaron juntos, y Catalina quedó encantada de la amabilidad y galantería del artista.

Era Paggiarotti uno de los hombres más interesantes y encantadores del mundo; sinceramente envanecido porque iba á cantar con la Gabrielli, le manifestaba su entusiasmo y su alegría con una viveza que los hizo muy gratos para Catalina.

Dotado de verdadero génio, sólo sabía admirar el génio, y la ruin envidia, que solamente se alberga en los pechos de escaso valer, no podía tener entrada en el suyo.

Pero ántes de empezar la función, se hallaba o

el cuarto de Catalina y le dijo con acento conmovido:

—Señora, tengo mucho miedo de cantar con vos.

—Pues perdedlo, respondió ella con la prontitud que le era habitual, ú os perderá él á vos; jamás he sido tímida y á mi arrojó debo una gran parte de mi fama; ¿por qué, pues, vos que teneis tanto talento y tan pocos años habeis de temer?

—No lo sé; pero ello es que temo y mucho, cuando nunca me ha sucedido.

—Miradme á mí, repuso la Gabrielli, tengo cuarenta y siete años, estoy perfectamente serena; dicen que una excesiva confianza en el propio talento es perjudicial; más eso debe entenderse con los demás y no con los actores; á éstos perjudica mucho más una excesiva desconfianza, o una extremada modestia.

Un murmullo de reprobacion acogió las palabras de Catalina; la actriz tenia pocas simpatías á causa de su carácter excesivamente orgulloso y petulante.

Nadie se creia obligado á disimular esta sorda hostilidad, porque no habiendo debutado aún la Gabrielli, creian que la fama, ayudada de las intrigas de la misma cantatriz, habia exajerado su mérito.

La artista oyó aquellas muestras hostiles; no se le ocultaba la animadversion que inspiraba, pero ella se reia de esto como acostumbraba á reirse de todo.

—Si, señores, dijo levantando la voz y dirigiéndose á los mismos que murmuraban; nadie mejor que uno mismo conoce lo que vale, y, conociéndolo, la afectada modestia me parece un disfraz ridículo; yo sé que seré aplaudida; vos, querido amigo, debéis esperar que lo sereis tambien: dentro de algunos minutos, concluyó oyendo la señal, se verá si yo tengo razon.

—¡A la escena, Signora! dijo el avisador.

Levantóse la Gabrielli y con la admirable tranquilidad que toda su vida la distinguió, salió á aquel terrible escenario; testigo de tantas derrotas artísticas.

Lo majestuoso y admirablemente bello de su presencia llamó desde luego la atencion del auditorio, que la acogió con prolongados aplausos.

Catalina empezó su ária de salida con una dulzura y suavidad admirables, luego el diapason de su voz se fué elevando y acabó con un arranque tan valiente, que el entusiasmo se propagó como una chispa eléctrica y rayó en delirio.

Muchos espectadores salieron á comprar ramilletes, palomas y aún joyas riquísimas que le arrojaron á la escera hasta quedar materialmente cubierta de ellas.

Los gritos, los bravos, las palmadas atronaban el gran teatro, y Catalina, inmóvil y conmovida, dejaba correr por sus mejillas gruesas lágrimas de grati-

tud; pues aquella mujer, dominante y casi fiera, se conmovia tan honda como fácilmente.

Paggiarotti, más admirado que todos juntos, pero temblando de pavor, corrió á ocultarse entre bastidores, exclamando descolorido y trémulo:

—*¡Povero me! ¡Povero me! ¡Questo é un portento!*
(¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Esto es un prodigio!)

Catalina fué á buscarle, le animó, le regañó ásperamente, y cuando algo recobrado cantó con ella, tuvo la generosidad de hacer todo lo posible para que su mérito no oscureciese al del pobre y amedrentado tenor.

Este consiguió también aplausos merecidos, y ya más animado, compitió con Catalina en mérito é inspiración, alcanzando ambos un éxito que sobrepujo á cuantos se habían conocido.

Al caer el telón, Paggiarotti, corrió al cuarto de Catalina, tomó sus manos y las besó repetidas veces con la expresión de la más viva gratitud.

¡Sin vos, le dijo, sin vuestro valor que me habeis comunicado, sin vuestros buenos consejos, sin vuestra generosidad, estaba yo perdido! Desde hoy, os soy deudor de mi porvenir.

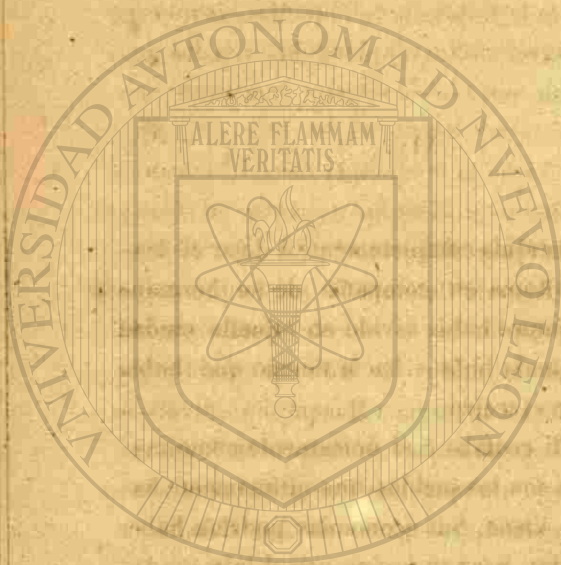
Doblóse el ajuste de Catalina, que sólo estaba comprometida para cantar algunas noches, á fin de que continuase toda la temporada; pero la altiva cantatriz no se contentó con esto, é implacable como siempre con los empresarios, les exigió el cuádruple

del precio que tenían convenido so pena de marcharse al instante de no pagarla como ella queria.

La empresa, ó más bien el gobierno, accedió á las exigencias de la Gabrielli; y aquellos fabulosos honorarios, juntos con los espléndidos regalos que recibió bastaban por sí sólos para constituir una fortuna.

Acabada en Viena la temporada teatral, descansó Catalina dos años, y en 1780 fué á cantar al teatro de Milán con el famoso Marquesi.

Allí no pudo ejercer Catalina el predominio que ántes habia ejercido en la escena. Como sucede siempre en Italia, el público de Milán se dividió en dos partidos: el uno aplaudia á Marquesi y silvaba á la Gabrielli y el otro hacia lo contrario. De esta rivalidad resultaron algunos desafíos, y Catalina, que no podia acostumbrarse al ruido de los silbidos y que se disgustaba, ó, mejor dicho, se enfurecia todas las noches, rompió su contrata y se retiró para siempre de la escena.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Xl Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Catalina, decidida completamente á dejar el teatro, se retiró á Roma en compañía de su hermana mayor, que siempre habia vivido en aquella ciudad ajustada de segunda bufa y hacia tiempo que habia tambien dejado el teatro.

La Gabrielli contaba casi únicamente como medios de fortuna con los sueldos que últimamente habia cobrado en Viena. Sus economías podrian haber sido muy grandes, pero su pasion por el lujo y además su gran desprendimiento, pues daba mucho á los necesitados, no le habian permitido guardar nunca nada.

Al tiempo de retirarse, pues, á la vida pacífica de la familia, sus rentas ascendian sólo á unos 40.000 reales, lo que para su afan de gastar era poquísimas cosa.

—Tú eres princesa en los teatros y en todas partes, le decia un dia su hermana; ¿qué necesidad tenias de haber viajado con tanta magnificencia, de

haber llevado una comitiva de criados y un correo delante?

—La necesidad de hacer mi gusto, respondió Catalina con su aspereza acostumbrada.

—¿Y por qué das tanto á los pobres?

—Porque es mi gusto tambien.

—Pero, ¿no ves que te quedas sin recursos?

—No importa; jamás te faltará ni me faltará nada.

No obstante el afán de lujo de Catalina, vióse ésta obligada á reducir sus gastos, porque era sobrado orgullosa para contraer deudas. Léjos ya de la atmósfera embriagadora de los teatros, se advirtió en ella una inclinacion á la paz doméstica que jamás se le habia notado.

Su carácter se suavizó; ya en el umbral de la ancianidad, miró la vida bajo su verdadero punto de vista, y ella, que jamás habia tenido la debilidad de las ilusiones, empezó á comprender la necesidad de rodearse de afectos verdaderos.

Toda la nobleza de la ciudad le abrió sus salones, donde aún dejaba oír de vez en cuando su magnífica voz, que respetaban los años, y su hechicero estilo, siempre jóven y exuberante de gracia, de sentimiento y de ternura.

Roma, ansiosa de oír á la *cocinerita*—como se la habia llamado—sintió aumentarse su habitual y extraordinaria afición á la música. Cada noche habia un gran concierto con la esperanza de oír a aquel

ruiseñor; mas Catalina, que accedió durante dos años á tomar parte en aquellas fiestas musicales, se cansó al fin y tomó el partido de escusarse de asistir á ellos.

Huyendo la artista de la sociedad, la sociedad la fué á buscar á su casa. Rara vez accedia ya á cantar; pero los encantos de su conversacion, agradable, festiva y amena, hacian á muchos personajes desear su trato.

Catalina detestaba á los avaros y supo castigar á uno con gran tacto y delicadeza.

Un gran señor, recién llegado de Florencia, pidió y obtuvo la honra de ser presentado en el salon de la eminente artista. De toda la Italia, los que tienen más fama de avaros son los florentinos, y aquel alto personaje parecia como que se encargaba de justificarla.

A la segunda visita que hizo á la Gabrielli y al tiempo de darle ella la mano para despedirse, uno de los encajes que adornaban las mangas del caballero, se le prendió en un brazaletto que llevaba Catalina, y se desgarró lijicamente.

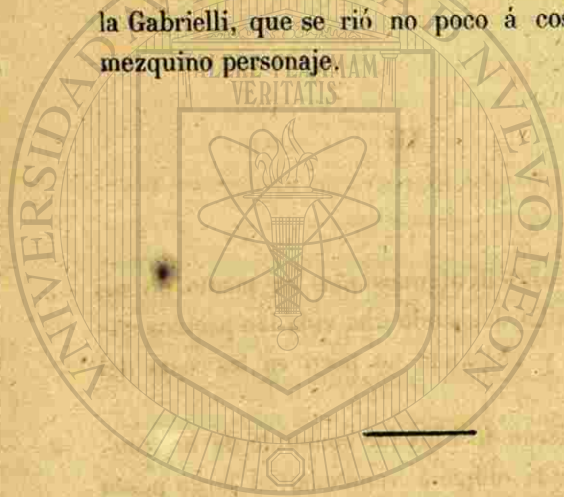
A pesar de sus esfuerzos, el enojo asomó al semblante del florentino, que se despidió muy disgustado.

El encaje deteriorado era magnífico.

Catalina se quedó riendo interiormente; pero al dia siguiente envió al personaje una docena de bote-

llas de vino del Rhin; cuyos taponos estaban formados por soberbios encajes enrollados, reemplazando á los corchos.

El florentino comprendió la lección, y le causó tal rubor, que jamás volvió á presentarse delante de la Gabrielli, que se rió no poco á costa de aquel mezquino personaje.



XII.

Pasó la Gabrielli algunos años en medio de sus amigos y familia, haciendo una vida tan pacífica como retirada, y pensando no poco en las cosas del cielo.

En el invierno de 1794 fué cometida de un reuma agudo que la obligó á renunciar al largo paseo que daba cada día y que era uno de sus mayores placeres.

Aquella naturaleza poética amaba el campo con pasión, y cada tarde iba á admirarlo dos ó tres horas.

Llamáronse á los mejores médicos de Roma, que empezaron á curarla, y ya fuera debido á lo fuerte de su constitucion—á pesar de contar sesenta y cuatro años—ó ya debido á los remedios que le aplicaron, consiguió algun alivio.

No obstante, los crueles dolores que la aquejaban

volvieron á aparecer con mayor intensidad al cabo de dos meses, privándola de salir de casa.

Entonces conoció que se acercaba el fin de su vida, y olvidándose ya de todas las vanidades mundanas, pensó únicamente ponerse bien con Dios y se dedicó más á la caridad.

Su carácter se suavizó hasta llevar sus sufrimientos con una ejemplar paciencia, y se ocupó sólo en poner en orden algunos asuntos.

En los últimos años, y viviendo como vivía en un retiro absoluto, había ahorrado algun dinero que empleó en dotar algunas pobres niñas que manifestaban buenas disposiciones artísticas, y en costear la educación de algunas otras.

En el invierno de 1796, cansada ya de su continua reclusion, determinó salir de nuevo á la campaña; pero su enfermedad acreció de suerte que, después de padecer mucho durante el invierno, falleció á los primeros días de Abril.

Su muerte fué generalmente sentida; había hecho mucho bien, y además su gloria llenaba toda la Italia.

Sin embargo, los últimos años de su vida no fueron felices, y así lo dijo ella misma, ántes de morir, á su hermana.

—¡Ah! exclamó; á no ser por tí, no tendria ahora quien llevase á mi tumba algunas pobres flores, ¡yo, que tantas he hollado en el camino de mi vida! ¡Si

la gloria satisface la fantasía, sólo los afectos llenan el corazón! ¡Ahora siento haber despreciado el amor verdadero cuando ha aparecido en mi camino! ¡La gloria! ¿Qué queda de ella en los helados días de la vejez? ¡Un reflejo que el mundo admira y por el que se deja deslumbrar, pero que no llega á animar el invierno de la vida!

Catalina Gabrielli murió como una buena cristiana; ella, que durante su juventud había mostrado una despreocupacion que rayaba en ateismo, se volvió sincera y realmente piadosa.

La desesperacion de su familia fué inmensa; con ella perdía una cariñosa protectora, una noble y fiel amiga.

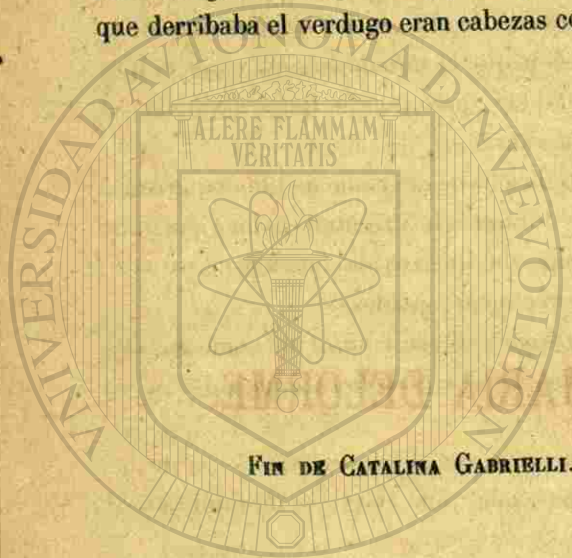
De esta suerte se apagó una existencia que brilló mucho tiempo como una viva y deslumbradora luz.

En sus funerales no reinó ninguna ostentacion; murió pobre, primero por sus excesivos gastos; después por su munificencia.

Sin embargo, á sus honras acudió lo más selecto de la nobleza italiana y su féretro iba cubierto materialmente de flores; el mundo entero repite hoy el nombre de la Gabrielli, que se ha escrito con letras de oro en la historia del arte, y al que muy pocos han sobrepujado en gloria.

Su talento fué una de las lumbreras del último siglo, en el que tantas otras alumbraron la sombra

sangrienta de los cadalsos, de las revoluciones y de las conmociones populares, en que las víctimas fueron vástagos de sangre real, y en que las cabezas que derribaba el verdugo eran cabezas coronadas.

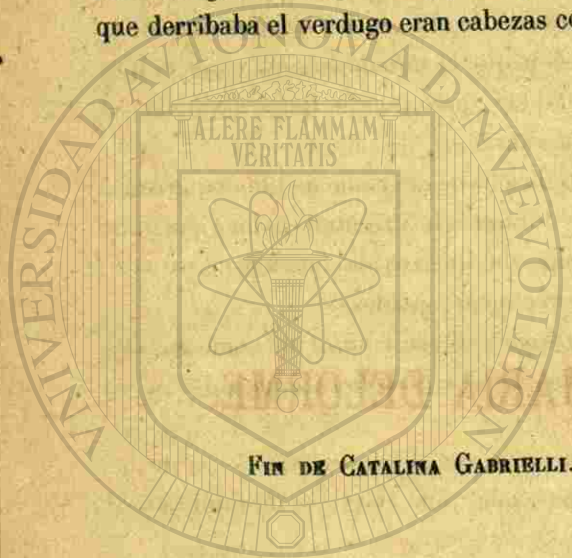


MARIA DELORME.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

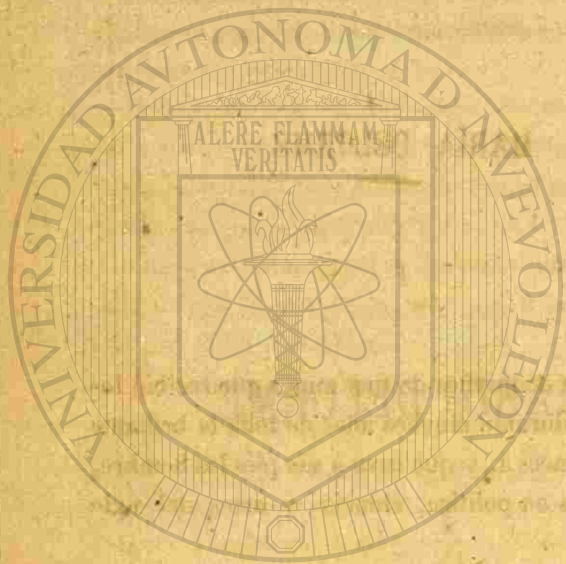
sangrienta de los cadalsos, de las revoluciones y de las conmociones populares, en que las víctimas fueron vástagos de sangre real, y en que las cabezas que derribaba el verdugo eran cabezas coronadas.



MARIA DELORME.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MARÍA DELORME.

I.

Vamos á ocuparnos de una mujer que recibió los homenajes durante muchos años de toda la brillante juventud francesa, y que tuvo á sus piés los hombres más célebres en política, ciencias y artes del siglo XVII.

Cierto es que mucha parte de su celebridad la debe al escándalo de sus vicios; pero en medio de sus desórdenes ¡qué nobleza de alma, qué brillantez de talento supo ostentar! ¡Cuánta gracia, cuanto valor en sus locuras!

No creemos nosotros que se enseña sólo á la juventud con repetidos ejemplos del bien, que por lo muy semejantes pueden llegar á ser monótonos; y si, como dice la feliz expresion de un sábio, no hay libro malo que no tenga algo bueno, así tambien no hay vida célebre, aunque esta celebridad tenga cau-

sas impuras, que no presente brillantes rasgos que admirar.

Vamos á encontrar á la niña María Delorme en su pueblo natal y léjos del techo paterno para seguirla en su agitada existencia.

Brillaba en toda su abrasadora fuerza el sol de una mañana de Julio, cuando dos personas se hallaban en una salita muy modesta de una pequeña casa de Chalons, en la Champaña.

Las dos daban muestras de tener malísimo humor, si bien la edad de la más jóven podia ser la más propia para la alegría.

Era ésta una niña de doce á trece años de edad, alta, esbelta, de tez trigueña, hermosos ojos negros y rica cabellera del mismo color.

Su traje era muy pobre y además se advertia en él tanto descuido y abandono, que la hacia aparecer mucho más miserable; un vestido que habia dejado la mitad de su tela entre los clavos de las puertas, descosido en mil partes y cubierto de manchas; una vieja y desteñida pañoleta de seda, anudada en su cintura esbelta y flexible, y una escofieta que dejaba escapar gruesos y desordenados bucles de cabellos, componian el atavío de aquella niña cuya deslumbrante belleza, estaba dotada de una viveza fogosa é inquieta.

Ardía el talento en sus rasgados ojos, y la travesura vagaba en los extremos de su risueña boca. y en

los hoyuelos de sus mejillas; tenia las manos largas, afiladas y de un precioso dibujo, pero súcias y llenas de grietas, como si hubiera estado jugando con barro.

Sus piés pequeños, arqueados, llenos de gracia, tenian un calzado roto y destrozado en mil partes; en suma, aquella criatura patentizaba que pertenecia á esa especie de muchachas turbulentas que han nacido en el sexo débil por un error de la naturaleza.

Hallábase sentada en una gran silla de madera negra y elevado respaldo, tan alta que apénas podian llegar al suelo las puntas de sus piés; y éstos que se mecian sin cesar á impulsos del movimiento impreso por su carácter bullicioso é inquieto, la hacian resbalarse á cada instante del elevado asiento, faltos del apoyo natural.

Algo más léjos, sentada en una banqueta de pino y tejiendo un rico encaje blanco de hilo fino y espumoso, se hallaba una mujer como de treinta y ocho á cuarenta años, en cuyo rostro se advertian aún restos de una magnífica hermosura.

Era la flor marchita y el capullo que nace en el mismo tronco; asemejábanse aquellas dos criaturas á la noche y á la aurora; á una nube parda y á un rayo de sol alegre y dorado; y sin embargo, habia en ellas cierta indefinible y vaga semejanza que aseguraba ser madre é hija.

En el porte, en el rostro y en el aire de aquella pobre mujer, triste, pálida y marchita, habia tanta

modestia, dulzura y elegancia como desenfado y dejadez en el de la niña; la desgracia, el pesar, los extragos de una miseria extrema pero valerosamente combatida, estaban escritos sobre aquella frente pura aún y tersa, sobre aquella mirada dulce y clara y los extremos de aquella boca melancólica y un tanto severa.

Conociase que alguna escena desagradable acababa de tener lugar entre la madre y la hija por la tristeza retratada en el semblante de la primera y la expresión osada y provocativa que se advertía en las facciones de la segunda.

En efecto, Magdalena Charpentier, viuda de Delorme, pobre mujer sujeta á un trabajo continuo y penoso como es el oficio de encajera, era muy desgraciada por el carácter discolo, soberbio é insolente de su hija María.

Si Dios ordena á sus ángeles en el cielo tejer coronas de más valor unas que otras, indudablemente destinará las más ricas á las madres desgraciadas con sus hijos, porque no hay dolor que iguale al de estar en continua divergencia de carácter, opiniones y sentimientos con el sér que nos es y debe sernos más querido en el mundo.

Magdalena, dulce, paciente, callada y sufrida, había sido toda su vida la antítesis de su hija; afable con todos, laboriosa, modesta, sólo una vez amó, y ésta fué al hombre á quien llamó esposo. Pero San-

tiago Charpentier, ebanista de Chalons, no había sido digno del afecto y de las virtudes de su angelical esposa; camorrista, bebedor, enamorado de cuantas mujeres veía, era generalmente aborrecido de todas las personas de su clase de la pacífica población en que habitaba.

Cumplióse apenas año y medio de su matrimonio y contaba pocos meses la niña María, cuando su pobre madre quedó viuda; á consecuencia de una reyerta perdió Santiago la vida recibiendo un tiro en el costado izquierdo, disparado por uno de los muchos enemigos que le había traído su carácter discolo y violento.

Magdalena, débil y afligida, no pensó siquiera en la venganza; por lo que toca á los habitantes de Chalons, léjos de perseguir al matador, que según se decía, era un esposo ofendido por Santiago, hicieron correr la voz de que había perecido en desafío, y se le hechó, como se suele decir, *tierra al asunto*.

Todas las simpatías se volvieron, sin embargo, á su desgraciada esposa, tan jóven, tan bella y tan digna de ser dichosa por sus virtudes y su abnegación; algunos jóvenes llegaron á ofrecerle su mano; más la viuda rehusó constantemente volverse á casar y se dedicó á hacer encajes, habilidad en que era muy sobresaliente.

Pero sin duda Dios la había destinado para que ciñese la corona del martirio en esta vida á fin de

darle en la otra una corona de gloria; la niña Maria, sin tener las fatales inclinaciones de su padre, se le asemejaba en el carácter atrevido, inquieto é incapaz de doblegarse á la sujecion más leve; jamás pudo su buena madre hacerla aprender ninguna labor mecánica; escapábase á la calle así que veía la ocasion propicia y se iba á vagar por los campos como una cabra ávida de aire y de luz.

Los vecinos de Chalons dedicaban á la muchacha una gran parte de la antipatía que habian profesado á su padre; las madres se quejaban del mal ejemplo que aquella chica montaraz y medio salvaje daba á sus hijas, é interpelaban bruscamente á la pobre Magdalena, acerca del descuido con que la criaba.

—¡Pero Dios mio! ¿qué he de hacer yo con ella? preguntaba ésta llorando de angustia y de rubor.

—¡Zurarla! respondía una.

—Dejarla sin comer el dia que se escape, decía otra.

—¡Atarla al pié de la cama! añadía una tercera.

—¿Pero acaso se volverá así dócil y bueno su indómito carácter? exclamaba Magdalena dolorosamente. ¡Dios mio! ¡Cuánto mejor sería que se dejase persuadir por mis reflexiones! Yo creo que esos medios de correccion son vergonzosos y que solo servirán para hacerla peor.

La viuda discurría bien en la sana lógica de su

razon; pero era lo cierto que su hija oía sus amonestaciones con el mismo interés y atencion que oía llover, y que cada dia era más traviesa y de carácter más atrevido y tenáz.

Nadie en el pueblo le daba ya, á los diez años, el dulce, poético, casto y suave nombre de *María*; se la llamaba *Marion*, y este aumentativo decia de qué volúmen se juzgaban sus travesuras y sus actos de rebeldía.

Hubiérase dicho que temian profanar el amoroso nombre de la Reina del cielo y madre de las misericordias dándoselo á aquel ente que participaba de la desvergüenza de un pillete y de los ardides de una gitana para dar en ojos á todos con su montaraz desenvoltura.

Oigamos á la madre y á la hija y ellas mismas nos darán á conocer sus caracteres.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II.

—Hija, dijo la viuda con voz cansada y un tanto fatigosa por lo asiduo de su ocupacion y por el gran calor de aquella mañana; ya te he dicho que vayas á disponer nuestra sopa, anda, que sólo he tomado esta mañana un poco de leche.

—Yo entré en casa de la señora Lefebre y me comí la tortilla que acababa de freir, respondió María con un descaro inaudito.

—¡Cómo! ¿Qué dices? exclamó Magdalena soltando estremecida los bolillos de su encaje.

—Digo que me he comido el almuerzo de la señora Lefebre, repitió María.

—Pero ¡cómo! ¿Dónde estaba? ¿De qué modo has entrado?

—¿Cómo? Mascando la tortilla, que estaba excelente, hecha con torreznos. ¿Dónde estaba la tía Lefebre? Habia ido á buscar á su hijo á la escuela para almorzar con él. ¿De qué modo he entrado? Por la puerta que estaba entornada. Despues de haberme comido la tortilla, dejé en la sartén vacía

una cédula de las que siempre llevo en el bolsillo. Ved, madre, todavía me quedan dos aquí.

Y María sacó del bolsillo de su traje dos papeles pequeños, en los que se veía escrito con letra algo gruesa, pero llena de gallardía:

LO HIZO MARIA DELORME.

—¡Dios mío, esta muchacha me va á quitar lá vida! exclamó la viuda con desesperacion.

—¡Bah, madre, siempre estais con esa cancion! repuso María con serenidad. ¡Quitar la vida! ¡Quitar la vida! ¿Por qué? ¿Porque me vengo de los que os dicen que me ateis, y que me zurreis y que me quiteis la comida? ¡Hago bien! ¡Los aborrezco á todos! ¡Los detesto! El chiquillo molletudo de Mad. Lefebre, así que me vé, grita á voz en cuello; ¡*Marion!* ¡*Marion!* ¡Pues yo me le como el almuerzo y de o en la sarten vacía mi cédula de venganza! ¿Hay algo más natural? ¡No, que les daré las gracias porque me insulten!

—Pero desdichada... ¿no ves que así cada dia han de aborrecerte más?*

—¿Y qué me importa? Haré lo que hoy; porque habeis de saber, madre, que aún no os he contado todas mis proezas.

—¿Aún hay más? preguntó la viuda palideciendo.

—¡Más .. y mucho más! Seniada junto á la fuente

del Chopo grande, estaba Nicolasita, la hija del escribano. Habia ido con su criada; pero ésta se estaba hablado con su novio á alguna distancia; pues bien, fui por detrás, y con las tigeras, que llevo siempre pendientes de la cintura, le corté sus largas trenzas rubias, que tanto adora su madre, la señora escribana; luego las coloqué entre unas matas de garbanzos, enrolladas de un modo... de un modo... que daba gusto verlas! Como son tan largas y tan rubias, parecian una rueda de oro. Sobre ellas coloqué un papelito igual al que dejé en la sarten, y á los que os he enseñado ahora; un papel que decia:

LO HIZO MARIA DELORME.

Magdalena no respondió nada. Parecia abrumada por las penosas y atrevidas confiancias de su hija. María prosiguió de esta suerte:

—A Gerónimo, el hijo del médico, ya sabeis, ese muchacho barrigudo y torpe, le he zambullido en el arroyo. Así que me vió empezó á llamarme ¡*Marion!* y á arrojarne piedras. Me volví, le así por debajo de los brazos y le metí en el agua.

—¡Dios mío! ¡Tened piedad de nosotras! murmuró la viuda, dejando escapar la labor de su mano desfallecida. ¡Todas esas madres ultrajadas en sus hijos, van á venir á aquí á quejarse, á pedir tu castigo, desgraciada, y tendrán razon.

En aquel instante, y como si la viuda hubiera

adivinado los acontecimientos que se preparaban, algunas voces irritadas se oyeron en la calle y algunos golpes resonaron en la puerta.

—¡Abrid, Magdalena! dijo una de ellas que la infeliz viuda reconoció por la de la mujer del médico; abrid, necesito ver á vuestra hija para castigarla como se merece. Ha zambullido á mi hijo en el arroyo.

—Marion ha de morir hoy á mis manos, vociferó otra mujer; ¡ha cortado las trenzas de mi niña!

—¡La he de dar diez azotes por golosa! añadió una tercera, ¡se ha comido mi almuerzo y el de mi hijo!

La jóven oía todos aquellos denuestos con el semblante bañado de una alegría casi feroz; léjos de experimentar temor, léjos de temblar, como le hubiera sucedido á cualquiera otra niña de su edad, María habia tomado la aptitud provocativa de la persona que se apresta á combatir.

Brillaban sus ojos con sombrío fulgor; en sus finos y hundidos lábios vagaba una sonrisa de desafío; heria el suelo con su pié, con un movimiento nervioso y desigual, y en su frente, levantada y altiva, parecían amontonarse las nubes de una poderosa cólera.

Magdalena fué á abrir casi maquinalmente, y las tres mujeres se precipitaron en la habitacion como tres furias. Una de ellas, la madre del muchacho

que habia estado á punto de ahogarse, se precipitó hácia María; pero la viuda se interpuso entre ella y su hija, evitando á esta última el peligro de ser maltratada.

Luego abrió una puerta situada á su espalda y que llevaba á una estancia inmediata; empujó hácia adentro á María y cerró, colocándose delante de la puerta.

¡Ahora, dijo á aquella cohorte de madres irritadas, castigadme á mí; pero yo os aseguro que no llegareis hasta mi hija! ¡Es culpable... lo sé, y soy la primera en deplorarlo... soy la más desventurada en saberlo... perdonadla por mí... perdonadnos á las dos... á ella por ser tan mala... á mí por ser su madre!

Y la viuda, cuya escasa fuerza de voluntad se habia agotado durante aquella penosa escena, sintió que flaqueaban sus rodillas, y se dejó caer postrada y vertiendo un mar de lágrimas á los piés de aquellas furiosas mujeres.

Empero ninguna de ellas tenia el alma perversa, y además, las madres se entienden muy bien; cada una de las ofendidas se conmovió del dolor de la pobre Magdalena, y todas retrocedieron algunos pasos de aquella puerta, que á oponérseles la fuerza, hubieran violentado en su frenético deseo de castigar á María,

Sucedió en aquella ocasion lo que sucede casi

siempre; el ruego calmó el hervor de la ira y detuvo su impetuoso torrente.

—¡Pobre Magdalenal murmuró una de las tres ofendidas.

—¡Es, por cierto, muy desgraciada con tener una hija como la suya! añadió otra.

—¡En efecto, es más digna de lástima que nosotras!

—¡Teneis razon! ¡soy muy desgraciada, mucho, señoras! exclamó la viuda que se había levantado; pero no es justo que haga participar, no sólo á vosotras, sino á todas las gentes de la poblacion de mi desgracia; para devolveros, pues, la tranquilidad, mañana partiré de aquí con mi hija.

—¡Cómo! ¿Qué decis?

—Digo que mañana saldré de este pueblo.

—Pero ¿por qué?

—Ya os lo he dicho; para devolveros á todos la tranquilidad que mi hija os quita.

—¡Pero eso es un destierro, desgraciada!

—Que me impongo voluntariamente.

—¿Y á dónde ireis?

—A París.

—¡Viva mi madre y el alboroto de estas brujas! gritó á este tiempo una voz delgada é incisiva detrás de la viuda; ¡á París! ¡A París!

Todas las presentes se volvieron estupefactas, y vieron entreabierta la puerta que poco ántes

había cerrado la viuda para salvar á su culpable hija.

En el hueco que quedaba, asomaba la animada y chispeante cabeza de María, radiante entónces de un júbilo sincero que la hacia aparecer mil veces más hermosa.

Era tan extraña aquella salida, tan verdadera la felicidad que destellaba el semblante de María, que ninguna pensó ya en acometerla para castigar sus anteriores fechorias, y todas se quedaron atónitas mirándola.

Ella, entretanto, salió de su encierro y se puso á bailar y á cantar batiendo palmas en la habitacion en que se hallaban todos reunidos.

Las vecinas dejaron escapar una carcajada y se fueron, dejando solas á María y su madre.

—¿Es verdad, madrecita, que nos vamos á París? preguntó María acercándose á la viuda y rodeándole el cuello con sus brazos, con la misma confianza que si la tuviera muy contenta de su comportamiento.

La viuda hizo con la cabeza y con aire triste una señal afirmativa, y su hija, impresionada vagamente á su pesar por aquel dolor del que ella era la causa, se sentó en un rincon pensativa y meditabunda.

Un cuarto de hora despues, dormia profundamente.

Aquella naturaleza, ardiente é impetuosa, no

comprendia la inamovilidad del cuerpo más que unida al reposo del espíritu.

María no era mala, pero lo parecía por la versatilidad de sus impresiones y la turbulencia de su carácter, que la arrastró á tantos desórdenes y á tantos desaciertos, y que la ocasionó multitud de pesares en la azarosa senda de su vida.

Su madre, al verla dormida, se levantó, se acercó á ella y la contempló con una ternura infinita; con esa mirada que sólo pertenece á las madres, y con la cual quieren decir:

—¡Te perdono todos tus desaciertos, todas tus culpas, porque eres hija mia!

La viuda Delorme se enjugó las lágrimas que habían arrancado de sus ojos las faltas de su hija, y se quedó contemplándola con una delicia inefable.

—¡Qué hermosa es! murmuró: ¡qué inocencia en su dueño! ¡Quiera el cielo, pobre hia hija, que jamás conozcas más penas que las que hoy te dan las reprensiones de tu madre, que tanto te quiere, de quien eres el único bien! ¡Sí, partiremos de esta tierra donde en cada habitante tienes un enemigo, donde tan poco tolerantes son con tu irreflexiva edad! ¡Buscaremos otro suelo más hospitalario que éste que te vió nacer y en que yo mecí tu cuna! Iremos á París, á ese París que tanto anhelas conocer, y que tanto he temido yo siempre, y Dios me conservará á tu lado para velar por tí... porque ¡Dios mio! si yo te

faltase... ¿qué sería de tí? Allí, sola, desconocida, ¿de quién podrias esperar auxilio y protección? ¡Aquí, al verte desvalida y huérfana, tal vez se calmara el rigor con que te tratan y tendrían lástima de tí! Pero allí... ¡ah! ¡Qué cruel pensamiento!

La pobre mujer no pudo proseguir; quedóse muda y aterrada ante la amargura de sus reflexiones y la voz faltó en su garganta; pero su mirada, clavada en su hija, expresaba todos sus temores y sus angustias de madre.

En tanto, María, agitada sin duda por algun dulce sueño, entreabrió sus labios y murmuró:

—¡París... París! ¡Qué hermoso será París!

La viuda de ó escapar un doloroso suspiro y volvió á quedar sumergida en sus penosas reflexiones.

Cuando despertó María, su madre se hallaba en la misma postura: un frio intenso corría por las venas de la pobre mujer; una languidez mortal había paralizado todos sus movimientos. María la llamó y apenas pudo levantar la cabeza.

—¡Dios mio! ¡Madre! ¿Qué teneis? exclamó la jóven: ¿acaso estais mala? ¿Pero desde cuándo? ¡Nada habeis dicho, no os habeis quejado! ¿Qué os duele?

La viuda señaló con su mano débil y enflaquecida á su cabeza á su corazón.

Despues se levantó y quiso dirigirse á su lecho, pero la acometió un profundo desvanecimiento y cayó en el suelo sin fuerzas y sin voz.

María, asustada, pálida, con los cabellos en desorden, hizo inútiles esfuerzos para levantar el inanimado cuerpo de su madre, siéndola imposible moverlo.

Entonces salió á la puerta de la casilla dando voces y pidiendo socorro.

Sus gritos expresaban la angustia y el dolor; creía á su madre moribunda, y su natural impresionable y vehemente la rodeó de horror y de tinieblas; convulsa y desencajada en el umbral de su puerta, gritaba y lloraba implorando la ayuda de todos los vecinos.

III.

Poco tardaron éstos en acudir.

Uno fué á buscar un médico.

Otros acostaron á la pobre Magdalena en el lecho en que dormía con su hija.

Después la dieron á oler sales y le humedecieron las sienes con vinagre sin que diese por eso la más leve señal de volver en sí.

María, acurrucada á los pies del lecho y en el rincón más oscuro de la estancia, lo miraba todo con mudo terror; temerosa de provocar con su presencia el enojo de los vecinos, no se atrevía á acercarse ni á llorar, y el llanto la ahogaba: el grito de—¡Madre mía!—salió de sus labios con acento quedo y sofocado; hubiera dado la mitad de su vida por haberse podido arrojar sobre el cuerpo de su madre, y cubrir su rostro de besos y de lágrimas; pero ¡ay, cómo hacerlo! Su presencia allí sería condenada por todas aquellas mujeres que la profesaban un odio mortal é in veterado.

De súbito oyó hablar en voz baja y que se le

María, asustada, pálida, con los cabellos en desorden, hizo inútiles esfuerzos para levantar el inanimado cuerpo de su madre, siéndola imposible moverlo.

Entonces salió á la puerta de la casilla dando voces y pidiendo socorro.

Sus gritos expresaban la angustia y el dolor; creía á su madre moribunda, y su natural impresionable y vehemente la rodeó de horror y de tinieblas; convulsa y desencajada en el umbral de su puerta, gritaba y lloraba implorando la ayuda de todos los vecinos.

III.

Poco tardaron éstos en acudir.

Uno fué á buscar un médico.

Otros acostaron á la pobre Magdalena en el lecho en que dormía con su hija.

Después la dieron á oler sales y le humedecieron las sienes con vinagre sin que diese por eso la más leve señal de volver en sí.

María, acurrucada á los pies del lecho y en el rincón más oscuro de la estancia, lo miraba todo con mudo terror; temerosa de provocar con su presencia el enojo de los vecinos, no se atrevía á acercarse ni á llorar, y el llanto la ahogaba: el grito de—¡Madre mía!—salió de sus labios con acento quedo y sofocado; hubiera dado la mitad de su vida por haberse podido arrojar sobre el cuerpo de su madre, y cubrir su rostro de besos y de lágrimas; pero ¡ay, cómo hacerlo! Su presencia allí sería condenada por todas aquellas mujeres que la profesaban un odio mortal é in veterado.

De súbito oyó hablar en voz baja y que se le

nombraba; los vecinos habianse reunido al lado de la ventana esperando al médico y celebraban un conciliábulo colmando de improperios á la pobre María.

—Esa infernal criatura es la causa de lo que sucede, dijo la esposa del alguacil señalando el sitio en que María creia estar muy oculta á las miradas de todos.

—¿Y quién lo duda? respondió la dueña de un meson vecino, y en el que se reunian á dormir los arrieros y trajinantes de paso en la ciudad; tanto ha hecho sufrir á su madre, que al cabo habia de dar este resultado.

—Esa marimacho ha heredado todas las lindezas del carácter de su padre.

—Si hubiera dado conmigo, dijo la mesonera, la hubiera puesto en ocho dias más suave que un guante.

—¿Suave á ese demonio? Más fácil os seria romper una barra de hierro.

—Suave puse yo á mi hijo Bernardo, al que nadie podia domar.

—¿Pero de qué modo?

—Con mucho ayuno y mucho golpe: yo os aseguro que Mad. Delorme hubiera sacado partido de esa suerte, y no la costaria ahora la vida.

—¡No hay criatura que yo aberrezca como á esa! exclamó una de las mujeres con rencor.

—Y yo lo mismo; casi me alegraba de que se mar-

chase del pueblo la pobre Magdalena por no verla á ella.

La llegada del médico puso fin á estos dicterios; examinó á la enferma, y movió la cabeza de un modo harto significativo.

—Un sacerdote, dijo con voz breve, yo no tengo que hacer aquí; su ministerio y no mi ciencia es lo que necesita esta pobre mujer.

—¿Pero qué es lo que tiene? preguntaron los vecinos: ¿de qué se muere?

—De una aneurisma aguda; mucho ha debido sufrir moralmente la infeliz.

—No, señor, no, dijo la posadera; lo que tenia la pobre era una hija lo mismo que una fiera que le daba cada hora un pesar; la muchacha es lo que se llama un demonio.

—Tal vez será ella la causa de la muerte de su madre, porque repito que se muere.

El médico salió despues de lanzar la formidable sentencia.

Los vecinos se miraron consternados y permanecieron largo rato en silencio, embargados por ese terror que causa siempre la proximidad de la muerte.

La débil voz de la enferma los sacó de su abstraccion:

—¡María! dijo: ¡María!

La pobre muchacha, al oír aquel acento, salió de su rincon y corrió hácia el lecho.

—¡Ven aquí, hija mía... que te vea hasta que te deje para siempre..... murmuró la viuda; pronto será... pronto quedarás sola sobre la tierra... sola...! ¡Sola...! ¿Por qué no permitiría Dios que las madres se lleven á sus hijos?

Calló Magdalena dichas estas palabras, y elevó al cielo sus ojos con un ruego ferviente aunque mudo: sin duda le pedía vivir algunos años más.

—¡No, no, imposible! añadió al cabo de una pausa: ¡imposible! ¡Dios me llama, y á su voz soberana no hay nada que resista! ¡Nada...! ¡Nada...!

María no escuchaba á su madre; habia sepultado su cabeza entre las ropas del lecho, y allí daba rienda suelta á sus lágrimas y sollozos.

—¡Hace poco deseaba yo morir! prosiguió la viuda, y ahora... ahora me atterra la muerte... ¡Qué más tiene, Dios mio, dejarte sola aquí ó allá...! ¡Aquí, dónde todos te aborrecen, allí donde nadie te conoce; ¡Ay pobre hija mía! ¡Qué va á ser de tí! ¡Quién te recogerá bajo su amparo...! ¡quién tendrá compasión de tu orfandad y de tu abandono!

—Sosegáos, mi pobre Magdalena, dijo la esposa de un rico zapatero del barrio allí presente, y que no parecia tan encarnizada enemiga de María como las otras; no paseis cuidado por vuestra hija, que hallará en mi casa un asilo.

—¡Será posible! exclamo la viuda haciendo un esfuerzo supremo para incorporarse, ¡vos... vos, se-

ñora Cleto, recojereis á mi hija! Pero es verdad... vos no teneis niños pequeños que haya podido arrojar al estanque... nunca se os ha comido el almuerzo... ¡Ah, sí, es lógico que seais la más compasiva porque sois la ménos ofendida!

—Os repito que no paseis pena por María, prosiguió la artesana, mujer gruesa, mofletuda, de color encendido y ojos malignos; la llevaré á mi casa, la enseñaré á trabajar y sabrá lo que es preciso saber: ganar el pan que se come.

Estas palabras que hubieran tranquilizado muy poco á la pobre moribunda, no fueron felizmente oídas ya por ésta; agitóse en una dolorosa convulsion; la mano que apoyaba sobre los cabellos de María se crispó violentamente con las sacudidas de la agonía, y de su pecho se escapó como un estertor penoso.

A este tiempo entró el sacerdote que sólo tuvo tiempo para administrarla la Estremauncion y para recomendar á Dios aquella alma pura que subia al cielo coronada con la aureola del martirio.

Media hora despues, María Delorme, á la edad de trece años, era huérfana de padre y madre.



IV.

El que hubiese vivido seis meses despues en Chalons y hubiera pasado por una solitaria calle situada ya á la salida de la poblacion, hubiera visto un espectáculo extraño y triste á la vez.

Frente á una casa de postas habia una tienda de calzado húmeda y oscura como lo eran en aquella época todas las de Chalons.

Sentada detrás del mostrador se veia infaliblemente á Mad. Cleta, dueña del almacen; pues era esposa del exigüo Mr. Trimalcion, hombrecito pequeño, de voz aflautada y que ya no se ocupaba más que de cortar para que cada uno de sus oficiales se llevase obra á su casa, puesto que no queria *barullo y ruido* en la suya.

La razon de esta medida estaba al alcance de todos los vecinos y tambien al alcance de los oficiales desterrados de la casa del maestro.

Vamos á decirla.

Mr. Trimalcion y Mad. Cleta tenian tres hijas.

que no eran feas, ni pobres, aunque nadie podía negarles con justicia que estaban llenas de mimos y mala educación.

Llamábase Aglae la mayor, que apenas contaba diez y ocho años; Cefisa la segunda, que tenía diez y seis, y la misma edad Evelina, que era gemela de su hermana.

La mayor tenía los cabellos castaños y los ojos negros; las dos menores los ojos azules y los cabellos rubios; pero todas tres eran finas, rosadas, con tez blanca y delicada como el nácar, con talles esbeltos y espesos rizos que sombreaban preciosamente sus frentes.

Las jóvenes sabían lo que valían, y aún exageraban su valor verdadero cuando se miraban al espejo, sobre todo Cefisa, que era la más vana; y aunque tenía cada una su novio á escondidas de su madre, que no trataba de casarlas hasta que se presentase á pedir su mano algún Conde ó algún Mariscal de Francia, no perdían tampoco el tiempo y coqueteaban todo lo posible con los dependientes de Mr. Trimalción, *vulgo oficiales de obra*.

El día que la gruesa y respetable Mad. Cleta se apercebió de la ruindad de las inclinaciones de sus hijas, estuvo á punto de morir del sofocon que se llevó; no hay que decir que castigó á las tres con las correas que se empleaban para sacudir la ropa de su esposo, hasta que ya la mano le dolía; cuando tuvo

á las pobres muchachas llenas de bárbaras señales, se dejó caer en un sillón y se puso á llorar.

Al día siguiente todos los oficiales de Mr. Trimalción fueron á trabajar cada uno á su casa.

Por fortuna, había ejército de reserva; Aglae amaba á un sargento de caballería; Cefisa al hijo del vidriero de la esquina, y Evelina al peluquero de enfrente.

Como el sargento no tenía casi otro quehacer que pasearse, y los otros novios estaban en la vecindad, las muchachas se divertían en las barbas de su madre que se adormecía embutida en su corsé, y reclinada en su inmensa poltrona, colocada invariablemente detrás del mostrador, á guisa de trono.

Por lo que toca al señor Trimalción, no salía de la trastienda, donde vivía como la araña en su agujero; él era el primer feudatorio del talento y majestad de su digna mitad, y sólo para cortar tenía voluntad propia.

Las tres muchachas quedaban, pues, solas en la tienda, dueñas de la plaza y de sus personas.

A cada lado de la puerta, había una ventana coureja, y muchas veces se veían las ventanas abiertas; en una de ellas á Aglae, en la otra á Evelina, y recostada en la puerta, á Cefisa, que era la que gustaba más de darse á ver hablando con su peluquero.

En medio de estas cinco personas tan desarregladas en sus gustos, tan distintas en sus inclinaciones,

de aquel padre autómeta, de aquella madre que se habia reservado tan ridícula autonomía, de aquellas hijas rebeldes, se agitaba un pobre sér abandonado de todos, herido por todos, víctima de todos, en fin.

Aquel sér miserable, abrumado de desprecios y de malos tratos, pero osado, violento, que se desesperaba, que maldecía su esclavitud, era María. María á la que nadie llamaba mas que *Marion*, á la que cada uno daba al pasar un puntapié ó un pellizco; eran una familia de canes que no la mordían porque sabían darle bofetones.

La infeliz criatura no era ya aquella María que conocimos. ataviada por su madre: cubierto su pecho de una pañoleta de seda, y su cabeza de una cofia blanca guarnecida de encajes de algodón, pero limpios y nuevos; ahora era *Marion*, alta para sus catorce años no cumplidos, pero ceñuda, violenta, pálida, casi salvaje; habia en ella algo de lobezno amarrado á la cadena, pero indomable, gruñendo y enseñando los dientes sin cesar; algo de la astuta é inteligente vigilancia de la zorra que aborrece á la especie humana; algo de amargo, de sombrío, de receloso á un tiempo y de vengativo.

¡Oh, y cómo pueden los duros tratamientos exagerar los rasgos duros de una fisonomía y exasperar los instintos violentos de un carácter! ¡Cómo puede volverse perversa una índole que sólo sea

algo rebelde, con el insulto, con la amenaza, con la dureza!

Bastaba ver á María para convencerse de esta verdad; bastaba ver la torva mirada que brotaba de sus ojos hundidos, la risa chillona que brotaba de sus pálidos lábios y que era como una lúgubre amenaza, para comprender que la hiel corrosiva de la desesperacion invadía aquella jóven alma que aún debería ostentar la blanca pureza del armiño.

Los vecinos de Chalons, á pesar de su odio inveterado contra María, odio que ya ésta habia heredado de su padre, los vecinos, á pesar de su aversion, la compadecían en tanto porque en un mismo día del crudo invierno la veían ir á lavar al rio helado, un gran canasto de ropa, ir á buscar agua á la fuente, ir á comprar las provisiones y barrer la calle por delante de la puerta de sus *amos*, que así llamaba á la *caritativa* Mad. Cleta que habia ofrecido á su madre moribunda protegerla, y á su esposo, el exiguo Mr. Trimalcion.

Increible parece el modo con que crece la aversion cuando es justificada, cuando el aborrecido es un pobre sér que no sabe ni puede defenderse; las tres señoritas Trimalcion, se habian acostumbrado á mirar en María, ménos que un sér racional y ménos tambien que un sér animal: la consideraban una máquina para servir las, un autómeta con ruedas al que podían imprimir libremente su voluntad, una *cosa*

que debía vivir por ellas y para ellas y á la que le estaba prohibido el sueño y el reposo, porque los muebles es sabido que no duermen jamás ni jamás se quejan de su continuo servicio; lo más que hacen es romperse.

Ni esta fortuna tenia siquiera la pobre María; si se rompía en fuerza de su continua fatiga, no se la componia como un mueble; es decir, no se la daba tisana, ni un poco de leche cuando tosia mucho, ni siquiera se la relegaba á un rincon por inútil, como hacemos con una silla cuyos muelles se han roto; los muelles de la vida de María se componian por sí solos, ó se quedaban rotos, si Dios, con su sabia y providente mano, no se dignaba unirlos de nuevo.

V.

Una tarde helada del invierno, dos viajeros de diferente edad vieron lo mismo que veian cada tarde los vecinos de Mr. Trimalcion, y que yo no he podido referir á mis benignos lectores en el período precedente.

Eran las tres cuando una silla de posta, rodando por el empedrado de la calle, pesada y lentamente, porque traia una rueda hecha pedazos, se detuvo delante de una casa de postas, que era tambien posada y hostería.

Bajó de ella un caballero como de cuarenta años y una hermosa jóven que apenas contaba diez y seis.

Su extrema semejanza decia que eran padre é hija, aunque en esta última habia unida á su gran belleza, una suavidad y gracia arrebatadoras.

Los dos vestian de viaje, con propiedad y riqueza; él llevaba un traje de terciopelo oscuro con ricos encajes y las plumas de su sombrero estaban prendidas con una hebilla de pedrería.

Ella llevaba un largo vestido de seda lila, ador-

que debía vivir por ellas y para ellas y á la que le estaba prohibido el sueño y el reposo, porque los muebles es sabido que no duermen jamás ni jamás se quejan de su continuo servicio; lo más que hacen es romperse.

Ni esta fortuna tenia siquiera la pobre María; si se rompía en fuerza de su continua fatiga, no se la componia como un mueble; es decir, no se la daba tisana, ni un poco de leche cuando tosia mucho, ni siquiera se la relegaba á un rincon por inútil, como hacemos con una silla cuyos muelles se han roto; los muelles de la vida de María se componian por sí solos, ó se quedaban rotos, si Dios, con su sabia y providente mano, no se dignaba unirlos de nuevo.

V.

Una tarde helada del invierno, dos viajeros de diferente edad vieron lo mismo que veian cada tarde los vecinos de Mr. Trimalcion, y que yo no he podido referir á mis benignos lectores en el período precedente.

Eran las tres cuando una silla de posta, rodando por el empedrado de la calle, pesada y lentamente, porque traia una rueda hecha pedazos, se detuvo delante de una casa de postas, que era tambien posada y hostería.

Bajó de ella un caballero como de cuarenta años y una hermosa jóven que apenas contaba diez y seis.

Su extrema semejanza decia que eran padre é hija, aunque en esta última habia unida á su gran belleza, una suavidad y gracia arrebatadoras.

Los dos vestian de viaje, con propiedad y riqueza; él llevaba un traje de terciopelo oscuro con ricos encajes y las plumas de su sombrero estaban prendidas con una hebilla de pedrerería.

Ella llevaba un largo vestido de seda lila, ador-

nado de lazos de cinta verde, un sombrerito de seda, verde tambien, que apenas podia contener su espesa cabellera rubia, y una manteleta de encajes con viso rosa.

Era ella de estatura mediana, esbelta, alegre y llena de gracia; Mad. Cleta, al ver aquella preciosa figura, hubo de ponerse sus gafas de oro para verla mejor, y aunque realmente quedó pasmada de su belleza, dijo entre dientes:

—¡Bah! mejor son mis hijas.

Este aserto no tenia, sin embargo, nada de verdadero; sus hijas eran lindas, es verdad; pero se parecian á la jóven viajera lo mismo que se parecen las rosas de Bengala á una rosa de musgo.

Los viajeros iban á entrar en el pátio de la casa de postas y aún adelantaron algunos pasos; pero siendo tambien, como ya hemos dicho, meson, habia bebiendo en dos ó tres mesas algunos trajinantes, mozos de cuadra y soldados, que tenian la atmósfera infestada con el humo de sus pipas y con el olor de los licores que bebian entre risas y canciones báquicas.

La jóven hizo un gesto de repugnancia, casi pudiéramos decir de horror, y retrocedió dos pasos.

—Muchacho, dijo el caballero que advirtió aquel movimiento; saca aquí, á la puerta, dos sillas en tanto que se prepara para nosotros otra silla de posta.

—No hay sillas, señor, respondió el criado; todas están ocupadas.

—¿Tan pocas teneis?

—No es eso, señor caballero.

—¿Pues qué es?

—Que hoy ha venido mucha gente; todos los que pensaban continuar su viaje se han quedado, porque ya lo veis, empieza á nevar.

En efecto, el frio era intenso y empezaban á caer alguno copos de nieve.

El caballero, al verlos, hizo un gesto de terror, luego dijo:

—A cualquier precio tráeme una silla.

—No la hay, señor caballero.

—Pero os pido una sola, para mi hija, y os doy por ella un luis.

—Aunque me diérais veinte luis no la podria traer.

—¿Pero no hay al ménos un banquillo de madera?

—Eso sí, y si el señor caballero y su hija quieren entrar en la cocina ó en el comedor...

—Ni lo uno ni lo otro, interrumpió con presteza el caballero; traed el banquillo y mi hia se sentará aquí á la puerta.

—Puedo traer dos banquillos.

—Id, pues, por ellos al instante.

Esto diciendo, el viajero puso un luis en la mano del criado que se alejó corriendo.

Entretanto la jóven, acosada por la nieve y no pudiendo resolverse á entrar en el meson, se habia guarecido en el pequeño hueco que quedaba en el umbral y el gran portalon de la casa de postas, y miraba maquinalmente á la tienda de enfrente, que era la del señor Trimalcion.

A éste no se le veia, porque como era su costumbre, se hallaba cortando en la trastienda; las tres señoritas Trimalcion se hallaban departiendo amorosamente con sus tres pretendientes. Mad. Cleta Trimalcion dormitaba en su trono; pero lo que más llamaba la atencion de aquella viajera, casi niña, era otra niña acurrucada en el suelo sobre la vieja alfombra que cubria el pavimento de la tienda.

Aquella pobre criatura tiritaba de frio bajo un vestido de algodón descolorido, lleno de agujeros y tan empapado en agua, que parecía se habia metido en algun arroyo: sus cabellos, muy negros, muy espesos y muy largos, caian destrenzados sobre su cuello y espalda igualmente empapados en agua: daba pena ver aquella riquísima y lustrosa cabellera tan descuidada y tan bella, cayendo como un bosque sobre la frente, bajo la cual se abrian dos ojos negros grandes y brillantados, pero uraños y recelosos.

Aquellos ojos se fijaban con una especie de curiosidad ávida é inquieta en la viajera.

El criado del meson volvió con los banquillos, y al ruido que hizo al dejarlos en el suelo, Cefisa, que

hablaba en la puerta con el peluquero, fijó los ojos en los que elegian tan mal sitio para reposar de las fatigas de su viaje

El peluquero, el vidriero y el sargento, al ver que sus pláticas amorosas iban á tener espectadores, desfilaron con disimulo, dejando á las tres muchachas en las ventanas y en la puerta.

Las tres se miraron atónitas; embebecidas con sus galanes no habian advertido la presencia de los dos viajeros que acababan de colocarse á la puerta con los dos banquillos de madera traídos por el criado, despreciando, al parecer, el frio y la nieve que caia cada vez con mayor abundancia.

—¡Pobre gente, dijo Aglae, que tenia buen corazón; se van á poner calados!

—¿Por qué no entran en el meson? pregunto Evelina.

—¡Parecen ser de clase muy elevada, observó Cefisa, y como hoy hay muchos soldados! ¿Pero sabéis lo que digo? Que podíamos rogarles que entrasen en nuestra tienda: así nos daremos tono y de paso podríamos observar cómo está hecho el vestido de esa jóven, que me parece elegantísimo.

—En efecto, añadió Evelina; es bonita como un ángel, y elegante: mucho me gustaria verla de cerca: pero, ¿cómo los llamamos sin saberlo mamá?

Ciertamente, observó Aglae; se puede enfadar: ya sabéis su génio.

—Voy á llamarla, dijo la petulante Cefisa.

Pasó por detrás del mostrador donde dormitaba Mad. Trimalcion y dió un gran puntapié á Maria que se hallaba acurrucada cerca de la gruesa señora.

El pié de Cefisa era muy pequeño; pero el puntapié debió ser dado con bastante fuerza, porque el rostro de la misera criatura se tastornó con un dolor atroz.

—Levántate, animal dañino, dijo Cefisa, que estás mojando toda la alfombra con tu vestido.

—Pero, ¡Dios mio! ¿Qué es esto? exclamó Evelina que la echaba de sentimental; ¿cómo vienes así? ¿Qué es esto?

—Me cai al arroyo; dijo Maria bruscamente.

—Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

—¿Dónde? Donde está el arroyo. ¿Cuándo? Cuando fui á la fuente.

Entretanto que Evelina se informaba del sitio en que se habia puesto la muchacha de aquel modo, Cefisa habia sacudido el brazo de su madre.

—¡Eh! ¿Qué es eso, qué pasa? preguntó Mad. Cle-
ta despertándose asustada.

—Pasa, mamá, dijo Cefisa, que ahí, á la puerta del meson, hay sentados dos viajeros y nieva mucho.

—¡Y bien! que se metan dentro.

—Es que se conoce que está todo lleno y como son personas al parecer ricas...

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que podríamos ofrecerles aquí dos asientos, por que se están poniendo como una sopa de calados.

—¿Y dices que son personas de calidad?

—Al parecer, sí.

—Veamos.

Y la majestuosa señora se asomó á la puerta de su tienda y contempló á los viajeros con sus pequeños ojos redondos y saltones.

—En efecto, dijo, parecen personas de buena clase; el caballero es elegante y tiene una bella figura; tú, chica, Marion, añadió volviéndose á la muchacha que se habia vuelto á acurrucar en el rincón más oscuro de la tienda; vé y dí á esos viajeros que tu ama les suplica acepten dos asientos y un vaso de vino caliente con azucar y canela para reparar las fuerzas.

María se levantó con gran pena; se hallaba entumida, porque ya hacia cerca de tres horas que sus vestidos estaban empapados; casi arrastrando y apoyada en la pared se fue arrimando á la puerta.

Entonces reparó Mad. Trimalcion en su lastimoso estado y al mismo tiempo la jóven viajera hizo un gesto de compasion y de horror.

María iba descalza de pié y pierna; su vestido, empapado en agua y muy corto, se pegaba á su cuerpo en largos pliegues; un temblor horroroso agitaba todos los miembros de la infeliz, y á través

de los girones de su traje se veía la absoluta carencia de su ropa interior.

—¡Patriarcas del paraíso! gritó la zapatera con iracundo acento; ¿qué es eso? ¿Dónde se ha metido esa bestia feroz?

—En el arroyo, dijo Cefisa.

—¡No la dejéis salir así! vociferó de nuevo mamá Cleta; ¿qué dirán de nosotros esas gentes? Aglae, cójela de una oreja y hazla volver á dentro. Id vosotras á ofrecer á esos señores lo que he dicho.

Cefisa y Evelina, á quienes se dirigía el mandato maternal, cruzaron la calle con paso ligero. Aglae obedeció también; asió de una oreja á María y la empujó hácia dentro con violencia.

—¡Ah, taimada, escuerzo, picarona! gritó la zapatera, acompañando cada uno de estos dictiones con un bofetón ó un puntapié, en tanto que Aglae, muy acostumbrada á tales espectáculos, disponía con la mayor serenidad dos sillones para los viajeros: ¡ah picarona! ¿Con que quieres avergonzarnos? ¿Con que te empeñas en matarnos á disgustos? ¡Toma, toma, toma! y los golpes menudearon de un modo horroroso sobre aquel cuerpo flaco y débil, pero que ya presentaba las formas indecisas de la primera juventud.

Tanto era el afán que empleaba la gruesa señora en su bárbara tarea, que ni vió ni oyó entrar en la tienda á los viajeros, que habían aceptado con reco-

nocimiento la oferta de un asilo y de una bebida caliente.

—Mamá, ya están aquí estos señores, dijo Cefisa, avergonzada del cuadro que se presentaba á la vista de los viajeros.

—¡Ah, caballero, señorita! ¡Perdon! dijo la menestrala volviéndose con las mejillas y los ojos encendidos por la ira; esta muchacha, á la que hemos recogido por caridad, nos ha de quitar á todos la vida.

Al decir estas palabras, señaló á María, que no derramaba una lágrima; únicamente su temblor se había aumentado y sus dientes rechinaban de una manera espantosa.

—¡Pobrecilla! ¿Pero qué ha hecho? preguntó la jóven y linda viajera.

—¿Qué ha hecho? ¿No veis, señorita, como se halla de mojada? ¡Si es peor que los diablos! Cefisa, Aglae, traed vino caliente con azúcar y unos pastelillos de aquellos que hago yo de crema, para estos señores; y tú, demonio, ¡vete de aquí... al instante, donde yo no te vea!

—¡No, no! exclamó la bella niña mirando á María; no te vayas, pobrecita; por el contrario, acércate á mí... ven acá, no temas.

La pobre muchacha, que ya se alejaba con mucho trabajo, porque además de sus dolores y entumecimiento estaba molida á golpes, se detuvo, y

volvió su pálido rostro hácia la que le hablaba; sin embargo, no se acercó.

—¿Acaso la compadeceis, señorita? dijo con voz meliflua Mr. Timalcion, que, habiéndose apercebido de lo que pasaba desde el fondo de su trastienda, se habia aproximado con el objeto de conocer á los huéspedes. ¿Creeis acaso que hacen impresion en ella la dulzura ó los buenos modales? ¡Nada de eso! ¡Si esta chica es una vivora, áspera como un espino, arisca como una cabra montés!

—¿Cómo te llamas? preguntó la jóven, sin dejar de mirar á la que con tan negros colores le pintaban.

—María, respondió ésta secamente.

—Marion, repuso Mad. Cleta. Así la llama todo el pueblo, y así la llamamos tambien nosotros.

—¿Por qué la llaman Marion, señora?

—¿Os parece propio el nombre de la Virgen para este monstruo, señorita?

—¿Por qué no?

—Como es medio macho, se la llama Marion.

—Y así me gusta más, dijo la indómita muchacha.

—María, dijo la jóven viajera, acércate á mí. ¿Por qué eres áspera y ceñuda? ¡Si pudieras ser amable, serias bonita! Pero el ser así consiste tambien en que eres desgraciada, segun creo. Vamos, toma para que te compres otro vestido, que ese que llevas ya está muy roto.

Y la amable niña puso en la mano de María dos

monedas de oro, que ésta tomó de un modo maquinal.

—Vé á hacer la sopa de leche para la señorita Evelina, dijo Mad. Cleta, que ardia en ira á la sola vista de Marion.

—Por favor, señora, un poco de paciencia; dijo el caballero que fijaba una mirada extraña en María. Mi hija tiene gusto de hablar con esta pobre muchacha.

—Gusto bien extraño, por cierto, señor, en una jóven tan linda y delicada como vuestra hija, observó de muy mal humor Mr. Trimalcion.

—Toma un bollo y este poco de vino, dijo la viajera á María, presentándole su vaso que habia mediado.

—Ya hay silla de posta, gritó á la puerta de la posada uno de los mozos de servicio.

Y al mismo tiempo, rodó por el pátio y salió á la puerta de la calle un carruaje tirado por dos caballos.

El caballero y su hija se levantaron.

—Adios, María dijo ésta; si algun dia vas á París vé á la calle de San German de los Prados, núm. 50, y pregunta por mí; me llamo Ana Lenclos.

—Tambien tiene sobrenombre como vos, añadió el caballero. Yo la llamo *Ninon*.

—No lo olvidaré, señor, respondió María, en cuyos ojos brilló la alegría como un relámpago fugitivo. No lo olvidaré, señorita.

—¿Y para qué te has de acordar tú de las señas de estos señores, arrapiezo? exclamó Mad. Trimalcion. Mis hijas y yo sí que les daremos el gusto de ir á saludarlos el primer día que vayamos á la capital á hacer compras.

—Os damos mil gracias por vuestra hospitalidad, amable señora, bellas señoritas, dijo el viajero. Mi nombre ya lo sabéis por mi Ninon; me llamo Mr. de Lenclos, y soy en todo tiempo vuestro humilde servidor.

Mr. Trimalcion pasó desapercibido como siempre.

En tanto que el viajero hablaba así, su hija departía con María.

—Adios, le dijo la amable niña. Piensa en mí alguna vez. Yo te quiero, y me acordaré también de tí porque eres desgraciada. Toma, para que no me olvides.

Y, con gran asombro de Mad. Trimalcion y de sus hijas, que no apartaban los ojos de aquel grupo interesante, Ana ó Ninon, se quitó del cuello una cruz de oro y perlas, que llevaba pendiente de un terciopelo negro, y lo puso en el de María.

Luego se unió á su padre y saludó con la cabeza y de un modo bastante desdeñoso á la familia Trimalcion.

Ambos anduvieron los pocos pasos que los separaban de la silla de postas, subieron á ella y bien

pronto se perdió ésta de vista á lo largo de la solitaria calle.

—¡Qué jóven tan empalagosa! murmuró Aglae resentida de la poca atencion de la forastera.

—¡Es insoportable! dijo irritada Mad. Trimalcion ¿no ha dado su cruz de oro á ese ente?

—¡Vé al instante á hacerme mi sopa! gritó Evelina irritada.

María salió arrojando sobre la madre y las hijas una mirada triunfante; ellas estaban rabiosas, María era feliz porque las veía sufrir.

Estos son los efectos de la tiranía; el tirano se hace aborrecible y llega un día en que halla en su víctima un enemigo implacable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVE DE JULIO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

Desde aquel día se verificó en la hija de la viuda Delorme una transformación completa.

Ya no lloraba de ira, ya no rechinaba los dientes cuando sacudían sobre sus espaldas el látigo que se había conservado con el sólo objeto de castigarla del mismo modo que si fuera una mula.

Su carácter había adquirido una dulzura extraña; todo lo sufría con paciencia; ya no daba respuestas duras ó desabridas; de cuando en cuando la sobrecogían éxtasis inefables durante los que quedaba tan inmóvil como si se hallase dormida; veíase á veces soñar con los ojos abiertos y fijos y sonreír á una visión, invisible para todos ménos para ella.

¿Quién había verificado en María aquella extraña transformación?

La vista de Ana, la jóven viajera que se detuvo algunos instantes en la tienda de Trimalcion y habló con cariño á la pobre huérfana maltratada por todos.

Desde la muerte de su madre aquella jóven era la sola persona que había dirigido á María algunas

palabras dulces: y ¡era tan hermosa! mil veces más bella que las hermanas Trimalcion, tan desabridas, tan vanas y tan duras. María se acordaba de ella sin cesar y le había levantado un altar en su corazón.

¡Ir á París! ¡Verla! Hé aquí el pensamiento fijo de María.

Casi inútil parece decir que se había hecho, desde que soñaba, más holgazana y descuidada.

Era en vano que se la mandasen mil veces las cosas, pues hasta lo que estaba más acostumbrada á hacer se le olvidaba.

Aquella criatura, tan tosca y tan rebelde tenía á veces pensamientos llenos de ternura y de sencillez.

Una noche, ya muy tarde, se la encontró Cefisa reclinada en una ventana y mirando al cielo.

—¡Eh, papanatas! le dijo dándole un empujon; ¿qué haces aquí?

—Miro la luna, respondió María con voz dulce y algo oscura por las lágrimas que la embargaban.

—¡Gran ocupacion!

—La luna, ¿es igual en todas partes, señorita Cefisa? preguntó María.

—Sí, igual, nécia.

—¿Del todo igual?

—¿No te digo que sí?

—Perdonad, y gracias.

—¿Por qué preguntas estas tonterías?

—Porque me estaba ocurriendo que si la luna es

lo mismo en todas partes, lo mismo la verá ella que yo.

—¿Y quién es ella?

—¿Ella? Ya lo sabeis; la señorita Ninon.

—¡Toma, toma! ¿Aún piensas en aquella melindrosa?

—¡Callad, exclamó María iracunda; no quiero que le pongais apodos!

—¿No quieres?

—¡No!

—Pues yo quiero llamarla melindrosa, y tonta y mogigata porque se compadece de un ente como tú.

—¡Y yo os escarmentaré para que no la trateis mal! exclamó la jóven encolerizada y arrojando la á cabeza de su jóven ama una banqueta de madera que tenía á su lado.

Cefisa exhaló un agudo grito y cayó al suelo; el golpe la había herido en la frente.

A su voz acudieron su madre y sus hermanas y la hallaron tendida en el suelo y desmayada.

—¡Pero qué es esto, Dios mio! ¿Quién te ha puesto así? dijo la sentimental Evelina.

—Será que se ha caído, observó Aglae.

—¡Pobre hija mía! ¡No responde! ¡Está yerta, pálida, muda! ¡Se vá á morir! ¿Hay madre más infeliz que yo?

Cefisa, en efecto, no respondia, pues el golpe la había privado de sentido; en tanto que su familia la

socorria, los vecinos de Chalons vieron salir de casa del maestro zapatero una sombra esbelta, y deslizarse en veloz carrera á lo largo de la calle, poco frecuentada siempre y del todo solitaria á aquella hora.

Era María.

—Irritada hasta la violencia por las palabras que habia dejado escapar Cefisa contra la amable y jóven viajera, no habia reflexionado en las consecuencias del golpe que habia descargado sobre ella; así que el banquillo cayó sobre la frente de la jóven, se asustó y su único pensamiento fué huir.

Pero ¿á dónde podia refugiarse aquella pobre criatura, sin amparo alguno en la tierra?

Al hacerse esta pregunta, una respuesta se grabó en su mente con caractéres de fuego.

—¡En París!

—¡París!

Hacia ya muchos días que esta palabra mágica zumbaba en los oídos de María Delorme; mucho tiempo que se hallaba grabada en su alma.

Guiada por este pensamiento, se dirigió á las puertas de la ciudad.

Se hallaban cerradas, pues era poco más de la una de la madrugada.

—¿Qué haré hasta que abran? se preguntó llena de perplejidad; ¿dónde me ocultaré?

Detúvose un instante apoyada en el muro y reflexionando profunda y tristemente.

La pobre criatura temia dos cosas.

Que la encontrase la familia de Trimalcion y que le hiciese pagar la pena del golpe que habia dado á Cefisa.

Sobrecogiéronla la angustia y el terror; ¿dónde ir que le diesen asilo por algunas horas? ¿Qué hacer?

—¡Oh, mi madre! exclamó de repente; mi pobre madre á la que iba á abandonar sin decirle ¡adiós! ¡Ella me amparará desde su tumba como me protegía cuando vivia!

Corrió, dichas estas palabras, al cementerio.

Tambien estaba cerrado; pero á cada lado de la verja de hierro, que protegía la mansion de los muertos, habia un poyo de piedra como para convidar á los vivos á la meditacion.

María se dejó caer de rodillas delante de la reja; apoyó sus manos en los hierros, rezó sus oraciones de niña y lloró copiosamente.

—¡Oh, madre mia! exclamó alzando sus ojos al cielo; ¡por qué no me llevaste contigo al dejar este mundo! ¡Ah! tú no podias conocer el desamparo en que quedaba tu pobre María, porque te ofrecieron ampararme y protegerme; pero, ¡cuánto han mentido! ¡Tú lo sabes, puesto que desde el cielo todo lo ves! Así, no me culpes, madre mia, por la determinacion desesperada que he adoptado; no me culpes porque dejo esta tierra en que tú, mi padre y yo hemos nacido; esta tierra maldita en la que sólo he hallado

pobreza, dolores, odio y amarguras. ¡Pide á Dios que se compadezca de mí, porque si no he sido para tí lo que debia ser, si he apresurado la hora de tu muerte, si te he hecho infeliz, ya sabes que yo lo he sido mucho tambien!

María permaneció allí llorando y hablando con su madre durante muchas horas; seis pasaron sin que se moviese de su postura, y aunque el cementerio estaba lejos de la poblacion, y la soledad le envolvia, ningun temor le acosaba, ya por su natural valeroso, ya tambien por la extrema y dolorosa preocupacion de su espíritu.

Cuando el alba derramó su blanca luz, María no lo notó; una fuerza misteriosa la sujetaba á aquellos hierros, ménos duros para ella que los corazones de sus semejantes, y fué preciso que el sol derramase sus cálidos rayos sobre su desnuda cabeza para que se decidiese á separarse de aquel sitio.

Dirigió, por fin, su último ruego á su madre; su última mirada á la pobre cruz de piedra que señalaba el sitio donde dormía el último sueño, y se alejó de allí con paso rápido y enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos y que aliviaron algun tanto el peso de su corazón.

VII.

Algunos dias despues entraba en París una muchacha mendiga, haraposa y casi desfallecida de hambre y de frio.

Llevaba un traje de algodón descolorido, y tan hecho girones, que á duras penas conseguia ocultar su vergonzosa desnudez interior, pues no llevaba camisa; sus largos cabellos negros caian desgredados sobre su espalda y hombros; brillaban sus ojos con la fiebre del hambre, dando á su mirada algo de fúnebre y sombrío; sus piés descalzos estaban llenos de llagas; y á no ser por un grueso palo, en que se apoyaba, hubiera caido sin duda al suelo.

Detúvose en la primera calle y se apoyó contra la pared.

Erale imposible dar un paso más.

Empezaba ya la primavera; las ramilleteras, los vendedores ambulantes de juguetes, pasaban al lado de la mendiga y volvian hácia ella los farolillos de sus cestos ó de sus cajones, porque esto acontecia á las ocho de la noche

pobreza, dolores, odio y amarguras. ¡Pide á Dios que se compadezca de mí, porque si no he sido para tí lo que debia ser, si he apresurado la hora de tu muerte, si te he hecho infeliz, ya sabes que yo lo he sido mucho tambien!

María permaneció allí llorando y hablando con su madre durante muchas horas; seis pasaron sin que se moviese de su postura, y aunque el cementerio estaba lejos de la poblacion, y la soledad le envolvia, ningun temor le acosaba, ya por su natural valeroso, ya tambien por la extrema y dolorosa preocupacion de su espíritu.

Cuando el alba derramó su blanca luz, María no lo notó; una fuerza misteriosa la sujetaba á aquellos hierros, ménos duros para ella que los corazones de sus semejantes, y fué preciso que el sol derramase sus cálidos rayos sobre su desnuda cabeza para que se decidiese á separarse de aquel sitio.

Dirigió, por fin, su último ruego á su madre; su última mirada á la pobre cruz de piedra que señalaba el sitio donde dormía el último sueño, y se alejó de allí con paso rápido y enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos y que aliviaron algun tanto el peso de su corazón.

VII.

Algunos dias despues entraba en París una muchacha mendiga, haraposa y casi desfallecida de hambre y de frio.

Llevaba un traje de algodón descolorido, y tan hecho girones, que á duras penas conseguia ocultar su vergonzosa desnudez interior, pues no llevaba camisa; sus largos cabellos negros caian desgredados sobre su espalda y hombros; brillaban sus ojos con la fiebre del hambre, dando á su mirada algo de fúnebre y sombrío; sus piés descalzos estaban llenos de llagas; y á no ser por un grueso palo, en que se apoyaba, hubiera caido sin duda al suelo.

Detúvose en la primera calle y se apoyó contra la pared.

Erale imposible dar un paso más.

Empezaba ya la primavera; las ramilleteras, los vendedores ambulantes de juguetes, pasaban al lado de la mendiga y volvian hácia ella los farolillos de sus cestos ó de sus cajones, porque esto acontecia á las ocho de la noche

Un perfume penetrante y dulce, que en los bellos dias de Abril y Mayo vá envuelto en el aire, se dejaba sentir por todas partes; pasaban los caballeros con sus ricos trajes bordados de oro y sus sombreros con plumas seguidos de sus escuderos, y las damas pasaban tambien en sus literas cuyas cortinas estaban recorridas porque ya empezaba á hacer calor.

La mendiga no veia nada de aquello; sus oidos zumbaban; cubria sus ojos un espeso velo; se sentia morir, sin que supiera evitarlo, sin darse cuenta de ello; la acometió un desfallecimiento repentino y clavó, por fin, á lo largo de la tápia.

Entónces, como entre sueños, oyó una voz dulce que dijo:

—¡Parad!

Un instante despues, María, pues era ella la mendiga, que aún no habia perdido del todo los sentidos, se vió envuelta en un ropaje de seda y sintió un suave perfume que aplicaban á su nariz.

Luego la misma voz dijo con acento de mando:

—Grimaud, pedid en la casa más cercana un poco de leche ó un poco de vino.

María abrió los ojos y trató de incorporarse; á su lado habia una mujer de rostro gracioso y vestida con tanto lujo como elegancia.

—Valor, pobre muchacha, le dijo; ya ha ido uno de mis criados á buscar algo con que socorremos; ved allí mi coche que os conducirá á donde gustéis.

María dejó escapar un gemido.

En aquel momento llegaba el cochero trayendo un vaso de vino de Burdeos, única cosa que le habian podido dar en una casa vecina.

—Vamos, veded esto y decid á donde quereis ir.

María bebió parte del vino y dejó caer la cabeza sobre el pecho con profundo desaliento.

—¿Dónde habitan vuestros padres? preguntó la dama.

—No tengo padres, señora; respondió la muchacha.

—¿No los teneis aquí?

—Ni en ninguna parte.

—¿Sois huérfana, pues?

—Si senora.

—¿Sois de París?

—Hace una hora que he llegado á él

—¿De dónde venís?

—De Chalons.

—¿Cómo os llamais?

—María Delorme.

—Pero, pobre criatura, ¿á qué venís á París?

—A buscar á una jóven señorita, á quien conoci haré poco más de dos meses.

—¿En dónde?

—En la casa en donde me recogieron á la muerte de mi madre.

—¿En Chalons?

—Sí, señora.

—¿Sabeis cómo se llama esa jóven? ¿Sabeis dónde vive?

—Si señora, se llama Ana Lenclos; su padre la llama Ninon, vive en la calle de San German de los Prados, núm. 50.

—No la conozco, dijo la dama; en todo caso ya la buscaremos; venid ahora conmigo.

—¿Con vos, señora?

—Sí, conmigo, en mi coche.

—¿A vuestra casa?

—Sin duda; ayudadla, Grimaud.

El lacayo ayudó á subir al carruaje á María, que creía soñar; subió despues su improvisada protectora y el carruaje partió con rapidez.

Apeáronse en la calle del *Arbol Seco*. Grimaud ayudó tambien á María á subir la escalera, que era ancha y lujosa; entraron en un espacioso recibo, y allí obligó la dama á María á que se sentase.

—Grimaud, dijo luego á su criado, di á Constanza que venga; y tú trae al instante algo que pueda comer esta muchacha.

Salió Grimaud, y un instante despues vino Constanza á ofrecerse á las órdenes de su ama.

Era una jóven de aire resuelto, coqueta, viva y ataviada con gusto.

—Constanza, le dijo su ama; esta pobre chica se moria de hambre en la calle y la he recogido; arré-

glale una cama en tu cuarto y, así que coma algo, acuéstala; mañana temprano sal á comprarle algunos vestidos y luego veremos qué hacemos de ella: ¿ha venido el señor Desbarreaux?

—Está esperándoos, respondió Constanza.

—¿Dónde?

—En vuestro gabinete.

La dama salió y María quedó sola con Constanza.

Poco despues entró Grimaud trayendo en un plato un trozo de pastel de venado y un vaso con vino, que presentó de mala gana á María.

Mientras que ésta devoraba el pastel, se entabló el siguiente diálogo entre los dos servidores:

—Dime, preguntó la doncella; ¿dónde ha encontrado el ama semejante escuerzo?

—¡Toma, en la calle! respondió el lacayo.

—¿De dónde venia?

—Dice que de Chalons.

—¿Y qué querrá hacer de ella?

—No lo sé; acaso su señorita de compañía.

—Si no fuera fea como un mónstruo esa chica, diria que la puede hacer mal tercio.

—¿Por qué?

—Porque el Sr. Desbarreaux se va ya cansando de la señora, y esa muchacha está en una edad que á él le gusta en extremo.

—¡Bah! ¡A él le gustan todas las edades! ¡Hasta la tuya!

--¿La mía?

--¡La tuya, sí!

--¿Y qué mal hay en ello? ¿Tantos años cuento yo?

--Veinte y siete.

--Veinte y cinco.

--¿Hasta cuando estás en los veinte y cinco, Constanza?

--Hasta que cumpla los veinte y seis.

--Tienes los veinte y seis; pero esto no tiene nada que ver con lo que yo digo; el caso es que siempre eres más joven que la señora, que tiene cuarenta.

--Mira, déjame en paz; la muchacha ha concluido de engullir y voy á acostarla.

En efecto, María habia ya comido su pedazo de pastel y sentia sus fuerzas mucho más recobradas.

--¿Se te ha quitado ya el hambre, buena pieza? preguntó con tono despreciativo la camarera á María.

--Sí, respondió ésta lacónicamente.

--¿Tienes sueño?

--Sí.

Constanza la miró entre irritada y llena de asombro; la expresion del semblante de María, así como sus respuestas, se hallaban muy léjos de la humildad que, á su parecer, debia tener una pordiosera.

--Parece que no es de muchas palabras, dijo volviéndose á Grimaud, pero ya la amansaremos; vamos, anda á dormir.

María siguió á la camarera, y una hora despues

dormia en un cómodo lecho, tan cómodo como no lo habia tenido nunca, y tan limpio, como sólo lo tenia en vida de su madre, la pobre y laboriosa Magdalena.

Al siguiente dia, Constanza la vistió con un traje de seda usado, pero que á la pobre María le pareció de una deslumbradora riqueza; y como era imposible desenredar sus enmarañados cabellos, se los cortó para acabar más pronto; sin embargo, María parecia trasformada y los rasgos de una gran belleza aparecieron en su pálida y abatida fisonomía.

Lavado su rostro del polvo que le cubría, mostró una tez limpia y tersa.

Sus ojos, despues de un sueño pacífico, rielaban tranquilos entre largas pestañas de seda; sus bien calzados piés demostraban su pequeñez y su bonita forma; gruesos y abundantes rizos negros, sombreaban, aún despues de mutilados sus cabellos, su frente y sus mejillas; y el color de rosa de sus lábios hacia parecer más linda su dentadura, que era pequeña y blanquísima.

Constanza fijó en ella una mirada de asombro y cuando salieron á la antesala, le dijo á Grimaud esta sola palabra:

--¡Mira!

El lacayo se sonrió guiñándole los ojos con aire malicioso y socarron, y dijo:

--Creo que esta muchacha os desbancará á las dos.

—¿A qué dos?

—A la señora y á tí.

—Y bien; tanto mejor que sea bonita, dijo Constanza; eso hacia falta aquí; el señor Desbarreaux es un viejete que se va quedando pobre y que además se va convirtiendo.

—¿Que se convierte?

—Sí, por cierto; así lo dice hoy todo París.

—¿Es eso posible?

—Parece que sí.

—¿Convertirse el hombre más vicioso y desordenado de Francia! exclamó Grimaud; ¡un hombre para el cual no hay mujer sagrada! ¡Qué pasa las noches en el juego y en las orgías!

—Decidme, interrumpió María, que no comprendía nada de lo que aquellos dos tunantes hablaban: ¿cuándo podré ver á la señora?

—Muy pronto, respondió Constanza.

—¿Quereis decirme su nombre?

—Sí por cierto; se llama la señora de Bentiboglio; es italiana, muy rica y liberal; ya podeis tratar de complacerla, por la cuenta que os tiene.

—Yo haré todo lo que me mande, respondió sencillamente María.

—Vuestra cara, pues, señorita, no es de ser muy amable, dijo la camarera con descaro; á juzgar por ella, no debeis tener muy buena condicion.

—La tendré con la señora, repuso la jóven; ella

me ha socorrido cuando me moria de hambre y me ha traído á su casa; soy mala para los que me maltratan; pero me dejaré matar por los que me hacen algun bien.

En aquel instante se oyó una campanilla en las habitaciones interiores, y la camarera salió corriendo de la sala.

María quedó sola con Grimaud.

—No hagais caso de esa víbora, señorita, dijo el ayuda de cámara: sólo os puede hacer daño.

—¿Qué mal ha de hacerme á mí? pregunto María con candor; yo no le causado ninguno y nunca hay razon para ofender á quien ningun daño nos ha hecho.

—Es que vos le hareis uno y muy grande.

—¿Yo?

—Ciertamente.

—¿De qué modo?

—Granjeándoos el afecto de la señora, que hasta hoy ha poseido ella sola; no podeis figuraros de qué modo la domina, ni lo lucrativo que le ha sido su afecto; ya vereis, ya, lo que sucede aquí.

La llegada de Constanza, que volvía, cortó las confidencias de Grimaud.

—Vamos, señorita; dijo la camarera, la señora desea veros, seguidme.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

Eleonora Bentiboglio, célebre aventurera italiana, que durante treinta años consumió las más ricas fortunas de Francia, era una mujer admirablemente bella, aunque ya había cumplido los treinta y dos años de su edad.

Casada á los quince años en Pésaro, su patria, era viuda á los diez y siete, gracias, según se murmuraba, á cierto brevaje que, con apariencia de una medicina, había administrado á su viejo esposo.

Este, que era un rico señor italiano, la había sacado de la miseria, donde vejetaba con su madre viuda de un ugieer del palacio pontificio; conocióla en Roma, y se la llevó á su palacio de Pésaro para hacerla dueña y soberana de él.

Bien poco tardó Eleonora en verse rodeada de una lucida córte; entre la turba de adadores que la rodeaba, distinguió á un jóven de gallarda presencia, y le hizo dueño de su corazon y de su voluntad.

Queriendo asegurarse para siempre la posesion



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

Eleonora Bentiboglio, célebre aventurera italiana, que durante treinta años consumió las más ricas fortunas de Francia, era una mujer admirablemente bella, aunque ya había cumplido los treinta y dos años de su edad.

Casada á los quince años en Pésaro, su patria, era viuda á los diez y siete, gracias, según se murmuraba, á cierto brevaje que, con apariencia de una medicina, había administrado á su viejo esposo.

Este, que era un rico señor italiano, la había sacado de la miseria, donde vejetaba con su madre viuda de un ugieer del palacio pontificio; conocióla en Roma, y se la llevó á su palacio de Pésaro para hacerla dueña y soberana de él.

Bien poco tardó Eleonora en verse rodeada de una lucida córte; entre la turba de adadores que la rodeaba, distinguió á un jóven de gallarda presencia, y le hizo dueño de su corazon y de su voluntad.

Queriendo asegurarse para siempre la posesion

de su amante, concibió el horrible proyecto de asesinar á su esposo y bienhechor, para quedar así libre del aborrecido yugo de su matrimonio, y lo puso por obra sin reflexionar en la negra ingratitud de su acción.

Debe consignarse, en honor de la justicia, que el amante nada supo de este crimen y que creyó la muerte del viejo caballero efecto de enfermedad ó de sus muchos años.

Eleonora se casó con su amante, pero Dios llamó á éste á los dos años de su unión, y cuando acababa ella de cumplir los diez y nueve.

No habiendo tenido hijos de su primer esposo, todas las riquezas de éste volvieron á su familia, y en el mismo caso se vió con el segundo.

Hallóse, pues, pobre, pero jóven, libre y hermosa; dejó á Pésaro y fué á establecerse en París.

Predestinada á vivir sumida en el vicio, del que la habian separado sus dos casamientos, volvió á caer en él con tanta más facilidad cuanta era menor su energía para apartarse de su rápida pendiente.

Bien pronto se extendió por todo París la fama de la bella italiana; su casa se abrió para los más galantes caballeros y tuvo su córte más brillante que nunca.

Eleonora lucía los trenes más soberbios de Francia, las más ricas joyas, los trajes más magníficos; nadie la igualaba en ostentación y en esplendor;

pero ninguna mujer honrada pisaba los umbrales de su casa, ninguna la saludaba, y todos separaban de ella la vista con desprecio.

Trece años hacia que se hallaba ya en París, excepto algunos meses del año que viajaba, cuando se halló á María; gastado su corazón por la galantería y por muchos desengaños, ansiaba un afecto puro y desinteresado; beneficio de la vida que jamás habia disfrutado.

María, al entrar en el aposento de su bienhechora, quedó estática; tanta era la magnificencia con que estaba alhajado y la hermosura y lujoso atavío de Eleonora.

Era ésta una mujer alta y formada con esquisita perfección; su tez, algo pálida, era trigueña y mate; sus cabellos rubios y abundantes; sus ojos grandes y oscuros; estaba envuelta en un peinador guarnecido de encajes y recostada en un gran sillón dorado.

—Acércate, querida niña, dijo á María con su dulce voz; acércate y no temas; sólo deseo tu bien y que te hables á tu gusto en mi casa; nada te mandaré sino que me acompañes algunos ratos, ya en casa, ya sea cuando salga; ahora véte.

María se retiró cada vez más encantada de la nueva vida que se la preparaba en casa de su bienhechora. No hacer nada. Comer bien, vestir con lujo, pasearse en coche, era mucho más de lo que nunca habia soñado en sus ambiciosos devaneos.

Sin embargo, un deseo vago, ardiente, incesante, se agitaba en el fondo de su alma: la imagen de Ninon estaba siempre ante sus ojos. Eleonora no podía ser amada por ella como una amiga; pero ¿qué confianza tan dulce le hubiera inspirado Ninon!

Pasaron muchos días; María oía desde su estancia las cenas ruidosas de la cortesana, las locas risas de sus compañeras y las canciones báquicas de sus amigos.

La jóven, si bien muy fatalmente, se había ido educando; ya tenía modales, aunque muy desenvueltos; cuando oía la algazara del cuarto de Eleonora, preguntaba á Constanza y á los demás criados: —¿Por qué no me dejan ir allí?

—Aún no es tiempo, respondía la jóven gravemente.

Un día tuvo, por fin, orden de vestirse con el mayor primor posible. Constanza le puso un vestido de seda, color de rosa, que hacía resaltar su tez trigueña y suave, y entrelazó los negros rizos de sus cabellos con algunas sargas de perlas.

María iba á cumplir diez y seis años; la expresion uraña de su rostro se había trocado en una plácida melancolía; era de estatura mediana y esbelta, de talle fino y delicado, y hermosos ojos; podía hallarse una fisonomía más bella que la suya, pero no más apasionada é interesante.

Cuando estuvo vestida y adornada, cuando su

lindo pié calzado de satin blanco lució toda su pequeñez, cuando al mirarse al espejo se halló tan bonita, el corazon de María palpité de orgullo.

Dirigióse sola á la habitacion de Eleonora, á la que halló rodeada de varios caballeros.

Uno de ellos, pequeño, obeso, colorado y cuya gran peluca rubia ocultaba algunos cabellos blancos, se dirigió á su encuentro y le presentó la mano.

Era uno de esos hombres que degradan la ancianidad; se llamaba Desbarreaux y había sido, durante algun tiempo, uno de los amantes favorecidos de Eleonora.

Aquel hombre habló á María un lenguaje desconocido; le pintó su hermosura, sus gracias con los más vivos colores, y la habló de amor, de libertad y de riqueza.

María, oyendo á Desbarreaux olvidaba que era viejo y feo, y le parecía que era un dios bien echado; enviado allí para ofrecerle todas las venturas de la tierra.

Poco despues llegaron más convidados y se cubrieron las mesas para la cena.

María, que desde su llegada á casa de Eleonora había comido en su cuarto en una mesita limpia, pero muy modesta, quedó deslumbrada con la magnificencia que se desplegaba ante sus ojos,

Centelleaban en las vajillas el oro, la plata y las piedras preciosas; á imitacion de los festines roma-

nos, la sala del banquete y las mesas en que éste tenía lugar, estaban cubiertas de flores; los vinos brillaban como topacios y rubíes líquidos encerrados en frascos con tapones de oro; María, colocada al lado de Desbarreaux, bebió por la primera vez de su vida y sintió su cabeza mareada con la influencia de las bebidas y el ruido que hacían los convidados.

¡Pobre niña! Acababa de poner el pié en la senda del vicio.

Aquel hálito impuro le había convertido en otra cortesana como Eleonora Bentiboglio.

Su madre debió llorar en el cielo la desventura de María.

Hacia el fin de la cena, le propuso Desbarreaux que le acompañase al día siguiente á ver á una jóven muy bella.

—Caballero, respondió María; no podré salir sin el permiso de la señora.

—No os hace falta para nada, querida mia, respondió su nuevo amigo; estoy seguro de que se alegrará si os llevo conmigo.

—¿Vive lejos esa jóven? preguntó María.

—No, respondió Desbarreaux; aquí cerca, calle de San German de los Prados.

—¡Cómo! exclamó María ¡vive en la calle de San German!

—Sí, por cierto; ¿qué hay en eso de extraño?

—¡Su nombre, caballero, su nombre!

—Se llama Ana Lenclos.

—Y su padre la llama Ninon, ¿es verdad?

—Sí... ¿pero cómo sabeis?...

—¿Es de mi edad poco más ó ménos?

—Tendrá vuestros mismos años.

—¿Tiene el cabello rubio?

—Como el oro.

—¿Los ojos azules?

—Como el cielo.

—¿La boca muy pequeña?

—Como un capullo de rosa; ¡pero qué! ¿La conceis?

—¡Oh, ella es, ella es! exclamó María llena de entusiasmo; ya la encontré.

—¿Pero conocéis á Ninon?

—Sólo por ella vine á Paris.

—¿Por ella?

—¡Sí, á buscarla, deseaba tanto volver á verla!

—Oid, señores; dijo Desbarreaux levantando la voz, María conoce á la jóven Ninon.

Una carcajada general acogió estas palabras.

—¿Es posible? exclamó Eleonora; ¿conoces tú á Ninon de Lenclos?

—La conozco, respondió María á quien el gozo tenía embargada toda su atención.

—¿Desde cuando?

—Desde ántes de venir aquí.

—¿Y dónde la viste?

—En Chalons.

—¿De modo que vas á ir á verla con el señor Desbarreaux?

—¡Oh, sí, sí! ¡Y ojalá quisiera llevárame ahora mismo!

—Será mañana, repuso el caballero. Ahora es tarde y Ninon no estará para recibir visitas.

Otra carcajada acogió estas palabras. María, atónita, miró en torno suyo y sintió en su corazón algo que la oprimía dolorosamente; le parecía que se burlaban de Ninon y fué á sentarse entrecolérica y afligida en un rincón de la estancia.

Los concurrentes siguieron comiendo, bebiendo y gritando. Desbarreaux pareció olvidarse de la jóven durante algunos instantes, y ésta pudo entregarse libremente al placer que le causaba la idea de ver á Ninon.

Ya muy tarde, entraron en la sala del festín algunos otros caballeros. María fijó en ellos una mirada distraída que se animó con una chispa de entusiasmo al detenerse sobre uno de los recién llegados.

Era un jóven de veinte y dos á veinte y cuatro años, de rostro hermoso y varonil, ojos negros y rica cabellera del mismo color.

Entre todos aquellos cortesanos alegres, cubiertos de bordados, de encajes y de joyas, la figura de aquel jóven brillaba como una estrella por su esquisita elegancia y su delicada cabeza.

Sin embargo, su fisonomía era melancólica al

mismo tiempo que altiva, y se advertía en ella un sello extraño de resignación orgullosa como si se hubiera creído predestinado para un gran infortunio que adivinaba y que no quería en manera alguna evitar.

María fijó, como hemos dicho, sus ojos en él y ya no pudo separarlos; pero viendo al fin al jóven entretenido al lado de una de las convidadas, volvió á su idea dominante que era ver á Ninon, y olvidó la presencia del jóven.

De repente sintió junto á ella un suave perfume, ese perfume que es propio de las personas elegantes y que parece preceder de ellas mismas.

Se volvió y se halló con el jóven melancólico que se había sentado al lado suyo.

Visto á aquella distancia, le pareció mil veces más hermoso y distinguido que al entrar.

—No creía yo encontrar aquí tanta gracia y belleza, dijo mirando á María, y con una voz tan dulce y pura, que el corazón de ésta latió fuertemente.

Las mejillas de la jóven trocaron su palidez por las rosas del rubor; pero no acertó á responder ni una palabra.

—Segun me han dicho, hermosa niña, ¿habitais aquí? prosiguió el jóven.

—Sí, señor, respondió tímidamente María sin alzar los ojos del suelo.

—¿Hace mucho?

—Algunos meses.

—Yo he estado ausente y llegué ayer; por eso no habia tenido aún la dicha de veros hasta ahora. ¿Y estaréis aquí mucho tiempo?

—Lo ignoro, caballero.

—Cuidado, Marqués, gritó alegremente uno de los concurrentes, cuidado con lo que haceis, ó participaré vuestras infidelidades á María de Gonzaga.

Un ruidoso bofeton contestó á estas palabras: el llamado Marqués habia saltado con la agilidad de un tigre sobre la persona que le hablaba, y ántes de que espirara en sus lábios la palabra, descargó sobre él el golpe.

—¡Aprended en dónde se deben pronunciar los nombres ilustres; señor Duque, gritó el Marqués mirando colérico al que acababa de ultrajar, y acordáos de no dejarlos salir de vuestros lábios en sitios como este!

—¡Ah, Marqués, al rayar el alba me dareis satisfaccion de esta ofensa! gritó á su vez el Duque á quien sacaron casi á la fuerza sus amigos.

—Dónde y como os agrade, contestó el Marqués volviendo á ocupar tranquilamente su asiento al lado de María.

Esta le miró asombrada; en su corazon se habia levantado un sordo dolor; el nombre de María de

Gonzaga zumbaba en sus oidos con un eco sordo y fúnebre.

¿Quién seria aquella María que tanto parecia interesar al Marqués? ¿Por qué no podia pronunciarse allí su nombre? Ella tambien se llamaba María y nadie se oponia á que la nombrasen allí y en todas partes.

La voz del Marqués la sacó de sus reflexiones.

—¿Cómo os llamais, hermosa niña? le preguntó.

—María, respondió ella mirándole fijamente

La fisonomía del Marqués se inmutó y despues respondió éste con un suspiro:

—Siento que os hayan dado ese nombre.

—¿Por qué causa?

—Porque no podré llamaros por él; le lleva otra persona sagrada para mí.

—¿La señorita de Gonzaga? preguntó María con amargura y sin dejar de mirar al Marqués.

—¡La princesa de Mántua! respondió el jóven con solemnidad, poniéndose en pié y quitándose el sombrero.

Todos los presentes hicieron lo mismo; se levantaron y se quitaron los sombreros que tenian puestos delante de las cortesanas, al nombrar el Marqués á la Princesa.

Luego se sentaron de nuevo y volvieron á cubrirse.

—Caballero, dijo tímidamente María, cuyo asom-

bro crecía cada vez más; os quiero pedir una merced.

—Concedida, respondió el joven.

—Pues bien; decidme aquí, en voz baja; ¿son la misma persona María de Gonzaga y la princesa de Mantua?

—Sí, respondió el joven.

—¿Y vos quién sois?

—Enrique de Effiat, marques de Cinq-Mars.

—¿Es joven la Princesa?

—Tiene diez y seis años.

—¿Es hermosa?

—¡Hermosa! repitió el Marqués fijando en el vacío sus apasionados ojos como si allí buscase alguna sombra querida.

—Responded, insistió María, cuya voz temblaba; ¿es hermosa?

—¡Muy hermosa!

—¿Es parienta vuestra?

—No.

—¿Dónde vive?

—¿Qué os importa? preguntó Cinq-Mars entre sorprendido y enojado por la rara insistencia de María.

—Nada; ¡teneis razon! respondió ésta bajando la cabeza; y dos lágrimas anchas é hijas de un mortal dolor, cayeron sobre sus manos cruzadas.

—¿Qué teneis? exclamó el Marqués; ¿llorais, her-

mosa niña? ¿Por qué? ¿Sabeis algo de mis desventuras?

—¿Yo? ¿Qué he de saber? respondió a margamente María; bastante tengo con las mias.

El silencio volvió á reinar.

—¿Con qué nombre debo llamaros? preguntó Cinq-Mars hablando el primero.

—Ya os lo he dicho; me llamo María.

—Es imposible que yo os dé ese, repuso el Marqués que se alteraba realmente cada vez que le oia pronunciar.

—No tengo otro, dijo María levantándose bruscamente.

—Entonces dejaré de venir á esta casa.

—¿Y no volveréis más?

—¡No! Sólo por vos hubiera vuelto; pero no os quiero ver sin saber cómo he de llamaros.

—En el pueblo donde nació, dijo la joven, me llamaban Marion; ¿quereis llamarme asi, caballero? prefiero que me deis el apodo que inventaron los que me aborrecian, á dejar de veros.

—Aunque ese apodo no está en armonía con vuestra encantadora figura, os le daré por nombre; ahora, adios. Mañana nos volveremos á ver.

Cinq-Mars se levantó.

—¿Os vais señor Marqués? dijeron algunos de los caballeros presentes.

Sí, respondió Enrique; alguien debe esperarme

en mi casa de parte de Richelieu, y nunca me hago esperar en tales ocasiones.

—¡Caramba! ¡Os acalorais tan pronto...!

—¡Yo tengo mis motivos con ese hombre! dijo sombríamente el Marqués; deseaba uno para insultarle, y, si puedo le mataré.

—Ya sabeis que podeis contar con nosotros, Marqués.

—Lo sé, y os doy gracias; hasta mañana.

El Marqués saludó y salió de la habitación sin mirar á María, que le siguió con sus grandes ojos negros hasta que desapareció.

Levantóse luego, y, sin decir nada á nadie, fué á encerrarse en su estancia con la cabeza hecha un volcán.

IX.

María, ó Marion, como nos veremos obligados á llamarla más de una vez en adelante, no pudo conciliar el sueño en toda la noche

Las bellas y atractivas imágenes de Ana Lenclos y de Enrique de Effiat llenaban su cerebro; ella tan alegre, tan amable; él tan melancólico y tan severo.

Levantóse muy tarde, y apenas acababa de vestirse entraron á decirle que deseaba verla Desbarreaux.

—Ninon nos espera, mi querida niña; le dijo el licencioso caballero; ántes de venir á buscaros he estado á visitarla.

—¡Ah! ¿Se acuerda de mí? exclamó María uniendo las manos.

—En honor de la verdad, he necesitado hacerle largas explicaciones de vuestra persona para que recordase quién érais, y aún ahora mismo no lo recuerda muy bien; querida y amable niña, vos debéis buscar otros afectos más sólidos que los que podeis hallar en vuestro sexo; sois bella y excitareis

siempre más envidia que cariño; consentid en que yo sea vuestro protector y vivireis libre y feliz.

—¿De qué modo? preguntó sencillamente Maria sin entender el cínico lenguaje de Desbarreaux.

—¿De qué modo? Así; os alhararé una casa cómoda y elegante por cuenta mia; os buscaré una servidumbre que adivine todos vuestros deseos; os buscaré maestros de todas clases que os eduquen, y sereis reina absoluta en vuestra casa y en mi voluntad.

—¿Y podré hacer todo lo que quiera?

—Absolutamente todo.

—¡Y recibir las personas que sean de mi agrado!

—Ciertamente.

—¡Oh! entonces voy á ser muy dichosa.

—En, efecto porque sereis libre.

—¿Y cuándo estaré en mi casa haciendo todo lo que quiera?

—Sólo os pido seis dias para alhajar vuestra morada y buscaros servidumbre; por mi parte, todos vuestros gastos corren de mi cuenta y además os daré cada mes una cantidad más que suficiente para que vivais con fausto.

—¡Ah, señor, cuán generoso sois! exclamó con efusion la inocente jóven, besando con ardor la mano de aquel hombre depravado.

—Vamos, dejáos de extremos; el coche nos espera y tambien Ninon, que tiene muchos deseos de veros.

—Maria siguió á su nuevo protector al pátio, donde les esperaba un coche.

Al cabo de algunos minutos, que empleó Desbarreaux en reiterar á la jóven todas sus promesas, el carruaje se detuvo á la puerta de una elegante casa.

—¿Vive aqui la señorita Ana? preguntó Maria.

—Sí, querida mia, respondió su compañero, aqui vive.

Subieron la escalera y se hallaron en unsuntuoso aposento en el que habia algunos criados.

—Decid á la señorita Ninon que se hallan ya aqui la señorita Delorme y el señor Desbarreaux.

—¡Entrad! dijo una dulce voz.

—Maria se volvió con presteza; habia reconocido aquel acento; vió á Ninon más linda, más dulce que nunca y corrió á ella.

—No os conozco, señorita; dijo Ninon algo sorprendida; mi amigo Desbarreaux no ha sabido explicarme bien.....

—¡Qué! ¿No os acordais ya de la pobre muchacha recogida por caridad en casa del zapatero de Chalons? exclamó Maria. ¿No os acordais ya de qué modo os compadecisteis de su misero estado, y cómo le encargásteis que si venia á Paris os buscara?

—¡Ah, sí! te conozco ahora, ¡pobre Maria! exclamó Ninon abrazándola con efusion: ¡te conozco! pero no extrañes que haya tardado; ¡estás tan cam-

biada, tan elegante, tan hermosa! Entra, entra, si-
gueme, y vos tambien, amigo mio!

Y la jóven, ligera como una sílfide, abrió una
puerta y entró en un lujoso gabinete en el que res-
plandecian el oro, la plata y los muebles más pre-
ciosos y más ricos.

Apoyado en el quicio de una ventana habia un
hombre de esbelta y elegante estatura: aunque de
espaldas, María le reconoció al instante.

Era Cinq-Mars.

—Vamos, María, cuéntame tu vida desde que
estás aquí, dijo Ninon ocupando un asiento y se-
ñalando otro á su amiga; háblame con franqueza,
tutéame.... la compañía en que te veo me hace
creer que has adoptado el mismo género de vida
que yo; la vida más dichosa, como decia mi pobre
padre, que ya murió. Porque has de saber, María,
que estoy sola y libre como el aire; no sufro más
tiránias que las de algunos amigos caprichosos como
éste.

Ninon se detuvo y señaló al Marqués con un ade-
man familiar y desenvuelto; éste se volvió y fijó una
mirada llena de asombro en la recién llegada.

—¡Vos aquí, Marion! exclamó el Marqués con
asombro.

—¡Qué escuchó! ¿Vos la conoceis? exclamó Ninon;
¿y porqué te llama el Marqués con el apodo que te
pusieron tus enemigos de Chalons? ¡Pero ya caigo!

Es que su augusta prometida se llama así, y no
querrá manchar su nombre dándotelo á tí!.... ¡Figú-
rate, María, que el Marqués está prometido á una
Princesa real, lo que no le impide galantearme á mí
y á cuantas vé!

María se hallaba aturdida; la alegre charla de
Ninon no le decia lo que era su amigo; no sabia qué
pensar.

¡Cinq-Mars allí! ¡Cinq-Mars prometido esposo de
una Princesa! Un rayo de fúnebre luz, penetró en el
cerebro de María; se dijo que aquella prometida es-
posa debía ser la princesa de Mántua á la que él
nombraba con tanto respeto y adoracion.

—¡Permaneced así... así algunos instantes más!
exclamó Desbarreaux; y vos, Marqués, advertid qué
peregrino contraste forman éstas dos encantadoras
niñas; ved los rubios cabellos de Ninon, mezclados
con los negros rizos de María; ved los ojos azules de
aquella y los ojos negros de ésta... ved la tez de nie-
ve de la una y la tez trigueña de la otra... ¿cuál os
gusta más?

—¡Las dos! respondió Cinq-Mars, aunque la pro-
funda mirada que al responder fijó en María, expresó
con bastante claridad que era ella la preferida.

—¿Con qué cuál va á ser tu vida? preguntó Mad. de
Lenclos á su amiga; ¿dónde te hallas?

—Se halla en casa de Eleonora Bentiboglio, res-
pondió el Marqués.

—¡Oh! es por cierto una bella compañía; pero temo que te se va á volver esa amable protectora una cruel enemiga.

—¿Por qué? preguntó la jóven.

—Porque eres hermosa, mi pobre María, y, sobre todo, porque eres una niña; así, créeme, vente á vivir conmigo; segun lo que dice el Sr. Desbarreaux, nada tenemos que envidiarnos; las dos somos lindas y jóvenes; otra cosa debe hacer agradable y duradera nuestra union; tú eres pobre; mi fortuna es tambien muy escasa; así esta igualdad conservará nuestra armonia.

—Pero, dijo María, ¿no tienes nadie que te pida cuenta de tus acciones?

—Nadie absolutamente.

¿Y el señor Coligny? preguntó Desbarreaux.

Al oír esta pregunta, el bello rostro de Ninon se cubrió de una ardiente púrpura; un instante despues, la jóven respondió con un gracioso mohín:

—¡Siempre habeis de ser hablador! el señor de Coligny me deja completamente dueña de mi voluntad.

—Lo dudo.

—No seré yo quien trate de convenceros; dudadlo enhorabna; pero dejadme en paz.

—Ana, respondió la jóven Delorme; no admito por hoy la oferta de vivir contigo; voy á vivir sola, en mi casa; ¿comprendes los encantos que esta palabra

tiene para quien únicamente ha conocido la miseria y la servidumbre? ¡Ah, perdóname! ¡Tal vez soy ingrata contigo; pero deseo tanto ser dueña de mis acciones! Si algun día la soledad me agobia, vendré á tí y tú me consolarás y partirás conmigo tu casa, como ahora deseas hacerlo.

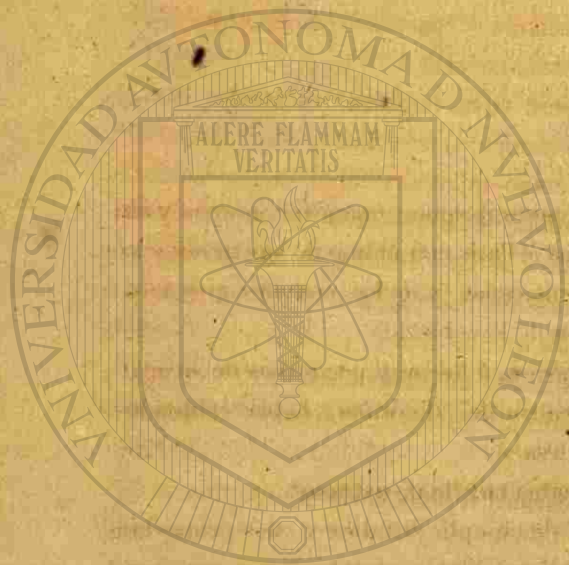
—Siempre será tuya tambien, respondió Ninon abrazando á su amiga; tienes razon; el ave que ha estado largo tiempo enjaulada anhela la libertad y el aire de la campiña; ¿cuando deseas un nido caliente, aquí le volverás á hallar! ¡Dicen que las pobres criaturas como nosotras, mueren solas, sin afecciones, sin seres amigos que las lloren; pero nosotras hallaremos nuestra fuerza en nuestra amistad, y cuando el mundo nos desprecie nos apoyaremos en nuestro cariño!

—¡Despreciarnos! repitió María algo sobresaltada, ¿y por qué?

—¿Por qué? exclamó Ana.

Y luego, haciendo un gesto, mezcla rara de lástima y de cariño, añadió:

—Ya lo sabrás demasiado pronto, y creo que te reirás de su desprecio como yo, y como mi padre que dichosamente me educó en sus ideas de libertad, de alegría y de independencia.



...y de los diez y seis años de su vida
...y de los diez y seis años de su vida
...y de los diez y seis años de su vida

X.

Algunos meses despues, una jóvena morena y altiva asombraba á París con el lujo de sus trenes y con la fama de sus cenas y de los convites que daba á los caballeros de la nobleza.

Aquella jóven, á los muy pocos dias de su aparicion en el teatro del desórden, habia eclipsado á todas las cortesanas.

¿Y qué habia en ello de extraño?

Acababa de cumplir sus diez y seis primaveras; era hermosa, iuteligente, cantaba como un ángel, bailaba como una silfide, escribia como un poeta, hablaba como una sirena.

Eleonora Bentiboglio fué derrotada.

El nuevo ástro era María y la habia eclipsado, como ya he dicho, lo mismo que á todas sus compañeras.

María vivia sola, en su casa y con una numerosa servidumbre; no tenia, ni las queria, más amigas que Ana ó Ninon Lenclos; ésta era tan conocida como María y aquellas dos niñas, la una de diez y seis años

y la otra de diez y siete, habían monopolizado, por decirlo así, la galantería de todos los caballeros de la corte de Luis XIII.

Contábase que el rey mismo había estado alguna vez disfrazado en casa de cada una de las dos sirenas para contemplar de cerca á aquellas dos ninfas tan celebradas, tan jóvenes, tan hermosas; y se añadía que al salir de casa de María para volver á palacio había dicho al confidente que le acompañaba:

—Mucho más me agrada esta que la otra.

—Sin embargo, señor, la otra es mucho más bella.

—En efecto; pero ésta me agrada más; tiene menos talento que Ninon, es más tosca, más ruda, más imperiosa; en estas mujeres no seducen las medias tintas; cuanto más malas, son más encantadoras; y puesto que se han sometido á la fatalidad de hacer un encanto de sus vicios, deben procurar que este encanto sea lo más completo posible. María, por otro lado, hace pagar mucho más que Ninon su conversacion, su amistad y su trato.

El rey tenía razón.

Marion Delorme, imperiosa, enérgica, era dueña absoluta de sus adoradores. Era melancólica, y jamás la risa de la alegría había morado en su linda y nacarada boca. La imájen de su madre, muerta á causa de los disgustos que ella le había hecho sufrir, estaba en el fondo de su alma apasionada, y también

resonaba en ella incesantemente la voz lúgubre de los remordimientos por la desordenada vida que llevaba.

El modo brusco, duro y casi cruel con que María trataba á su protector Desbarreaux, fué lo que más influyó en la conversion de aquel hombre licencioso.

María no podía soportarle. Le hacía pagar tan cara su amistad, que la fortuna de aquel viejo rico y depravado, estaba muy amenguada desde que conoció á María.

Esta no era dichosa. Desde que había ido á vivir sola, únicamente había vuelto á ver á Cinq-Mars en casa de Ninon, á donde iba todas las noches, y á donde María iba también, no sólo por el deseo de ver á su amiga, á la que amaba como á una hermana, sino también por el deseo de ver al Marqués, á quien no le era dado olvidar desde que le había conocido.

Muchas veces había sospechado María que el Marqués era el amante favorecido de Ninon, porque hay hombres que no tienen reparo alguno de consagrar su vida y su pensamiento a las mujeres que conceden generalmente, y por un precio convencional, su afecto; pero veía á Ninon tan loca, tan inconstante, tan lijera, en fin, la había visto tratarle con tanta indiferencia, que no podía persuadirse de lo que tanto temía.

Sin embargo, la incertidumbre es el más cruel de los tormentos para las almas ardientes, y María se decidió á salir de dudas. El dia que se fijó en su mente este pensamiento, estuvo inquieta, recelosa, tenia fiebre; deseaba la noche y la temía; y, sin esperar á que llegase, hizo poner su silla de manos, y se dirigió á casa de Ninon.

La señorita Lenclos vivia más modestamente que María Delorme; así nos lo aseguran todos los historiadores de aquel tiempo; en cambio era mucho más hermosa, más pura de pensamiento, más dulce, más sentimental que Marion.

Encontróla ésta reclinada en un mueble que ella inventó, y que tenia bastante semejanza con un pequeño lecho; era de seda azul y mullida, y estaba embutido en zándalo y esmaltado de oro.

Ana era más pequeña que María.

Sus cabellos, de un rubio oscuro, ó de un castaño claro, hacian una deliciosa armonía con sus rasgados ojos de color azul subido.

Empezaba el estío, y Ana llevaba un traje blanco, con encajes y lazos color de rosa, bajo cuyos descuidados pliegues asomaba un pié enano calzado con un zapatito de raso de color de los lazos de su lindo traje.

—¡María! exclamó levantándose gozosa para recibir á su amiga. ¡Eres tú! ¡Qué dicha es para mí verte tan temprano! ¡Comerás conmigo!

—Sí, respondió María; no te dejaré ya hasta la hora de costumbre.

—¡Me alegro! Hoy tenemos gran cena y haremos a comida más temprano y más ligera; tendremos aquí a toda la córte... ¡ya verás qué caras ponen al volverse á hallar, despues de su desafío, Richelieu y Cinq-Mars!

—¿Van á venir los dos?

—Sí.

—¿Hace mucho que no has visto á Cinq-Mars?

—Anoche estuvo despues de haberte retirado.

—Ninon, dijo María de repente; ¿amas á Cinq-Mars?

—Casi no sabia responderte la verdad, contestó Ninon riéndose; ahora no sé si le amo todavía; pero puedo decirte que durante seis meses le he amado; lo que es demasiado para mí.

—¿Te ama él á tí?

—Creo que no me amó, por su parte, más que durante el primer mes de nuestra amistad; pero, ¿qué tienes? Estás pálida, agitada... ¿Le amarias tú?

—Creo que sí, respondió María; escucha, amiga mia, prosiguió tomando la mano de Ninon; yo no sé darme aún cuenta de lo que pasa en mi alma; sali de la más dura opresion, de la más horrible miseria para gozar de la más absoluta libertad, para gozar de todos los encantos de la riqueza y de la magnificencia! ¡Más aún! ¡Me eché en los brazos del vicio sin

saber lo que era vicio! Si así como la que me tendió una mano protectora era una cortesana, hubiera sido una mujer honrada; si tú, en vez de ser otra cortesana, hubieras sido una niña pura que hubiera vivido á la sombra de sus padres, yo hubiera sido buena y pura también, y ojalá que hubiera sido ese mi destino!

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de María y corrieron lentamente por sus mejillas.

—¡Dios mío! exclamó su amiga: ¿Con qué eres desgraciada? ¿Con qué no te gusta esta hermosa, libre y placentera vida? ¡Ah! ¡Si hubieras sido educada por mi padre, hubieras sido constantemente dichosa, porque él decía que ante todo debe rendirse culto á los sentidos y que la vida son los goces! (1). Mira, mi pobre María; ¡yo pasé algun tiempo con mi madre, que era muy devota, y pensé morirme de fastidio! ¡Gracias á Dios que mi padre ganó la demanda judicial en que ambos se disputaban mi posesion y yo fui suya; de lo contrario me hubiera asesinado el hastío! ¡Rezar, bordar, leer! ¡Oh! ¡Sólo de pensar en lo que hacia en Orleans me horrorizo!

—¡Cuánto daría yo hoy por una existencia monótona y honrada! murmuró María con desaliento.

(1) En la leyenda biográfica de Ninon de Lenclos, se verá de qué modo fué imbuida en las felices y alegres doctrinas de los epicúreos.

¡Cuánto envidio á la jóven de mi edad que veo ir cada día á la iglesia acompañada de su anciana y severa madre! ¡Cuánto aborrezco á esos hombres que vienen á rendirme sus homenajes! ¡Sí, los aborrezco, Ana, y por eso los arruino, si puedo, y les hago pagar á peso de oro cada una de mis sonrisas. ¡Los aborrezco á todos ménos á uno, á uno sólo, por el cual quisiera ser honrada!

—¡Cómo! exclamo Ninon; ¿estarás enamorada, María?

—Sí, respondió ésta, amo con pasion, con delirio.

—Así he amado yo lo ménos treinta veces; ¡ya ves! ¡A mi edad! Pero á los pocos dias ya estaba cansada de amar y de ser amada; yo al contrario que tú, exijo muy pocas ventajas positivas á mis adoradores, porque así estoy más libre y los despido cuando me canso de ellos, como despido á mis criados; esa pasion tuya pasará.

—No pasará, respondió María con tristeza y enjugando las lágrimas que no cesaba de derramar. ¡Ah! ¡Por qué he sido empujada al camino del mal! Ahora me desprecia sin duda y si tuviera un nombre sin mancha...

—¿Es noble el que amas? preguntó Ninon á su amiga.

—Es Cinq-Mars.

—¿Cinq-Mars? repitió Ninon mirando á su compañera con vehementes ganas de reir; ¿y crees tú,

inocente, que si fueras una pobre muchacha pura y honrada, si vivieras de bordar al lado de tu madre, la humilde encajera de Chalons, te habia de mirar Enrique de Effiat? ¡Oh, no! ¡Pierde esas ilusiones que te martirizan! Los grandes señores como él, en tanto que son libres, gastan su tiempo y su dinero con nosotras y se casan con damas de su rango; pero á las que son de mísera y honrada condicion, ni las miran ni saben siquiera que existen.

—¿Será verdad? exclamó María; es decir que al ser yo una obrera pobre y modesta, aunque le amase como hoy, esto es, con toda mi alma....

—Hubiera pasado á tu lado lo mismo que pasa junto á un guarda-canton, cuando vá á palacio montado en su soberbio caballo seguido de su escudero.

—¿Luego entónces se desprecia la virtud?

—Así me lo aseguraba mi padre; créeme, María; siendo lo que eres, le podrás ver y amar; acaso podrás ser amada de él, siquiera sea por capricho; siendo una pobre niña laboriosa, resignada, pura, jamás te hubiera dirigido la palabra.

—¡Tampoco le hubiera amado! dijo María.

—Es probable; pero ¿no es el amor la dicha suprema de la vida? ¿Por qué no has de haber sentido latir tu corazón que dormia en el fondo de tu pecho?

María no escuchaba á su amiga hacia ya algunos instantes; se hallaba sumergida en profundas re-

flexiones; pero su semblante habia recobrado la animacion y brillaba en sus grandes ojos negros el rayo deslumbrador de la alegría

—¿Sabes, dijo de súbito, sabes, Ninon, algo de la vida de Enrique? Yo te oí decir no sé qué cosa de una Princesa real que le estaba prometida....

—Sé toda su historia, lo que ha hecho toda su vida, su posicion en la córte y lo que espera para el porvenir; escucha.

Ninon hizo á su amiga un sitio en el mismo voluptuoso asiento en que se hallaba recostada y empezó de esta manera aquella historia, que María oyó con el alma pendiente de los labios de su jóven y encantadora amiga.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI.

—Carlos de Gonzaga, empezó Ninon dando una muestra convincente de lo bien enterada que se hablaba de todos los asuntos de la corte, Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, de Rhetel y de Mantua, casó con la hermosa Catalina de Lorena, de cuyo matrimonio nacieron dos hijas. Ana, hoy princesa Palatina y conocida en la corte por sus intrigas amorosas y políticas, y María Luisa, prometida esposa del marqués de Cinq-Mars, y hoy pupila de su madre, la orgullosa mariscala de Effiat.

Ana nació fea como su padre; ya te la enseñaré el día que salgamos juntas, porque siempre me la encuentro por las calles en su silla de manos, que la lleva á alguna cita amorosa, ó á pié y disfrazada en busca de agentes de sus conspiraciones; su ingenio es tan agudo como seductor; pero su cara tiene más de varonil que de la suavidad femenina, tan amable en nuestro sexo; cuenta cerca de veinte y seis años y es activa y valerosa.

María es una niña bella y dulce como su madre

la angelical y celebrada princesa de Lorena; murió ésta al darla á luz y la encomendó, así como á su hija mayor, á los cuidados de su amiga la mariscalca de Effiat.

Ana tardó poco en salir de una tutela que le era odiosa, porque su carácter atrevido y varonil decía mal con la austera vida que la hacia llevar la Mariscalca. Se casó y desde entónces vivió con entera libertad.

No así Maria, cuya tierna edad la sujeba á la casa de su tutora; esta orgullosa mujer habia pensado además; despues de la muerte de Catalina Lorena, en hacerla esposa de su único hijo Enrique.

La suerte se declaró protectora de su ambicion. Siete años tenia el Marqués cuando la princesa entró en su casa y se acostumbró á mirarla como á cosa que le pertenecía; ya no tenia padre; su madre le espantaba con su carácter duro é imperioso, y buscó el cariño de la inocente Maria como una compensacion á la tiranía maternal.

Cuando Ana se casó, pidió á su hermanita; pero la Mariscalca, que era capaz de todo por hacer su voluntad, no cesó de intrigar hasta conseguir del rey un decreto para que conservase á Maria en su poder.

Ana se puso furiosa y juró á la Mariscalca que le habia de pagar la mala pasada que le habia hecho.

Una mañana se presentó en tren de viaje en el castillo de Effiat, seguida de sus damas de honor,

sus pajes y escudero, y pidió una entrevista á la Mariscalca, que ésta no pudo negarle.

Seguiala su esposo, conde palatino del Rhin, que era el dócil instrumento de su voluntad, pues á pesar de ser Ana más que medianamente fea, habia sabido inspirar á su esposo una pasion profunda.

La Mariscalca los recibió en el salon de honor y sentada debajo de su dosel.

—Señora, dijo la princesa palatina; ni mi marido ni yo tenemos tiempo que perder; dadme á mi hermana, pues venimos á buscarla.

La Mariscalca, sin decir una palabra, abrió su escarcela y sacó el pergamino que contenia la órden del rey, desdoblándole ante los ojos de Ana y de su marido.

—Sé lo que vale ese papel, dijo la Princesa reprimiendo su enojo; sé de qué modo se le ha arrancado al débil Luis XIII; pero ahora vais á saber vos otra cosa: jamás Maria de Gonzaga, Princesa soberana de de Mántua, se casará con vuestro hijo el hidalguillo Effiat. ¡Tenedlo entendido!

—Señora, repuso la Mariscalca con una moderacion que encubria mucha cólera; yo fui la amiga de vuestra madre y debeis saber que mi stirpe, si no es real como la vuestra, es de las más nobles de Francia. Jamás he tenido el atrevimiento de pensar en un enlace entre mi hijo y la duquesa de Mántua; pero si ellos se amasen, la Duquesa no se degradaria

en este enlace hasta el extremo de que prefiriérais verla infeliz.

—¡Mi hermana se sentará en un trono! gritó con energía Ana de Gonzaga; y no será la esposa de Enrique de Effiat.

—Sin embargo, señora, vos no os habeis sentado en un trono; ¿por qué deseais para la Duquesa una felicidad á la que vos habeis renunciado?

—Porque María es hermosa y yo no lo soy, respondió Ana con entereza; ¿pero á qué daros esplicaciones? Quiero para ella lo que no he deseado para mí; y sobre todo, no quiero que sea vuestra presa. Desde hoy, pues continuó Ana; habrá guerra entre nosotras, señora; vos intrigareis con el rey para que case á la duquesa de Mántua con vuestro hijo; yo emplearé toda mi influencia con mi hermana á fin de que no se realice esa alianza; ahora hacedla venir á nuestra presencia, porque mi esposo y yo queremos verla, y esto no lo ha prohibido aún el rey.

Y la princesa palatina se sentó con aire resuelto, imitándola su esposo.

La Mariscala estaba, segun he oido contar, roja de cólera; pero no tuvo más remedio que disimular lo posible su indignacion y mandó llamar á la jóven Duquesa.

Esta contaba entonces poco más de seis años; era ya bonita como un ángel, pero tímida y recelosa; su hermana la sentó en su regazo y la colmó de cari-

cias, pues la amaba con un afecto enteramente maternal.

Tenia María una fisonomía poco expansiva, fuera efecto de su natural timidez, ó de la invisible opresion en que, como en una red, la tenia sujeta la Mariscala, es lo cierto que respondia con mucha cortedad á los halagos de su hermana; ésta se retiró contristada, pero muy resuelta á hacer valer sus derechos y su cariño.

Desde aquel dia, segun habia dicho, empezó entre ella y la Mariscala una guerra sorda pero continua.

Ana de Gonzaga, en vista de que no podia tener influencia en el carácter helado de Luis XIII, que la aborrecia por su índole turbulenta y tenia una rara predileccion por Cinq-Mars, concedio toda clase de distinciones al jóven duque de Richelieu, que adivinando un rival en Enrique de Effiat para lo futuro, le detestaba de la manera más franca y visible.

Además, Ana, jóven activa, sagaz, ganó tambien el afecto de la reina Ana de Austria, y el dia que estuvo segura de su influencia aventuró la proposicion de casar á su hermana con Uladislao, Príncipe heredero del trono de Polonia.

La alianza no era desproporcionada; María de Gonzaga era de sangre real, y además el rey de Polonia habia dejado entrever á la misma Ana que mrariia con gusto aquel enlace; pero el rey se negó

terminantemente á él y dijo que tenia ofrecida á la Mariscala la mano de la Duquesa para su hijo.

Este era hace diez años el estado de las cosas, y éste es hoy todavía.

María ha cumplido ya diez y seis años, y la cuestion de si ha de ser esposa de Cinq-Mars ó de Uladislaio, ya rey de Polonia, se agita con más encarnizamiento que nunca.

—¿Pero ama Enrique á la duquesa de Mántua? preguntó María Delorme con voz trémula.

—La ama, segun dicen, como un loco; pero ella que le ama tambien, rehusa casarse con él á pesar de los ruegos de la Mariscala que se consume de impaciencia.

—¿Por qué causa no se decide?

—Débil é irresoluta, no se atreve á romper abiertamente con la princesa palatina, su hermana y su único pariente, así como su único apoyo si fuera desgraciada. Además de eso, María la ama y Uladislaio, la reina y el duque de Richelieu lo esperan todo de ese amor. Enrique ha salido desesperado de su castillo para ver si la ausencia despierta más decidida pasion por él en el crazon de la Duquesa, pero ésta le ama, segun se cree, mucho más de lo que aparenta, y su irresolucion es hija de su mismo amor.

—¿Qué quieres decir?

—Que la Duquesa ha recibido avisos tenebrosos y

secretos en los que se la advierte que si se casa con Cinq-Mars ó no trata de apartarlo de ella, perecerá en el cadalso... Esto lo sé por un caballero de la corte.

Ninon hubo de detenerse; tanta era la palidez que habia cubierto el rostro de María.

—Vamos, tranquilízate, le dijo su amiga, tal vez esto no es más que un vago rumor... tal vez lo que se desea es atemorizar el espíritu de esa pobre jóven; como quiera que sea, Cinq-Mars la ama con locura, y si aqui nos visita es sólo por el afan de distraerse de ese amor único de su vida que vá minando su salud y que le vuelve loco.

—¿De modo que yo le amaré con toda mi alma y él sólo verá en mí una distraccion á las penas que otro amor le ocasiona? exclamó María con voz sorda.

—¿Y qué quieres, amiga mia, respondió Ninon riendo alegremente; tampoco tenemos más que ese privilegio; el de divertir á los tristes: las mujeres honradas tienen otros muchos; pero quizá, segun dicen los hombres, nos envidian porque á veces conseguimos encender pasiones que ellas no consiguen inspirar.

—¿Eso es cierto? exclamó María que se habia quedado pensativa; ¿podemos nosotras inspirar pasiones durables, verdaderas, profundas?

—¿Pues quién lo duda? Sólo tú, mi pobre amiga, que apenas entras hoy en este alegre método de vida!

¿Quieres ejemplos? Ahí tienes á Mr. de Clavigni que se ha separado por mí de su esposa y de sus hijos! Ahí está el Sr. Desbarreaux arruinado por Eleonora. despues por mí, y últimamente por tí, puesto que él es quien sostiene todos los gastos de tu casa; otros cien ejemplos pudiera citarte; pero basta con esos dos á lo que pienso.

—¡Sí! basta con esos dos, repitió María; ¡basta con esos dos para que yo vea hasta qué extremo alcanzan estos tan ponderados atractivos de mi juventud y de mi belleza!

—¡Oh! alcanzarán á mucho, no lo dudes.

—¿Lo crees tú así?

—Estoy segura de ello.

—Pero ¿y si te cegara la amistad? ¿Y si yo valiese mucho ménos de lo que tú supones? exclamó María con amargo desaliento.

—¡Dtos mio! pero ¿qué es lo que intentas que estás tan preocupada, tan pensativa, tan ansiosa de saber á dónde llega tu mérito, mi querida amiga?

—¿Qué intento? repitió María con exaltación; lo que intento es robarle su amante á la duquesa de Mántua; lo que intento es encadenar á mi suerte á Enrique de Effiat!

—¿De forma que vas á poner en juego todos los resortes de tus encantos para atraerte á Enrique?

— Sí, todos.

—¿No te ha dado miedo su orgullosa madre?

—¡No!

—Mira que es poderosa y fiera.

—¿Qué me importa? Yo seré también poderosa por la fuerza de mi amor! Ana, si no consigo que me ame Enrique, moriré de pena. Lo sé, lo conozco; tengo enfermo el corazón!

—¡Calla! aquí está, dijo Ninon viendo entrar al Marqués que, segun su costumbre, no se habia hecho anunciar. Cautívale, que yo os dejo solos, tengo que ir á vestirme para la hora de la comida á la que Enrique nos acompañará.

La alegre jóven salió y dejó solos al Marqués y á María.

Quando volvió, ésta tenia los ojos brillantes de alegría; su lindo semblante se habia trasformado y resplandecía de felicidad.

En tanto que el Marqués miraba un juguete de marfil que habia sobre una mesa, se acercó María á su amiga y le dijo al oído con acento trémulo de gozo.

—¡Me ama, amiga mia me ama; lo sé. ¡Me lo ha dicho! ¡Oh, soy dichosa!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Algun tiempo despues, el jóven Cinq-Mars, ya fuese por despecho de la irresolucion de María de Gonzaga, ya realmente cautivo en la amorosa red de Marion Delorme, parecia olvidar al Universo entero para no pensar más que en ésta última.

En cuauto á ella, preciso es confesar que tambien se habia trasformado.

Su hermosura, que siempre habia tenido algo de sombría, se habia convertido, bajo la influencia de su pasion, en una belleza angelical; ya no era su carácter áspero, ni sus modales eran bruscos; la jóven pervertida habia desaparecido y en su lugar quedaba una niña encantadora y distinguida y lo que era mejor, una mujer honrada, pues Marion—sólo se la conocia por este nombre desde su intimidad con Cinq-Mars—habia cerrado la puerta de su casa á toda clase de galanterías.

Dejámos á los dos amantes engolfados en su amor, y vamos, lectora mia; á la habitacion de la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Algun tiempo despues, el jóven Cinq-Mars, ya fuese por despecho de la irresolucion de María de Gonzaga, ya realmente cautivo en la amorosa red de Marion Delorme, parecia olvidar al Universo entero para no pensar más que en ésta última.

En cuauto á ella, preciso es confesar que tambien se habia trasformado.

Su hermosura, que siempre habia tenido algo de sombría, se habia convertido, bajo la influencia de su pasion, en una belleza angelical; ya no era su carácter áspero, ni sus modales eran bruscos; la jóven pervertida habia desaparecido y en su lugar quedaba una niña encantadora y distinguida y lo que era mejor, una mujer honrada, pues Marion—sólo se la conocia por este nombre desde su intimidad con Cinq-Mars—habia cerrado la puerta de su casa á toda clase de galanterías.

Dejámos á los dos amantes engolfados en su amor, y vamos, lectora mia; á la habitacion de la

reina de Francia, Ana de Austria, en la que tenia lugar una escena que interesa á diversos personajes de esta historia.

Era invierno y el sombrío Louvre mostraba sus torrecillas grises destacándose del plumizo color del cielo preñado de nieve.

Serian las dos de la tarde, y ya una densa niebla envolvía la mansion real como un triste y espeso velo.

Ana de Austria, vestida con la régia magnificencia que acostumbraba y la cual parecia servir de distraccion á los crueles sinsabores domésticos que amargaban su vida, se hallaba sentada en un sillón de alto respaldo en el que estaban esculpidas las armas de la casa real de Francia.

La reina llegaba apenas á los veinte y un años de su edad; era alta, con cabellos castaños, de un color suave y dorado; sus ojos tenian á veces un bello matiz, de cielo y otras presentaban el de la mar cuando está en calma, segun la luz á que se los mirase y segun tambien la luz fúnebre ó alegre que iluminaba su pensamiento.

Su tez blanca y mate era pálida, más que por naturaleza, por un efecto de la tristeza que la dominaba casi constantemente; su boca, empero, no habia podido perder su acarminado color ni su dulce sonrisa, y sobre su blanca frente se agrupaban pequeños y numerosos rizos de un matiz encantador que

le daban un aspecto risueño á un tiempo y sentimental.

Cerca de ella y sentada en otro sillón más pequeño, estaba la Princesa palatina.

Era ésta de estatura regular; es decir, bastante menor que la de la reina; jamás habia sido muy delgada; pero hacia unos dos años que su talle habia engruesado más de lo que lo habia estado nunca; sus ojos azules, su tez morena y sus cabellos negros, rizados y abundantes, hacian de ella, si no un tipo hermoso, al ménos lleno de gracia y de animacion.

Estaba vestida con un brial de terciopelo verde que se abria sobre un traje de raso negro bordado de perlas; gruesas perlas, mezcladas de diamantes adornaban sus brazos y su garganta; parecia estar muy impaciente porque no cesaba de herir el pavimento con su pequeño pié.

—Sin participar de vuestra impaciencia, dijo la reina, empieza á extrañarme la tardanza de Maria, Duquesa; ¿qué habrá sucedido?

—¡O h, señora, quién sabe! respondió Ana de Gonzaga con agitacion; ¿quién sabe de lo que es capaz esa vieja Mariscala? ¡Todo lo temo yo por mi pobre hermana!

—¿Qué podeis temer?

—¡Todo, señora, todo! ¡Es capaz de matar á Maria si ve que se le escapa para su hijo!

—Calmáos, Ana, repuso la reina; la impaciencia os

extravía y sois injusta con la pobre mariscal; además, ¿no es su hijo quien ha renunciado á vuestra hermana por sus amores con esa cortesana? ¡Si hasta he oído, Dios me perdone, que se ha casado con ella en secreto!

—¡El señor conde de Valaquia! anunció el criado de confianza de la reina, alzando el tapiz de la puerta de la cámara.

Y un personaje de baja estatura y grueso, entró en la estancia y fué á besar la mano de la reina, que se levantó, para recibirle, de su sitial.

Era un hombre de fisonomía bondadosa y triste y frente calva y surcada por los pesares; su cabello rubio caía en gruesos rizos en derredor de su frente y sienes.

Se llamaba Uladislao y era rey de Polonia, pero nada daba á conocer, ni en su traje, ni en su atavío, su elevada jerarquía.

Tenia el rey cerca de treinta y ocho años y había venido de incógnito para concluir su matrimonio con María de Gonzaga, llamado por reiteradas cartas de la Princesa palatina, y últimamente por una de Ana de Austria; viajaba con el título de conde de Valaquia y así se había anunciado en palacio para no despertar las sospechas del receloso Luis XIII.

Por su parte, Ana de Gonzaga había ordenado á su hermana que saliese del castillo de Effiat y viniese sin dilacion al Louvre de órden de la reina.

El rey de Polonia ocupó otro alto sitial que para él acercó uno de los pages, y aún no acababa de ocupar su asiento, cuando el ayuda de cámara alzó el tapiz y dijo á media voz y con acento recatado.

—¡La Duquesa de Mántua!

María de Gonzaga entró en seguida y su hermana corrió á recibirla en sus brazos.

Era la Duquesa de Mántua una niña que acababa de cumplir los diez y seis años. de tez de nieve, ojos de azabache y cabellera de ébano; su estatura pequeña lo parecía más á causa de la redondez de sus formas; largos y espesos bucles, lucientes y negros, se agolpaban en su frente, y, guarneciendo sus mejillas, bajaban hasta sus hombros; vestía de blanco y sobre su cándido traje llevaba, con una gracia casi régia, un manto de seda verde guarnecido de plata.

María de Gonzaga era una jóven de adorable hermosura, pero tímida hasta el extremo de que su excesiva timidez perjudicase á sus encantos; relegada desde su nacimiento á un solitario castillo, no conocía el mundo ni sus habitantes, y sólo había tratado con la vieja Mariscal y con sus viejas doncellas, todas adustas y de áspera condicion.

Había en sus ojos algo de la asustada gacela, algo de la timidez de la paloma; y aquellos ojos, grandes y rasgados como dos estrellas, apenas osaban alzarse nunca del suelo.

—María, dijo la Princesa palatina; S. M. la reina nuestra señora tiene órdenes que comunicarte.

Al oír nombrar á la reina, María tembló violentamente, pero la bondadosa Ana de Austria tomó una de sus manos, la acercó hácia sí, y la besó en la frente.

—No temais, querida niña, le dijo, yo seré para vos una cariñosa madre, porque sólo deseo vuestro bien.

—¡Oh, gracias, gracias, señora! exclamó María, cuya alma juvenil se entreabrió al contacto de la régia caricia, como se entreabre la flor para recibir el beso del céfiro. Yo sabré pagar con mi amor y con mi obediencia el inestimable afecto de V. M.

—Pues bien, María, repuso Ana de Austria, hé aquí a S. M. el rey de Polonia que por mi boca te pide tu mano. Tu hermana, que hace en este mundo para tí las veces de la madre que has perdido, se la ha otorgado en nombre tuyo. Yo apruebo ese enlace que te une á un gran monarca, que te sienta en un trono. Ahora sólo falta saber tu voluntad.

—Señora, respondió la Duquesa alzando sus bellos ojos llenos de lágrimas, yo amaba, yo amo á un á otro hombre que no es el rey de Polonia.

—¿Se llama acaso ese hombre Enrique de Effiat?

—Sí, señora, contestó María con temblorosa voz.

—¿Y sabes si eres amada de él?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿por qué huyó de tu lado? ¿Por qué abandonó el castillo de Effiat? ¿Por qué vino á la corte?

—¡Oh, señora mia! exclamó la jóven sollozando; nada de esto sé ni me es posible responder á V. M. Yo me hago todos los días, á todas horas, esas mismas preguntas, sin que halle respuestas para ellas. ¿Por qué me abandonó? ¡Acaso sería porque yo no accedía al enlace precipitado y secreto que él y su madre me proponían!

—¿Y por qué no accediste á él?

—Porque temía el enojo de mi hermana.

—Y á pesar de haberte dejado abandonada á la tiranía de su madre, á pesar de haberse venido á París, á pesar de no escribirte, porque él no te escribía, ¿no es cierto?

—Ni una sola carta suya he visto en los ocho meses que hace que nos dejó.

—A pesar de todo eso, ¿le amas, hija mia?

—Le amo, señora.

—¡Extraño y ruin amor! murmuró la Princesa con mal reprimido enojo.

—¡Hermana mia, perdón! exclamó María, de cuyos ojos brotaba un torrente de lágrimas; nuestra madre nos confió al morir á la suya..... con él he crecido, juntos hemos jugado y hemos llorado juntos; la misma cuna nos ha mecido.....

—María no pudo acabar; alzóse con violencia e!

tapiz que ocupaba la puerta, y una mujer anciana, con los blancos cabellos en desórden y el traje descompuesto, se precipitó en la cámara.

—¡La Mariscala! exclamó la reina levantándose y teniendo pintados en su expresivo rostro la sorpresa y el enojo; señora, ¿á qué venís aquí? ¡Yo no os he llamado ni deseaba veros!

—Y yo, señora, respondió la Marquesa, necesitaba ver á V. M. para rogarla que no me arrebatase el bien que durante tantos años he guardado..... ¡Que me devuelva á la duquesa María! Es la esposa de mi hijo.....se aman..... y ambos morirán si V. M. los separa; á fuerza de preguntas y de pesquisas, he llegado á saber de lo que se trataba....: he averiguado todos los resortes que ponía en movimiento la Princesa para lograr sus fines, y he venido á estorbálos. ¡sí, á estorbálos!

Al hablar así, la Mariscala fijó una mirada llena de odio y de rencor en la Princesa palatina, que al sostuvo con altanería.

Reinó el silencio algunos instantes.

—Mariscala, dijo al fin la reina; si quereis permanecer aquí, en mi cámara, en mi presencia, tratad de ser muda y de permanecer inmóvil; de lo contrario, saldreis de ella al instante.

La Mariscala se inclinó en señal de obediencia; pero de sus ojos corrieron algunas lágrimas de ira y de dolor.

—No trato de separar al Marqués, vuestro hijo, de la Duquesa, prosiguió Ana de Austria; trato sólo de ver si el Marqués ha abandonado por su gusto á esta desventurada niña que sólo vivía para él.

Volviéndose luego á uno de los pajes, dijo con imperio:

—Id á buscar al marqués de Cinq-Mars, que dentro de poco debe salir de las habitaciones de S. M. el rey.

—¡Pero, Dios mío! señora, y aunque sea verdad lo que decís, el convencimiento de la infidelidad del Marqués, sólo servirá para hacer más infeliz á esta pobre niña, murmuró el rey de Polonia.

—¿No es verdad que sí, caballero? repuso la Mariscala mirando con gratitud á aquel hombre á quien no conocía, pero que abogaba por su causa. ¿Qué jóven de la edad de mi hijo no es infiel á su amor verdadero alguna vez, seducido por las veleidades de su carácter? Y vos, hija mia, porque como tal os he amado y os amo siempre; vos responded, ¿seréis dichosa porque separen de vuestros ojos la venda que los cubre, porque os hagan ver las ligerezas de Enrique?

María de Gonzaga no supo qué responder; era una frágil barquilla combatida por las olas furiosas de aquellas pasiones encontradas, y su razón se perdía ya, agobiada y llena de fatiga, no sabiendo á quién creer ni á quién acudir.

La llegada de Cinq-Mars terminó aquella situación penosa para todos, pero particularmente para la jóven Duquesa.

Este, que habia sido avisado por el paje de Ana de Austria al salir de las habitaciones del rey, acudió creyendo que se trataba, como otras muchas veces, de pedirle consejos acerca del color ó la forma de algun traje, pues su elegancia era universalmente reconocida y admirada en la corte, y entró con la sonrisa en los labios y llevando en el rostro la expresión más placentera.

Mas á la primera mirada con que recorrió la cámara real, sus facciones se vistieron de una mortal palidez.

La vista de su madre, de Maria y de Ana de Gonzaga, le dijo que allí se iba á decidir de su suerte.

Su corazón volaba hácia la Duquesa, que, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia presa de un dolorosa abatimiento; pero él tomó este abatimiento por frialdad y su orgullo le clavó en su sitio, en el que permanecía inmóvil y helado.

—Marqués, dijo Ana de Austria; ya es tiempo de que la Princesa palatina fije la suerte de su hermana y acude á mi para que os pregunte si vuestro corazón es libre de todo otro amor, y si pertenece por completo á la duquesa Maria.

—¡Dios mío! ¡Quién puede dudar de eso! ¿No es verdad, hijo mío? exclamó la Mariscala; tú amas á la

Duquesa como hace un año, como la has amado siempre; ¿no es cierto?

—Señora, respondió Cinq-Mars con la voz alterada y dirigiéndose á la reina como si no hubiera escuchado las palabras de su madre; permitame V. M. que no le asegure de mi amor á la Duquesa, que es tan grande como ha sido siempre; debo responder á otra pregunta que se ha dignado hacerme: no soy ya libre como era hace ocho meses.

—¿Qué escucho? gritó la Mariscala, ¿que no eres libre ya, hijo mío?

—No, madre mia

—Segun me han dicho, el objeto de vuestro amor, de vuestro entretenimiento, si os agrada mejor, es una mujer poco digna de ocuparos, observó Ana de Gonzaga con sonrisa amarga y acento incisivo.

—Permitidme, señora, respondió severamente Cinq-Mars, que no conteste á más interrogatorios que aquel á que se digne sujetarme S. M.

—Pues bien, Marqués, continuó Ana de Austria dominada por las miradas suplicantes de Ana de Gonzaga; respondedme, ¿es verdad que el objeto de vuestra nueva pasión no es tan noble como se podia esperar de vuestro nombre y clase?

—Es verdad, señora, respondió Cinq-Mars con entereza.

—Me han dicho que esa cortesana se llama Marion Delorme.

—No han mentido á V. M.

—Me han dicho tambien que habeis contraido con ella un matrimonio secreto.

—En ese punto nada puedo contestar á V. M. porque no es mio sólo ese secreto.

—¿Pero no negais esa indigna union?

—No la niego ni la afirmo.

—¡Piedad, Dios mio! Piedad, ó más bien ¡venganza! gritó la Mariscala fuera de sí y alzando al cielo sus ojos y sus manos en un raptó de tan verdadera desesperacion, que todos los presentes se conmovieron.

—¡Oh, señora! ¡Los contratos! ¡Los contratos! exclamó la duquesa de Gonzaga arrojándose á los piés de la reina; separadme por Dios de ese hombre, al que me avergüenzo de haber amado durante toda mi vida.

—¡Pero si no es suya la culpa! dijo la Mariscala desecha en llanto, yerta de terror, al ver que se le escapaba para siempre el fruto de todos sus afanes; señora, culpád de vuestra desgracia, de la de mi hijo, á la ambicion de vuestra hermana que sembraba en vuestro corazon el temor y la duda! ¿No os he propuesto mil veces un matrimonio secreto entre vos y mi hijo? ¿No queria él ligarse para siempre á vos? ¿No érais vos la que se hallaba irresoluta y dudosa?

—Callad, señora, respondió la reina con enojo; callad y dad gracias á la prudencia de la Duquesa, qu

os ha evitado, accediendo á vuestros deseos, el caer en desgracia para siempre; ¿pensais que baste el occidiar sus Estados para imponerla un esposo? ¡Ay de vos si hubiérais llegado á realizar vuestro culpable proyecto!

La Mariscala iba á replicar; pero un severo y majestuoso ademan de Ana de Austria, á quien nadie sobrepujó nunca en el imperio de sus maneras, detuvo la palabra en sus lábios y sólo pudo, en el colmo de su dolor, retorcer sus manos con desesperacion.

—Que vengan al instante el guarda-sellos y el coadjutor, dijo la reina volviéndose á algunos servidores suyos que habian aparecido en la puerta como por encanto.

El más profundo silencio reinó despues de dada esta órden entre los actores de aquella escena impo- nente. Ana de Gonzaga, á pesar de su triunfo, no se atrevia á mirar á la Mariscala que, abrumada bajo el peso de su pena, lanzaba roncós y comprimidos sollozos.

Daba pena oirlos y ver al mismo tiempo sus cabellos blancos destrenzados por los violentos ademanes que le arrancara su inmenso dolor.

Poco tardaron en llegar los dos funcionarios, á los que seguia el duque de Richelieu, autor invisible de la trama que envolvia todas las esperanzas de la pobre Mariscala.

Sobre una mesa colocada en el centro de la estancia, extendió el guarda-sellos un pergamino; era el contrato matrimonial de S. M. Uladislao, rey de Polonia, y de la duquesa de Mántua, María Luisa de Gonzaga.

Algunos pajes descorrieron dos anchas cortinas de seda y apareció un altar cubierto de flores y luces y coronado por el signo de la redención.

En torno de aquel altar habia agrupados algunos caballeros polacos.

La reina presentó en silencio una pluma á la duquesa de Mántua.

—¡María, ved lo que haceis! exclamó Cinq-Mars precipitándose hácia la Duquesa con el rostro pálido y la vista extraviada; ¡sereis desgraciada y me perdeis!

María le midió con una ojeada de profundo desdén y tomó la pluma sin dignarse responderle.

—¡Ved, señora, gritó la Mariscala corriendo tambien hácia la augusta novia, ved que el rey nada sabe de este lazo que se os tiende! ¡Ved que todos los que ayudan á apretarlo exponen sus cabezas! Yo apartaré á mi hijo de esa indigna mujer... y si está casado, yo anularé su matrimonio... No consumeis vuestra ruina, la suya y mi eterna desesperacion.

Al oír la duquesa de Mántua aquel acento arrancado á lo íntimo del alma de la que le habia servido de madre, aquel acento que tantas veces la habia

acariciado en su infancia, vaciló y una mortal palidez vistió su hermoso rostro tan dulce y tan puro.

—Señora, dijo Uladislao, no creais que se os sujeta á una violencia; jamás, estando yo presente, se os impondrá nada contra vuestra voluntad; yo os amo; á nadie he amado en el mundo más que á vos y desde que sé pensar, alimento la grata esperanza de dividir con vos el trono de mi padre; pero si ésto os ha de hacer desdichada, si habeis de sufrir ciñendo vuestras sienes con mi corona, yo renuncio á esta diadema y os dejo completamente libre.

—Señor, respondió María de Gonzaga con acento respetuoso y digno; sólo siento no poderos ofrecer un corazón virgen de todo otro amor; ya ántes lo dije; he amado, hace poco amaba todavía al marqués de Effiat... Ya no le amo; él ha renegado de mí haciéndose esclavo de una vil cortesana... Ya no es digno de María de Gonzaga; yo soy libre y os doy mi mano con la firme voluntad de ser para vos una esposa tierna y cariñosa.

—Y yo os juro, señora, que jamás habrá en el mundo esposa más tiernamente amada que vos, respondió el Monarca besando la mano de María.

Esta se acercó á la mesa y firmó con mano segura.

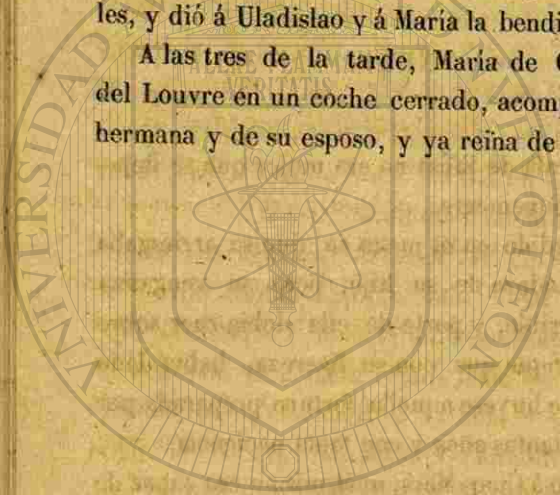
Firmó despues el rey de Polonia, y últimamente, como testigos, la Princesa palatina y Richelieu.

Mas ni la Mariscala ni su hijo vieron estas últi-

mas firmas; pues así que la Duquesa de Mantua estampó su nombre al pié del contrato, huyeron de la cámara como despavoridos.

Seguidamente el coadjutor del Obispo de París se acercó al altar, revestido de las insignias sacerdotales, y dió á Uladislao y á María la bendición nupcial.

A las tres de la tarde, María de Gonzaga salia del Louvre en un coche cerrado, acompañada de su hermana y de su esposo, y ya reina de Polonia



XIII.

La Mariscala de Effiat no era mujer que se dejase burlar impunemente.

Habia perdido en el juego en que se arriesgaba la futura grandeza de su hijo; pero su venganza debia ser terrible, y parte de ella debia caer sobre el mismo Enrique que, con su ligereza, habia dado lugar á que le huyese aquella fortuna preparada por ella durante tantos años y con tanta paciencia.

En cuanto á Cinq-Mars, ni él mismo era capaz de explicar el desórden de su espíritu.

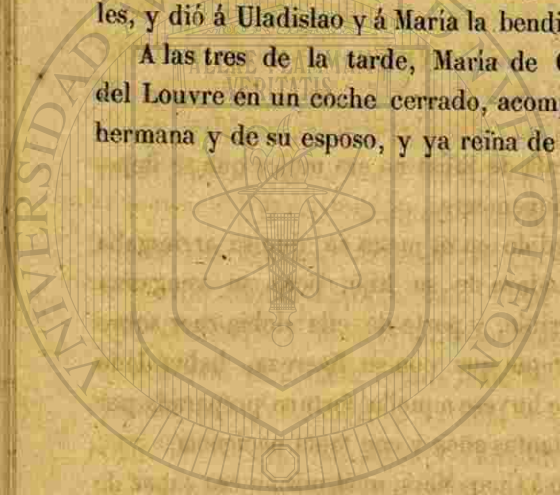
Hubiera preferido mil muertes á perder á María; pero por nada del mundo hubiera dejado tampoco los alhagos y el amor apasionado de María Delorme, la cortesana que por él se habia encerrado en el retiro de su casa, renunciando á todo para serle fiel.

Sentia Enrique esa doble pasion incomprensible para muchos corazones tiernos, nobles, enamorados, pero tan frecuente en les caracteres débiles é irresolutos.

mas firmas; pues así que la Duquesa de Mantua estampó su nombre al pié del contrato, huyeron de la cámara como despavoridos.

Seguidamente el coadjutor del Obispo de París se acercó al altar, revestido de las insignias sacerdotales, y dió á Uladislao y á María la bendición nupcial.

A las tres de la tarde, María de Gonzaga salia del Louvre en un coche cerrado, acompañada de su hermana y de su esposo, y ya reina de Polonia



XIII.

La Mariscala de Effiat no era mujer que se dejase burlar impunemente.

Habia perdido en el juego en que se arriesgaba la futura grandeza de su hijo; pero su venganza debía ser terrible, y parte de ella debía caer sobre el mismo Enrique que, con su ligereza, habia dado lugar á que le huyese aquella fortuna preparada por ella durante tantos años y con tanta paciencia.

En cuanto á Cinq-Mars, ni él mismo era capaz de explicar el desórden de su espíritu.

Hubiera preferido mil muertes á perder á María; pero por nada del mundo hubiera dejado tampoco los alhagos y el amor apasionado de María Delorme, la cortesana que por él se habia encerrado en el retiro de su casa, renunciando á todo para serle fiel.

Sentia Enrique esa doble pasion incomprensible para muchos corazones tiernos, nobles, enamorados, pero tan frecuente en les caractéres débiles é irresolutos.

Muchas veces he oído decir que el corazón se llenaba con un solo amor verdadero; y sin embargo, yo he visto corazones llenos por un doble y ardiente amor.

Esto era lo que sucedía á Cinq-Mars; pero como su naturaleza no era apasionada, poco tardó en consolarse de la pérdida de María y se dejó prender más que nunca en las redes de Marion Delorme.

Sin embargo, Richelieu había concebido también una violenta inclinación por aquella joven; se hallaba celoso de Effiat por el triple motivo de disputarle la privanza del rey, la atención de las damas de la corte y el amor de Marion; se preguntó cómo haría para separarlos y se acordó de que para esto no podía hallar una aliada mejor que la Mariscala, su adversario de otro tiempo, pero que á la sazón debía aborrecer aquel odioso lazo aún más que él.

En efecto; la irritada anciana, que sólo ansiaba medios de vengarse, se convino á indagar por su parte qué clase de lazos eran los que unían á su hijo con Marion, y pronto supo que era, además de un amor extremado, un matrimonio secreto.

—¿A qué es afligirse tanto, Marquesa? le preguntó Richelieu; ese lazo se romperá.

—¡Oh, Dios mío! ¡Si eso fuera posible!

—No lo dudeis; dejadlo á mi cargo y esta misma noche hablaré al rey.

Después de esta cruel promesa, se separó el fa-

vorito de la Mariscala, prometiéndole meditar y participarle su resolución para el siguiente día.

El Cardenal-duque cumplió su palabra; al día siguiente entraba en la casa que la vieja Marquesa ocupaba en París.

—¡Y bien! exclamó la Mariscala saliendo á su encuentro así que le vió.

—Ya he encontrado un medio.

—¿Un medio?

—Sí; ¿no quereis separar á los dos amantes, á los dos esposos, segun sabemos que lo son?

—¡Oh, no me habéis de eso! exclamó la Mariscala con voz que temblaba de ira.

—Señora, hay que llamar las cosas por su nombre. Vos quereis separarlos, ¿no es verdad?

—A toda costa.

—Pues bien, presentáos al rey, y acusad ante él á la señorita Delorme de raptó y seducción; ya sabéis que desde el día de las bodas de la Duquesa de Mantua vive vuestro hijo con ella, cuidándose ya, al parecer, muy poco de ocultar su casamiento.

—¡Oh, sí; para mengua de nuestro nombre, que mi ingrato hijo ha manchado de una manera tan miserable!

—Pues bien, ya tengo dispuesto el ánimo del rey para que escuche vuestras quejas; no perdais tiempo señora; id esta noche á palacio y mañana vuestro hijo se verá separado del objeto de su indigno amor.

—¡Lo haré, exclamó la Marquesa, en cuyos ojos brillaba una cruel alegría; no se burlarán por largo tiempo de mí, y muy pronto sentirán los crueles efectos de mi venganza.

Dos días despues, y hallándose el marqués de Cinq-Mars al lado de Marion Delorme, algunos agentes de justicia entraron y prendieron á la jóven

En vano Cinq-Mars quiso oponerse; hubo de enmudecer ante una orden del rey.

María quedó aterrada; toda la aspereza de su carácter había desaparecido, dulcificada por la ternura de Enrique de Effiat; bajo la influencia de aquella ternura, su belleza, que siempre había sido muy notable, parecia haber adquirido nuevos encantos y sólo se le llamaba en aquella córte, en que vivian las mujeres más hermosas del mundo, *la bella María*

Al verla envolverse en un manto negro para salir, le dijo uno de los agentes de la curia, que era el que parecia tener más instrucciones.

—Podeis, señora, quedar arrestada en vuestra casa si el señor Marqués ofrece, bajo su palabra de honor, que no tratará de visitaros.

—¡Lo prometo! dijo Cinq-Mars contento de poder librar á María de aquel trance afrentoso.

—Os suplicamos, pues, señor Marqués, que os retireis ahora mismo.

El Marqués obedeció á esta invitacion; abrazó á María derramando lágrimas y le ofreció en voz baja volver pronto á verla.

Luego salió.

María le siguió con una mirada llena de desolacion, y cuando desaparecieron los agentes de justicia, sepultó el rostro entre ámbas manos y dijo entre gemidos:

—¡Se vá para no volver! ¡Oh, si, lo sé, lo siento, no le veré más!

Tenia razon.

En el carácter voluble y lijero de Enrique, no cabia gran resistencia, ni tampoco gran constancia en su amor.

Algunos dias despues, apénas se ocupaba del recuerdo de María, enteramente absorto en los negocios políticos que debian llevarle poco despues al cadalso.

El Cardenal no se descuidó para romper del todo aquel nudo, ofensivo al mismo tiempo á su vanidad y al amor que, sin poderlo evitar, profesaba á María Delorme,

Pocos dias despues del arresto de la jóven, publicó el famoso decreto sobre los matrimonios clandestinos, llamado durante mucho tiempo el decreto de 1639; desde entónces la union de María y de Effiat quedó rota para siempre.

La jóven por su parte, irritada con la frialdad

de su amante que no habia intentado verla una sola vez, procuró desenredarse cuanto ántes de todos los invisibles lazos de la curia y volvió los ojos al sólo amor que siempre habia hallado tierno y fiel; á Ninon de Lenclos.

Esta la recibió con los brazos abiertos.

—¿Ves, le dijo, ves lo que es el amor? ¡Nada, mentira! Mi padre tenia razon al proclamar que sólo se debe rendir culto á los placeres y á la alegría.

—¡Oh, sí! tenia razon; murmuró amargamente María; todo es mentira, todo, y ningun hombre debe ser mirado de otra suerte que como un juguete ó como un instrumento de nuestra diversion. ¡Oh, Ninon! ¡Tú no sabes cuánto he amado yo á Enrique! ¡Si él hubiera querido, mi vida entera le hubiera pertenecido!

—¿Y qué les importa á los hombres qué una pobre mujer les consagre su vida? preguntó Ninon con una risa en la que habia más alegría que amargura; nada, y esto es lo que debiamos enseñar á las demás mujeres para que no hagan caso de sus juramentos; y si tú quisieras, María, se lo enseñaríamos nosotras.

—¿Nosotras? ¡Y de qué modo?

—Abramos una especie de escuela donde enseñemos á todas las mujeres, que quieran venir á aprenderlo, lo que vale el amor y lo que significa para el sexo fuerte; enseñémosles lo que debe significar para

nosotras, y de este modo no estaremos sin defensa en adelante contra sus ardides.

—¡Ay! exclamó María meciendo tristemente la cabeza; ¿y de qué servirá á mi desgracia la propagacion de esas doctrinas? ¿Remediarán ellas el dolor que me está matando, que ha secado en mí las fuentes del sentimiento? Ya no soy la que era; mi fortaleza, mis creencias, todo acabó. Ya no tengo esperanzas en el porvenir ni aguardo dichas en el presente; déjame, pues, que descanse algun tiempo y que poco á poco me vaya acostumbrando á la vida; mi amor me habia separado de lo positivo; ahora déjame que me vaya connaturalizando de nuevo con lo cierto, y que olvide aquellas ilusiones que me hicieron tan dichosa.

Ninon comprendió que aquella pobre alma estaba profundamente herida; aquella era la ocasion más propicia para hacer de Marion Delorme una mujer honrada; apenas contaba diez y ocho años y á esta edad aun fructifican en el alma las semillas de la virtud; pero ¡ah! que nadie se encargó de sembralas porque la amiga de María habia nacido con una irresistible inclinacion al libertinaje, aumentada por la deplorable educacion que debia á su padre, que era uno de los más entusiastas adeptos á las escandalosas doctrinas de Epicuro.

Aquel dolor se fué, pues, amortiguando por sí mismo. María Delorme era demasiado orgullosa para

llorar largo tiempo por el iugrato que tan poco empeño habia puesto en recobrar su cariño, ni aún en en volverla á ver. y bien pronto se consoló de su pasado dolor con los homenajes de los hombres más ilustres y distinguidos que encerraba entónces la córte de Francia.

No habian pasado seis meses desde la ruptura de los lazos que la habian unido con Cinq-Mars, cuando cediendo á los deseos de su amiga Ninon, abrieron una escuela ó academia que ambas presidian y que denominaron de la *Razon*: aquellas dos jóvenes, la una de diez y ocho años y de diez y nueve la otra eran las que presidian, explicando Ninon de Lenclos, cuyo talento aventajaba mucho al de su amiga, las perjudiciales y escandalosas doctrinas de Epicuro estas doctrinas se reducian á la explicacion de varios puntos, entre los cuales mencionaré algunos para la inteligencla de mis lectoras, que tal vez no saben todo lo vergonzoso de aquellas máximas.

En aquella extraña academia daban las dos jóvenes cortesanias lecciones que enseñaban que todo es mentira en este mando, ménos el placer.

Que los impulsos naturales son los que se deben seguir siempre, y que el amor, la amistad, el dolor, los celos, todos los sentimientos, en fin, que por su misma fuerza é intensidad llamamos pasiones, son sólo sensaciones á las que no se debe dar otra importancia que la del momento.

Los que asistian á estas lecciones puede suponerse quiénes serian; ninguna mujer pisaba tan vergonzoso lugar y los oyentes eran todos jóvenes que despues se dieron á conocer por su disipacion y el escándalo de sus aventuras.

De esta suerte pasaron algunos años, que dejaremos correr, en la vida de las dos amigas, para ocuparnos de la suertede la Mariscalá de Effiat y de su hijo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV.

Un día corrió por París un fúnebre rumor.

El jóven, hermoso, elegante y magnífico marqués de Cinq-Mars, fué prendido en su casa y encerrado en la Bastilla como reo de alta traicion.

—¿Qué es lo que ha hecho? se preguntaban consternadas todas las damas prendadas de las gracias del caballero más elegante y gallardo de la córte.

El interpelado, ó se encogía de hombros en señal de ignorancia, ó murmuraba con terror:

—¡La Fronda!

María Delorme, que no habia querido dejar su casa, y que sólo tenia de comun con su amiga Ninon la academia, fué corriendo á la de aquella, y le preguntó tambien pálida y consternada:

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Veó que aún le amas, respondió Ninon, encojiéndose de hombros; ¿qué te importa, si ya no te estima en nada, que viva ó muera?

—Tanto me importa, respondió María con voz lúgubre, que quisiera morir con él.

—¡Morir con él! repitió Ninon, soltando una franca y alegre carcajada; ¿sabes qué es lo que le ha conducido á la Bastilla y le llevará á la muerte? Su rivalidad con Richelieu; su empeño en galantear á todas las damas del Cardenal, de sobrepujarle en lujo y ostentacion, de eclipsarse en todas partes: el Cardenal es su enemigo y el Cardenal acabará con él.

—¿Es el Cardenal su enemigo? preguntó María, como inspirada por un pensamiento repentino.

—¡Sí, es su enemigo, irreconciliable, eterno! Por desgracia el haberse alistado Cinq-Mars entre los partidarios de la Fronda ha dado lugar á las acusaciones de Richelieu.

—Pero, ¿qué es la Fronda?

—Nada entiendo de política, amiga mia, pero debe ser algun partido que no es muy adicto al rey, por cuanto éste le persigue: muchas persona ilustres de Francia se han alistado en él; la duquesa del Maine es como si dejeramos su jefe; pero á nadie se persigue con tanto rencor como al desdichado Cinq-Mars.

—Yo procuraré hacer algo en su favor, dijo María muy pensativa.

—¿Tú? ¿Y qué puedes tú hacer, mi pobre María?

—¿No sabes que me ama el Cardenal?

—No llares amor á lo que sólo ha sido un capricho que ha durado porque no lo podia satisfacer, pero del cual quizá ya no se acuerde.

—Se acuerda, repuso María con seguridad.

—¿Se acuerda? ¿Lo sabes?

—Lo sé; esta misma noche iré á buscarle y le diré; prometo amaros si salvais á Cinq-Mars.

—¡Mi pobre María, dijo Ninon abrazando á su amiga, jamás serás lo que yo quisiera que fueras; pero jamás tampoco podré dejar de amarte por tu nobleza, por tu generosidad; vales mil veces más que yo, porque yo en tu lugar hubiera olvidado para siempre al ingrato que me abandona; haz lo que quieras, y si salvas al hombre que amas, tomaré una gran parte en tu felicidad!

Pocos dias despues de esta conversacion, Cinq-Mars era trasladado desde su calabozo á otra habitacion más cómoda de la prision de Estado; al mismo tiempo se empezó á llamar á María Delorme, por los jóvenes depravados que componian su córte, la *señora Cardenala*.

—¿Por qué te llaman así? preguntó Ninon á su amiga.

—Porque Saint Evremont me ha visto salir dos veces de casa del Cardenal, y aunque iba disfrazada de paje, me reconoció; poco me importa cuanto pueden decir; ¡ojalá que lograra conquista la dicha de ver á Enrique aunque fuera conquistando á la vez otro apodo más odioso!

—¿Y no tienes esperanzas de conseguir una órden del Ministro para alcanzar eso que llamas una dicha?

—No; dos veces se la he pedido y me la negado absolutamente; ¡ah, no sabes tú aún quién es Richelieu!

—Y si nada consigues, ¿por qué le sigues dispensando tu tiempo?

—Voy á dejarle, respondió María, y no lo he hecho ya, porque temo mucho por la suerte de Enrique.

María Delorme tenia razon; era el Cardenal un déspota terrible, cuyo retrato completo daremos en la leyenda de *Ana de Austria*, y tan implacable en sus ódios como ciego en sus amores.

Habiéndole amenazado la jóven con su abandono, el capricho que habia concebido por ella le aconsejó que buscase un medio de conciliacion, y le ofreció una entrevista con el desgraciado Cinq-Mars.

María la aceptó con una gratitud que hizo ver al Ministro de Luis XIII hasta qué extremo amaba á la jóven al prisionero de Estado, y desde aquel instante quedó decidida la muerte de Enrique.

María abandonó, para ir á la Bastilla, el traje de paje que habia usado para acudir á las citas del Cardenal, porque hallaba una especie de amargo placer en hacer un alarde de su pasion.

Cuando entró en la prision de Cinq-Mars y éste levantó la cabeza, que tenia oculta entre las manos, la cortesana dejó escapar un grito de dolor.

Habian pasado catorce años desde su intimidad.

María tenia treinta, y su antiguo amante treinta y seis; pero Enrique aparentaba mucho más, y María algunos ménos.

—¿Sabeis algo de la reina de Polonia? fué la primera palabra de Enrique de Effiat.

—Sí, respondió María; sé que ha enviudado de Uladislao, y que se vá á casar de nuevo con Juan Casimiro, herejero del trono; por cierto, Enrique, que es muy extraño que no haya hecho lo que debia para sacaros de esta prision y elevaros hasta ella ¡Ama sin duda mucho más al trono que á vos! ¿Pero qué debe extrañarse ésto, cuando yo os amo tanto por lo ménos como vos la amais á ella tan ingrato é inconstante como sois?

El Marqués no oyó estas palabras; tan absorto y afligido le habia dejado la noticia de la libertad de la reina de Polonia, libertad que ella iba á enajenar nuevamente.

Despues de algunos minutos de amargo silencio, María venció al fin el profundo dolor que la atormentaba, y trató de infundir alguna esperanza en el ánimo de Cinq-Mars, lo que no le fué muy difícil, porque la inconstancia de las impresiones, parecia encarnada en el carácter de aquel hombre desgraciado, una de las victimas más ilustres de la emulacion de Richelieu.

—¿Queréis que mejore de algun modo esta habitacion? preguntó María á Cinq-Mars, tendiendo una

mirada triste por el pobre y desmantelado aposento que ocupaba; ¿queréis que os envíe tapices, asientos más cómodos, un lecho mejor? Hablad, Cinq-Mars; soy rica; todo lo que poseo es vuestro..... Decidme qué es lo que deseáis.

—Sólo deseo la libertad, respondió el preso; la libertad, y saldré de la corte; decidlo así al Cardenal y rogadle que se lo haga saber al rey; ¡oh, aquí me ahogo, me muero, María, y si apresurais el tiempo en que yo pueda ver el sol de la libertad, os deberé mi vida!

María se despidió de él, rogándole que tuviese esperanzas; ella misma las abrigaba, y el Cardenal las confirmó en la visita que le hizo aquella misma noche.

Diez días después, el marqués de Cinq-Mars, subía al cadalso, que, enlutado y sombrío, se alzaba en la plaza de la Greve; el Cardenal no podía perdonarle que fuese amado con tanta pasión por María Delorme.

Para dar á aquella ejecución una apariencia de justicia, Cinq-Mars no murió sólo; y al dar cuenta del proceso al parlamento, no le acusó de *frondista*, sino de haber dirigido un complot contra la vida del rey.

Cinq-Mars murió como un cristiano, y como un noble caballero; fué al cadalso magníficamente vestido, cubierto de encajes y joyas, y espiró pronun-

ciando el augusto nombre de María de Gonzaga, reina de Polonia.

El dolor de la Mariscala de Effiat fué tan tremendo, que conmovió á toda la corte; pidió en vano muchas veces ver al rey, que siempre se negó á recibirla, temiendo dos cosas; el mal rato que iba á darle aquella anciana, á cuyo hijo no quería Richelieu que perdonase, y el enojo del mismo Richelieu por haberla recibido.

La Mariscala y María Delorme siguieron á Cinq-Mars hasta el cadalso; la anciana señora se apoyaba en el brazo de la joven cortesana, porque el dolor iguala todas las jerarquías.

Quando el verdugo descargó el golpe fatal, la Mariscala se desmayó; María permaneció firme como una fuerte roca que resiste los ímpetus de la tempestad y sostuvo á la desgraciada madre. Pero si su cuerpo no se dobló, su corazón quedó convertido en polvo y su pecho vacío como un sepulcro.

Cinq-Mars había sido su primero y su único amor.

La Mariscala cayó postrada al peso de su aguda pena; si hay celebridades de dolor, la Marquesa de Effiat debía tener lugar entre ellas, porque jamás madre alguna ha sido más amargamente defraudada en todas sus esperanzas de felicidad y de grandeza.

Quando recobró la salud instó á María para que

uese á partir con ella la soledad de su castillo señorial

—Venid, le dijo; vos, que le habeis amado tan verdaderamente, venid á llorarle conmigo; sois mi hija por su amor hácia él, y ojalá que jamás hubiese accedido á las sujestiones del infame Cardenal, rompiendo el lazo que os unia!

María rehusó; no era el temple de su alma propio para que fuera dichosa en el retiro y en la soledad; la Mariscala partió sola y aún sobrevivió algunos años á su dolor.

XV.

No abandonemos á María Delorme, cuya historia vá ya tocando á su fin.

Los excesos de su vida datan, sobre todo, desde la muerte de Cinq-Mars; parecia que trataba de vengarse en la naturaleza entera, de la pérdida de su amor.

Desde luego rehusó volver á ver al Cardenal, á pesar de las hipócritas protestas de éste de que habia querido salvar á Enrique sin haber podido conseguirlo.

Cada vez que María oia pronunciar el nombre de Richelieu, se estremecía de terror.

El Ministro mandó que le dijesen un día que tal vez podria arrepentirse de su dureza para con él.

—Decidle, respondió María al que le habia transmitido aquellas palabras, que le desafío á que se venga ya de mí.

Sin embargo, la venganza tardó seis años, pero llegó, porque el Cardenal-duque no perdonaba jamás.

uese á partir con ella la soledad de su castillo señorial

—Venid, le dijo; vos, que le habeis amado tan verdaderamente, venid á llorarle conmigo; sois mi hija por su amor hácia él, y ojalá que jamás hubiese accedido á las sujestiones del infame Cardenal, rompiendo el lazo que os unia!

María rehusó; no era el temple de su alma propio para que fuera dichosa en el retiro y en la soledad; la Mariscalá partió sola y aún sobrevivió algunos años á su dolor.

XV.

No abandonemos á María Delorme, cuya historia vá ya tocando á su fin.

Los excesos de su vida datan, sobre todo, desde la muerte de Cinq-Mars; parecia que trataba de vengarse en la naturaleza entera, de la pérdida de su amor.

Desde luego rehusó volver á ver al Cardenal, á pesar de las hipócritas protestas de éste de que habia querido salvar á Enrique sin haber podido conseguirlo.

Cada vez que María oia pronunciar el nombre de Richelieu, se estremecía de terror.

El Ministro mandó que le dijeren un día que tal vez podria arrepentirse de su dureza para con él.

—Decidle, respondió María al que le habia transmitido aquellas palabras, que le desafío á que se venga ya de mí.

Sin embargo, la venganza tardó seis años, pero llegó, porque el Cardenal-duque no perdonaba jamás.

Para el primero que María abrió de nuevo sus oídos á las dulces palabras de amor, fué para el duque de Brissac, que aumentó considerablemente su riqueza con sus dádivas y regalos.

Siguióle el caballero de Grammont, y sucedieron á éste, segun todos los más autorizados biógrafos, el epicúreo Saint Evremon, el duque de Buckingham, amante correspondido de Ana de Austria, el presidente Chevrhy, los mariscales Albret, la Meilleraye y la Ferte Senneterre, y otros grandes señores de la corte de Luis XIII.

Su celebridad llevó tambien á su casa á los príncipes de Conti y de Condé, y este último se apasionó de ella violentamente, á pesar de contar ya María treinta y seis años de edad.

El corazón de la cortesana parecia haberse rejuvenecido algun tanto con el contacto de aquel amor puro, generoso y entusiasta. El príncipe de Condé valia mucho más que Cinq-Mars, como belleza, como carácter y como corazón; era, además, más gran señor que aquel, y el corazón de una mujer como María debia estar halagado, no ménos que su vanidad, con tan magnífica conquista, y en efecto, le fué fiel durante largo tiempo, á pesar de los consejos de Ninon.

—María, le dijo un dia; tus relaciones con el Príncipe te van á perder. ¿No sabes que es uno de los jefes de la Fronda? Pues el rey lo sabe ya, y sabe

además, que tu casa es el punto de reunion de todos sus aliados.

—¿Y qué? respondió María; ¿habré de sacrificar siempre mi corazón á vanas consideraciones de Estado? ¿No basta con que lo hiciese una vez?

—¿Y acaso preferirás exponer tu vida? Amiga mia, aún está en el poder el Cardenal; aún impera él en Francia y tal vez sólo anhela el instante de herirte. Cierra tu puerta al Príncipe.

—No, respondió María, no lo haré porque el Cardenal no querrá manchar su nombre con la bajeza de haber perseguido á una pobre mujer.

Algunos dias despues de esta conversacion, María se sintió enferma, y se quedó en la cama.

El médico, á quien se llamó, declaró que era su estado grave, y que se hallaba atacada de una congestion cerebral.

Estas palabras, que el médico dijo á Ninon en voz muy baja, llegaron á los oídos de la enferma, que se habia incorporado en su lecho para escuchar el fallo de la ciencia,

Al oírlo quedó aterrada, porque la única debilidad de su carácter, debilidad que habia aparecido hacia poco tiempo, era un horrible miedo á la muerte.

—¡Dios mio! exclamó cuando oyó los pasos del médico que se alejaba; ¿con que me muero?

—¿Quién te ha dicho eso? repuso su amiga, procurando sonreirse.

—¡Lo he oído yo!... ¡Oh, cielos!... ¡Confesion, confesion!... ¡No la dilates más, Ninon! Mi vida ha sido indigna... Sólo al borde de la tumba es cuando conozco la enormidad de mis culpas.

La voz de María se apagó por un suceso bien extraño.

Un capitán de guardias, seguido de algunos soldados, entró en su alcoba y desdobló una orden del Ministro para conducirla á la Bastilla como complicada en intrigas políticas.

—¡Ah, exclamó Ninon, bien decia yo que esto llegaría!

—¡Sí, repuso María, ese hambre, á quien llaman grande, no perdona jamás! Decidle, prosiguió volviéndose á las personas encargadas de prenderla, que dentro de poco seré sólo un cadáver, y que no debe encargarse el Estado de llenar las tristes formalidades de mi entierro.

Retiróse, en efecto, el capitán, y María volvió á pedir un confesor.

Jamás habia estado tan hermosa; sus negros ojos brillaban con el fuego de la fiebre; sus mejillas estaban cubiertas de carmin; sus largos cabellos negros, destrenzados, le formaban, sobre la almohada de batista, un marco de ébano; y sin embargo, la muerte se acercaba con paso acelerado.

A la hora acostumbrada, se llenó su antesala de todos los grandes personajes que solian visitarla

diariamente; era su córte; pero ella declaró que á nadie recibiria y que sólo se prestaria á los consuelos de la religion y á los cuidados de su amiga, que no se separaba de su lado.

Llegó por fin un confesor al que contó su vida entera, sin disimular ni tratar de hacer menor ninguno de sus errores.

Prueba clara era este sincero arrepentimiento de sus culpas, de que veia ya á la muerte cernerse sobre su cabeza.

Despues que se retiró el saderdote, pareció quedar más tranquila, y aún se rindió algunas horas al sueño; pero Ninon, que habia dejado un instante su cabecera, acudió llamada por los descompasados gritos de la enferma,

—¡Confesion! ¡Confesion, gritaba María incorporándose en su lecho, que venga un confesor!

—Pero amiga mia, observó Ninon; apénas hace cinco horas que te has confesado, ¿por qué no procuras estar tranquila?

—¡Ah! exclamó la enferma; ¡tú no crees en nada; yo creia poco tambien; ¡pero ahora veo suspendida sobre mi cabeza la espada de la Divina Justicia! ¡Me he confesado ya, es cierto! pero, ¿qué vale esa confesion para mis maldades? Durante mi sueño, he vuelto á oír más aterradora que nunca la voz de mi conciencia que me acusa de nuevas faltas, y necesito confesarlas. ¡Ninon, si no te soy ya indiferente, si

quieres que muera tranquila, manda que vuelvan á llamar al confesor!

Ninon salió para cumplir los deseos de su amiga.

Aquella mujer estóica lloraba llena de afliccion al ver las angustias de Maria y sólo deseaba satisfacer hasta sus más leves deseos.

En el trascurso de dos dias, aquel anhelo de penitencia se repitió hasta diez veces. Maria Delorme tenia ante los ojos el fantasma aterrador de su vida pasada y en sus oidos el grito de la conciencia.

Al final del segundo dia de su enfermedad, se agravó su estado mucho más y se la oyó murmurar;

—¡Yo me he dado la muerte!

Ninon creyó que deliraba y se inclinó sobre ella.

—No, no deliro, dijo la pobre enferma, hace cuatro dias que tomé una gran dosis de antimonio y desde entónces siento la muerte á dos pasos de mí. ¡Ah, ese es un castigo del cielo que se ha causado de mis culpas!

Esta idea no abandonó ya á Marion Delorme hasta el momento de su muerte.

Al amanecer del dia tercero de su enfermedad, empezó á salir de la especie de sopor que la embargaba y dejó escapar algunas frases entrecortadas.

—¡Cinq-Mars! exclamó; ¡me llamas...voy á buscar...sí, te comprendo...tú...pobre mártir...me darás un poco de ese cielo en que habitas...voy...voy

contigo... y soy dichosa... porque ya no me separaré jamás de ti...!

Estas fueron las últimas palabras de la célebre cortesana Marion Delorme, palabras que patentizaron cuán fiel fué á su primer amor, á pesar del desorden que constantemente presidió á su vida.

Su amiga Ninon de Lenclos fué la que recogió su postrer suspiro y la única persona que lloró verdaderamente su temprana muerte.

La misma Ninon dispuso que se la colocase en un lecho de honor, en el salon de su casa, vestida con el más suntuoso de sus trajes y ceñidos sus negros cabellos por una corona de rosas.

María Delorme quedó tan natural despues de muerta, que parecia dormida.

Casi pudiera decirse que se habia embellecido.

Su amiga le hizo edificar un lindo sepulcro y la colocó en él; pero ni aún aquel monumento levantado por la amistad bastó para preservar su memoria del olvido; sólo se recuerda á las pobres mujeres de su clase en tanto que existen, y éstas sólo sirven para divertir los caprichos de sus amigos, siempre tan ingratos y tan poco constantes por lo mismo que no las estiman.



XVI.

Algunos autores franceses han urdido mil fábulas respecto de los últimos años de Marion Delorme.

Dicen que por huir de la Bastilla, se fingió muerta y pasó á Inglaterra, donde casó con un opulento lord; que despues de muerto su primer esposo, contrajo otros dos ó tres matrimonios, entre ellos, uno con un salteador ó jefe de bandidos, y otro con un procurador; que despues de esta última viudez la robaron sus criados, reduciéndola á una extrema miseria, y que murió de pena de resultas de esta desgracia á la edad de ciento treinta y cuatro años.

Basta con citar la fecha de su muertè para que se tenga por apócrifa la relacion de esta última parte de su vida, á la que tampoco da crédito ninguno de los más estimados biógrafos franceses, los cuales se desentienden por completo de esta fabulosa narracion.

María Delorme dió asunto á Mr. Dumarsan y á

Mr. de Rain para una comedia titulada *La bella María*, y á Victor Hugo para uno de sus mejores dramas titulado *Marion Delorme*.

La vida de esta pobre mujer fué, en lo general, muy desgraciada; de una naturaleza apasionada y ardiente, jamás se vió amada de veras, pues ya se ha dicho cuán tibia fué la correspondencia de Cinq-Mars por lo voluble del carácter de aquel desgraciado jóven.

En cuanto á sus demás adoradores, ninguno la amó; sólo el príncipe de Condé, de alma noble y generosa y corazon caballeresco, sintió por ella una alicion que participaba de la compasion y del interés; habia comprendido lo que valia aquella naturaleza á un tiempo áspera y generosa, aquel carácter apasionado y rudo, aquel corazon noble como el suyo; pero María jamás pudo amarle; habia nacido para ser reina ó esclava, y el Príncipe valia mucho para ser su siervo, y no tanto como ella deseaba para ser su señor.

María Delorme nunca conoció, lo mismo que todas las desgraciadas de su especie, ninguna de las verdaderas dichas de la vida; ni la paz dulce del hogar doméstico, ni el amor conyugal, ni siquiera el amor agradecido.

Toda su vida sufrió; en medio de los festines, de las orgías, la asediaba el vacío del alma, ese vacío moral que nada puede llenar, y mil veces lloró

pensando en lo dichosa que ella hubiera sido, humilde tejedora de encajes como su madre, y viviendo á su lado con un esposo honrado, laborioso y conociendo los dulces placeres de la maternidad.

FIN DE MARIA DELORME.



BLANCA CAPELO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BLANCA CAPELO.

REINA DE CHIPRE Y GRAN DUQUESA DE TOSCANA.

I.

Las ocho de la noche daban en el reloj de San Marcos de Venecia; la atmósfera estaba despejada y el aire puro y embalsamado; alumbraba la luna que iba á quebrar sus rayos en las aguas del gran canal, y las estrellas, como la córte de la soberana del cielo, la rodeaban tímidamente, brillando á lo léjos con suave fulgor.

En las aguas del canal cruzaban las góndolas de las jentes, que ya deseosas de aspirar el aire embalsamado de aquella bella noche, ya acudiendo á sus negocios, hablaban alegremente de una á otra barca.

Los *bravos* se paseaban envueltos en sus capas rojas, y estrechando en la mano sus afilados puñales, esperando que algun esposo celoso y ofendido les pagase la muerte de su enemigo.

Corría el año de 1568; el canal, alumbrado con farolillos de colores, bañaba los muros de los elegantes y ligeros palacios de calada piedra que da á aquel sitio tan delicioso aspecto, y á la ciudad el nombre de *encantada* ó *encantadora*.

Muchas tapadas con velos de encaje les veían cruzar por las azuladas aguas en ligeras barquillas, acompañadas de galantes caballeros,

En un suntuoso palacio, cuya puerta, abierta de par en par, dejaba escapar raudales de luz, había gran baile de máscaras; era el palacio de un elevado personaje; de Victorio Capelo, que vivía sólo con su hermana Blanca, jóven de una hermosura que era proverbial en toda Venecia, y que sólo contaba diez y seis años de edad.

Victorio tenía veinte y cinco, y la amaba con ternura; pero era de un carácter díscolo y dominante, al que la jóven temía, y con razón.

Contábase que Victorio había tenido una mujer muy bella; pero que, habiéndola encontrado una noche con su amante, les traspasó á los dos con su espada.

Habiendo muerto su padre, noble y rico patricio, Victorio se hizo cargo de su hermana Blanca, á la que cuidaba y amaba con la mayor ternura.

Desde que la jóven cumplió quince años, muchos nobles caballeros habían solicitado su mano; pero ella no había querido casarse porque en sus paseos,

en la iglesia y en todas partes, veía un jóven y gallardo mancebo que la seguía como á su sombra.

El aya de Blanca no había reparado en semejante espionaje; era una mujer buena y cándida, que la quería como si hubiera sido su hija.

La jóven no había visto jamás una persona que se pudiera comparar á aquel hombre en atractivos personales.

Alta la estatura y gallarda, negros los ojos y la barba, esbelto el talle, gracioso el continente, era capaz de volver loca á cualquiera mujer, aunque ésta fuese mucho más experta y ménos sensible que Blanca.

Victorio nada sabía de aquella afición naciente; celebraba que su hermana no se quisiera casar, pues así estaba más alegre con su compañía, á la que se había acostumbrado como nos acostumbramos á todo lo que nos es grato y dulce en la vida.

Hasta entónces le había parecido Blanca tan niña, que no había querido dar fiestas en su casa, temeroso de que no pudiese hacer los honores; pero habiendo llegado el día del cumpleaños de la misma Blanca, se determinó á dar un baile de máscaras, fiesta muy en boga desde muchos años ántes en la voluptuosa Italia.

Victorio convidó á sus amigos, entre los que se contaban los más ricos patricios de Venecia, los que acudieron con sus esposas y hermanas.

Los grandes salones del palacio Capelo estaban deslumbradores de luces, flores y joyas; una guirnalda de hermosas mujeres se extendía por todas partes; la brillante orquesta dejaba oír sus alegres y melodiosos ecos, y multitud de máscaras bailaba en los salones, en tanto que otras bajaban á aspirar el aire de los jardines.

En el balcón de una de las salas, y apoyada en la barandilla de enrejada piedra que daba sobre el gran canal, se hallaba Blanca, acompañada de una de sus amigas, la joven Lucrecia Piombo.

Las dos jóvenes ofrecían el más completo contraste; Blanca, alta y de formas esbeltas, era rubia y blanca como el lirio del valle; sus ojos azules eran grandes y rasgados; su boca pequeña, se parecía al capullo de una rosa; tenía el cuello algo largo como el de los cisnes y, como el de estas aves, dotado de una gracia exquisita.

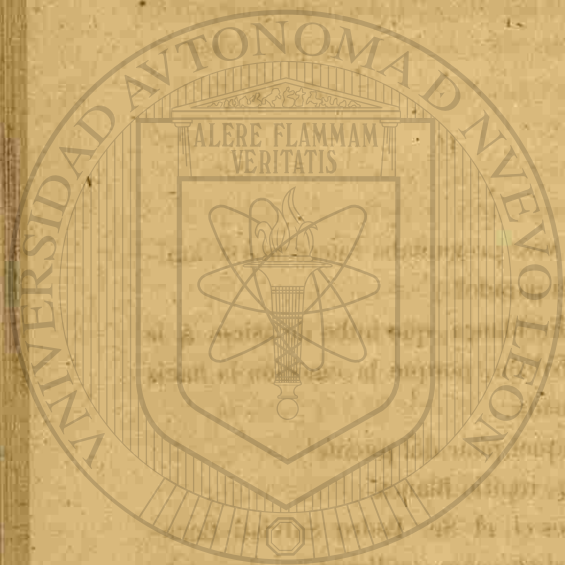
Llevaba un vestido de raso azul bordado de plata, con mangas bordadas y largo velo de tul blanco.

Algunas rosas blancas, mezcladas con sargas de perlas, componían el tocado que adornaba su cabellera, hecha largos bucles.

Lucrecia Piombo era morena, rosada y mucho más pequeña de estatura que Blanca; sus cabellos negros estaban recogidos con cintas de oro fino; sus manos cubiertas de ricas sortijas; su traje era color

dé rosa, y su velo y sus mangas de blonda como las de Blanca.

Era hija de una viuda riquísima y joven aún, que tenía puestas en Lucrecia todas sus esperanzas, pues era su única compañía y la sola hija que había tenido.



II

—¿Pero no le ves? preguntaba Lucrecia á su amiga; ¿no le ves allí parado?

—No, respondió Blanca, que hubo de asirse á la barandilla del balcon, porque la emocion la hacía temblar, no veo nada.

—¡Allí, bajo aquel pilar del puente!

—No veo nada, repitió Blanca

—Pues yo sí; es él; el Sr. Pedro Salviati Bonaventuri; me han dicho cómo se llama.

—¿Quién?

—Mi madre; le conoce muy bien.

—¿Tu madre te ha dicho que aquel jóven es de los Salviatis?

—Sí, de los ricos Salviatis, que tienen casa de comercio en la gran plaza; es decir, que la tienen sus criados, pues ellos jamás se dejan ver del público.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, ¿pero no decias que no le veias?

Blanca calló durante algunos instantes; luego pro-

curó hacer un esfuerzo sobre sí misma, y respondió á su amiga.

—Lucrecia, te engañaba y queria engañarme á mí misma negándome que amo á ese jóven.

—¿Y por qué?

—No sabia quien era ni á nadie me atrevia á preguntarlo.

—¿Pero no ves su rico traje? ¿Su noble apostura?

—Sí, pero eso no quiere decir que sea noble.

—¿Y será rico?

—No me importaria eso, ni á mi hermano tampoco; pero en cuanto á la clase elevada de su familia, en eso es incapaz de transigir.

—¿Pero tú le amas?

—¡Sí, con toda mi alma!

—¿Hace mucho tiempo que le conoces?

—Poco más de un mes; le ví una mañana en la calle al ir á la iglesia; me siguió y luego no ha cesado de expiarme.

—¿Y lo sabe Victorio?

—¡No! nada le he dicho; él no hace tan poca otra cosa que seguirme y no puedo adivinar sus intenciones.

—Pero entónces, amiga mia ¿cómo le amas?

—Yo no sé; y, ¿cuándo se sabe la razon de amar? El corazon se inclina más á una persona que á las otras sin que sepa el porqué. Le he hallado de bella é interesante figura, apasionado, segun me

dicen sus ojos, comedido, segun su conducta; nada más sé, nada más te puedo decir.

Calló Blanca; su amiga iba á responder, pero Victorio lo impidió acercándose á las dos jóvenes.

Blanca iba á retirarse temerosa de alguna imprudencia del desconocido ó de que su hermano se fijase en él.

Pero Victorio la detuvo y le dijo:

—No te vayas; quiero hablar á Lucrecia y delante de tí.

—¡Delante de mí! repitió Blanca.

—Sí; hace tiempo que lo deseo.

Blanca volvió á apoyarse en la barandilla.

Victorio prosiguió así:

—Lucrecia, yo os amo hace tiempo, nada he dicho aún porque sois una niña, nada he dicho tampoco á vuestra madre; pero temo que haya otro hombre más osado que yo y que me robe lo que miraria como mi mayor felicidad.

Lucrecia, ruborizada, bajó la cabeza y nada respondió.

—¿Amais á algun otro? preguntó Victorio con voz trémula.

—No, señor Ca pelo, contestó Lucrecia.

—¿Y me amais á mi?

—Tampoco ahora.

—¿Puedo tener esperanzas de que me ameis algun dia?

—Yo no os las puedo dar en este momento.

—¿Por qué?

—Porque nada siento hacia vos.

—¿Y hacia otro?

—Tampoco; hoy tengo el corazón completamente libre y completamente feliz.

Victorio saludó, y se retiró del balcón con el semblante pálido y alterado.

Se conocía que hacia tiempo que amaba á Lucrecia, y que este amor no había aún salido de su alma.

Lucrecia quedó triste y pensativa.

—¿Por qué le has quitado todas las esperanzas? preguntó Blanca; mi hermano es el mejor de los hombres.

—Yo no le amo, respondió la niña.

—Permíteme que te haga una pregunta á mi vez.

—¿Cuál?

—La que él te hizo: ¿jamás á otro?

—¡No! Te respondo lo mismo que á él; no amo á nadie más que á mi madre y á tí... ¿pero y el galán que tanto te mira?

—Ha desaparecido.

En aquel instante cayó, á los piés de las dos amigas, una piedrecita á la que iba atado un papel muy pequeño.

Lucrecia se inclinó y lo levantó del suelo; lo deslizo con cuidado y salió un billete, que abrió y leyó en voz bastante alta para que pudiese oírlo su amiga.

Decía así:

«Blanca, yo os amo; mi familia os desea para esposa mía, y no tengo por qué avergonzarme de mi linaje; he creído leer en vuestros ojos que me amáis también, ó al ménos que no os soy del todo indiferente; pero consentid en que yo lo oiga de vuestra bella boca; concededme una cita, que no será larga; os lo aseguro.

»Soló quiero que nos pongamos de acuerdo respecto á lo que debemos de hacer para vernos y hablarnos; si os parece, os veré en el jardín de vuestra casa, para lo cual os suplico me enviéis una llave, y escrita en un papel la hora que podré veros.

PEDRO.»

—¡Es él! exclamó Lucrecia; ¡Pedro! Así se llama Bonaventuri; ¿ves cómo yo te decia la verdad?

—Yo no puedo darle la cita que me pide, repuso Blanca tristemente.

—¿Por qué?

—¿Qué se dirá de mí?

—Nadie debe saberlo; si no se la concedes, ¿de qué modo vas á saber quién es y cuáles son sus intenciones? Vamos, ten valor y no desmayes en un asunto en el que tal vez está comprometida la felicidad de tu vida entera.

Lucrecia, para no dar á su amiga lugar á una negativa, se separó de ella.

Blanca siguió toda la noche pensativa y preocupada.

Cuando los convidados salían ya de la fiesta, y ella se hallaba á la puerta del salón despidiéndolos, se le acercó un máscara envuelto en un dominó negro, y le dijo:

—¿Me dais la llave?

—¿Cuál? preguntó la joven maquinalmente.

—La del jardín.

—Iré por ella.

La joven dijo estas palabras sin saber que las decía; casi pudiera asegurarse que las pronunció por el deseo de separarse de allí; pero ya dichas conoció que no tenía más remedio que dar la llave.

Fué al sitio donde sabía que estaba, la tomó y volvió con paso trémulo.

El máscara estaba allí de pié é inmóvil, y ella se la alargó.

—Algunos señores quedarán aquí para cenar con sus esposas, dijo el máscara; así hay tiempo de que yo vaya, saque el dibujo y os la devuelva; esperadme, sin perder de vista la puerta.

Dichas estas palabras, el máscara se alejó y la joven quedó ruborosa, trémula y agobiada casi con el peso de los remordimientos que deja una acción culpable.

III.

Blanca era ligera y coqueta mucho más que sensible; ansiaba homenajes, pero ningún hombre le merecía afecto.

Si el desconocido la había impresionado, había sido por su belleza, sin que se detuviese á pensar si sería de buena y noble familia.

Sin embargo, al oír decir á Lucrecia que aquel joven era de los ricos y nobles Salviatis, se alegró sinceramente.

Aquella familia era de las más opulentas y estimadas de la república.

Absorta se hallaba en sus reflexiones cuando volvió el hombre del dominó, y le dijo en voz breve:

—Venid, Blanca.

—¿A dónde? preguntó ella.

—Al jardín, sólo por un instante.

—¿Para qué?

—Ya lo sabreis; aquí no lo puedo decir.

Blanca, aficionada á todo lo que era romanesco

Blanca siguió toda la noche pensativa y preocupada.

Cuando los convidados salían ya de la fiesta, y ella se hallaba á la puerta del salón despidiéndolos, se le acercó un máscara envuelto en un dominó negro, y le dijo:

—¿Me dais la llave?

—¿Cuál? preguntó la joven maquinalmente.

—La del jardín.

—Iré por ella.

La joven dijo estas palabras sin saber que las decía; casi pudiera asegurarse que las pronunció por el deseo de separarse de allí; pero ya dichas conoció que no tenía más remedio que dar la llave.

Fué al sitio donde sabía que estaba, la tomó y volvió con paso trémulo.

El máscara estaba allí de pié é inmóvil, y ella se la alargó.

—Algunos señores quedarán aquí para cenar con sus esposas, dijo el máscara; así hay tiempo de que yo vaya, saque el dibujo y os la devuelva; esperadme, sin perder de vista la puerta.

Dichas estas palabras, el máscara se alejó y la joven quedó ruborosa, trémula y agobiada casi con el peso de los remordimientos que deja una acción culpable.

III.

Blanca era ligera y coqueta mucho más que sensible; ansiaba homenajes, pero ningún hombre le merecía afecto.

Si el desconocido la había impresionado, había sido por su belleza, sin que se detuviese á pensar si sería de buena y noble familia.

Sin embargo, al oír decir á Lucrecia que aquel joven era de los ricos y nobles Salviatis, se alegró sinceramente.

Aquella familia era de las más opulentas y estimadas de la república.

Absorta se hallaba en sus reflexiones cuando volvió el hombre del dominó, y le dijo en voz breve:

—Venid, Blanca.

—¿A dónde? preguntó ella.

—Al jardín, sólo por un instante.

—¿Para qué?

—Ya lo sabreis; aquí no lo puedo decir.

Blanca, aficionada á todo lo que era romanesco

y llevada por lo extraño de las circunstancias, siguió al máscara que en efecto la condujo al jardín.

Cruzaron algunas de sus anchurosas calles llenas aún de gentes y de máscaras, y al llegar á un cenador oscuro, el máscara descubrió su semblante y aparecieron las bellas facciones del que Lucrecia habia dicho llamarse Salviati.

Allí, y de cerca, le pareció á Blanca mil veces más interesante que visto de lejos; trémula, arrobada, le miró y no supo ofenderse de su audacia.

—Ved aquí la llave, Blanca, dijo el jóven; os la devuelvo, y mañana vendré con otra á tener la dicha de veros.

Blanca calló; su interlocutor, viendo que no le contestaba, prosiguió:

—Os voy á participar una cosa, Blanca; desde mañana habitaré en frente de vuestro palacio, donde se abre una casa de comercio de los ricos Salviatis; dejáos ver alguna vez de mí, pues yo iré á ella con frecuencia sólo para tener la dicha de contemplaros.

—No hay duda! es un Salviati; se dijo Blanca gozosa; ¿pero por qué guardar el incógnito?

Luego, alzando la voz, añadió:

—Pero si vais á vivir en frente de mi, ¿para qué queréis tener la llave del jardín?

—Para hablaros.

—¿No os basta con verme?

—¡No, por cierto! Deseo hablaros y deciros cuánto os amo!

—Ya me lo decís.

—¿Y no os enoja?

—No; pero me enojará, y mucho, el que os introduzais en el jardín de noche: ¿qué sería de mi honra si os vieran? Meditadlo, Sr. Salviati.

Blanca dió este nombre al caballero sin premeditacion alguna, y llevada sólo por la persuasion en que estaba de que era real y verdaderamente el hijo de la rica casa de aquel nombre; mas, al oirlo, el jóven se estremeció y guardó silencio durante algunos instantes.

—Retiráos ya, dijo Blanca, y quitad la orden de que os hagan esa llave, si es que me amais.

—Para daros una prueba de la verdad de mi amor, me retiro; adios, Blanca.

—¿Desistís de venir al jardín?

—Desisto, y me voy sin ninguna esperanza, ya que así lo quereis.

—Y yo, para recompensar vuestra sumision, quiero que lleveis alguna; os recibiré una noche en el jardín, pero cuando halle para ello una ocasion á propósito.

—¿Y me avisareis?

—Sí, con mi aya.

—¿Y si ésta nos descubriese á vuestro hermano?

—No lo temais; me ama demasiado para eso; fiad en mí, que pronto nos veremos.

—Adios, pues, mi adorada Blanca.

—Adios, Sr. Salviati.

El jóven besó la mano de Blanca y desapareció.

Blanca volvió al salon; poco despues terminó el baile en el palacio Capelo, y cada cual se retiró á su habitacion.

Blanca no pudo dormir en toda la noche; si cerraba los ojos algunos instantes, era para ver la hermosa figura de Salviati y para oír su sonora voz, aquella voz que levantaba en su alma mundos desconocidos.

Era la primera vez que amaba y no era extraño, por tanto, que fuese con pasion.

Todo el tiempo que tardaba en volver á ver al jóven, le parecia largo, y hubiera deseado que las horas volasen.

Por la mañana fué á buscar á su aya, y le descubrió su amor, diciéndole que esperaba de ella que fuera su confidente y su auxilio, si no queria verla completamente infeliz.

Aquella mujer venal y codiciosa se propuso ver cuánto podria valerte la intriga, y ni arrebató á Blanca sus esperanzas, ni se las hizo concebir muy halagüenas.

Le pidió tiempo para reflexionar, y salió diri-

giéndose en seguida á la casa de en frente, porque conoció al jóven á quien Blanca le habia descrito con tan apasionados colores.

El rendido amante la condujo á una salita apartada y le suplicó que hablase y le dijese si venia con recado de Blanca.

—No, señor, contestó el aya; ella no sabe que estoy aquí; vengo por mi propia cuenta.

—Y bien... dijo el jóven algo admirado.

—Y bien, caballero; yo quiero saber quién sois y cómo os llamis; además, necesito que me digais vuestra posicion y la de vuestra familia.

El jóven bajó la cabeza y un vivo rubor coloreó sus morenas mejillas.

—Qué, ¿no me repondeis? insistió Giovanna, que así se llamaba el aya; ¿no me decís quién sois? de ese modo quedad con Dios, y no esperéis que hable á Blanca en favor vuestro.

—¡Ah, por Dios! ¡Esperad! ¡Esperad! exclamó el jóven al ver que el aya se disponia á salir; ¡esperad y os diré lo que deseais saber, con una sola condicion!

—¿Sois vos el que impone condiciones en vez de ser yo?

—¡Una nada más!

—Decidla, pues.

—Que lo que os voy á confiar, no lo ha de salir de Blanca por vuestra boca, sino por la mia.

—Está bien; es decir que lo que vais á confesarme á mí se lo quereis confesar despues á ella tambien? Nada me importa; pero empezad por satisfacerme primero á mí.

—Señora, dijo el jóven con tanta pena que las palabras parecian no poder salir de su boca; yo no soy ni lo que Blanca cree ni lo que vos suponeis; ¡yo no soy un Salviati!

—¿Pues quién sois? exclamó el aya dando un salto hácia atrás.

—Soy un dependiente de su casa de comercio; un pobre jóven sin fortuna, me llamo Pedro Bonaventuri.

—¿Cómo! ¿Y os habeis atrevido á poner los ojos en Blanca?

—Sí, señora.

—¿Un pobrete! ¡Un plebeyo!

—¿Su extremada belleza me enloqueció!

—¡Muy hermosas pescadoras hay en el golfo! exclamó el aya con amarga ironía, muy hermosas jóvenes hay en vuestra clase, y sin embargo, para todas ellas estais ciego, y no lo estais para la hija de los Capelo. ¡Qué ceguedades tan extrañas!

—¡Pues nada es más cierto, señora Giovanna, sino que yo estoy ciego para toda mujer que no sea Blanca!

—Desde hoy debeis cegar, sobre todo, para ella, porque no la volvereis á ver.

—¿Qué decís?

—Que no la volvereis á ver.

—¿Quién me lo impedirá viviendo en frente de su palacio?

—¡Yo, que le diré quién sois!

—Señora Giovanna, respondió el jóven con suprema tristeza, empecé diciéndoos que léjos de querer ocultar á Blanca quién soy, deseaba, por el contrario, que lo supiera de mi boca; dejadme que la vea y se lo diré; si despues no quiere verme, no me quejaré.

—¡Imposible, caballero!

—¡Os lo suplico por Dios!

—Imposible, os digo.

—Mirad, dijo el jóven en cuyas facciones se pintaba la desesperacion; no tengo más que un diamante que me regaló mi madre al salir de mi casa, y que no hubiera vendido ni aun para comer; pues bien, os lo doy si me proporcionais una entrevista con Blanca.

El aya miró el diamante, que, era en efecto, muy bueno, y titubeó.

—Ceded á mi ruego ó me mato aquí á vuestra vista, dijo el fogoso Pedro, asiendo una pistola que habia sobre una mesa y que el aya no habia visto.

—Esperad, esperad, dijo ésta, al ver la resolucion de Pedro; veré si puedo complaceros, aunque lo

creo sumamente difícil; dadme el brillante; lo acepto como un recuerdo vuestro.

Y se guardó la rica joya.

—No es tan difícil como suponeis esta entrevista, dijo Pedro; ella me la tiene ofrecida por vuestra mediación, y sólo con que vos queráis la puedo lograr esta noche misma.

—¿Y me ofrecéis decir á Blanca quién sois?

—Os lo juro; si ella me ama, quiero que sea sabiendo que no es á ningun Salviati á quien concede su amor, sino á Pedro Bonaventuri, pobre y plebeyo.

—No os amará, repuso el aya con una ronrisona cruel; su orgullo es demasiado grande para eso, y así que sepa quién sois, renunciará á ese amor; ahora quedad con Dios; esta noche á las once estad á la puerta del jardín.

Ei aya abandonó la estancia.

Blanca la esperaba en el balcon; la vió cruzar la calle y entrar en su casa y salió desolada á su encuentro.

¿Le has visto? le preguntó.

—Sí, contestó Giovanna.

—¿Verdad que es hermoso, amable, seductor? ¿Has visto qué encanto hay en su fisonomía, en su voz, en sus modales?

—Lo que yo veo es que le amais de una manera loca, repuso el aya; por lo tanto, alegráos; esta no-

che, á las once, estará en la puerta del jardín para hablaros.

—¡Ah, qué buena eres, Giovanna, mi querida Giovanna! exclamó Blanca; ¡deja que te abrace con toda mi alma!



IV.

Blanca esperó la noche con una ansiedad indescible, y con no menor la esperó Pedro.

Sin embargo, á la de éste se unia un poco temor.

¿Podria resistir Blanca á la revelacion de su humilde origen?

¿Podria amarle despues de conocerle?

Creia unas veces que sí, recordando las miradas apasionadas de la jóven, y la expresion de sus ojos; y otras estaba casi seguro de que el orgullo de los Capelo ahogaria su naciente pasion.

La jóven era mucho más feliz. No dudaba un instante de que su amante era digno de la pasion que por él sentia, al recordar cuán sumiso le habia visto á sus deseos.

Tendió, por fin, la noche su manto de sombras, no sin que los dos amantes se hubieran hecho mil protestas de amor de ventana á ventana.

Victorio se acostó, y lo mismo hicieron todos los criados de la casa, quedando sólo levantados Blanca y Giovanna.

Aquella temblaba, y apénas el aya podia comunicarle un poco de tranquilidad.

A las once, y quedándose Blanca sentada en un banco en el jardín, su aya abrió la puerta, en la cual esperaba ya Pedro que se arrojó á los piés de la jóven.

—Os dejo sólos, pero no me alejaré mucho, dijo el aya; al menor ruido que oiga, os avisaré; vos, señor, recordad la promesa que me teneis hecha.

Y el aya se alejó.

—¿Cuál es esa promesa? preguntó Blanca á Pedro haciéndole sentar á su lado.

—Es la de hablaros de una cosa que ya he dicho á vuestra aya, respondió el jóven con voz alterada.

—¿Y á quién concierne? ¿A vos ó á mí?

—A mí.

—¡Dios mio! ¡Qué tono tan lúgubre tomáis! ¡Es alguna cosa triste!

—Segun como vos la mireis; pero dejemos esto, Blanca, que demasiado pronto lo sabreis, y decidm si puedo contar con vuestro amor, y si lo que sentís por mí es ilusion pasajera, ó un afecto sério y profundo.

—A la verdad, amigo mio, dijo Blanca, que no sé si podré distinguir las ilusiones de los afectos sérios; jamás he amado á nadie ni de nadie he oido palabras de amor; la primera vez que he visto el mundo, ha sido anoche en el baile que dió mi hermano; pero lo

que si os puedo asegurar, es que pienso continuamente en vos.

—¡Ah, Blanca! ¿No me engañais?

—Os digo la verdad como si fuese á morir; jamás ha salido la mentira de mi boca.

—Y yo os amo, y al oiros he adquirido valor para haceros la terrible confesion que he prometido.

—¡Una terrible confesion!

—¡Sí, Blanca! ¡Terrible porque si no me amais mucho, me separará de vos para siempre!

La inocente jóven miró asombrada al que así le hablaba; luego le dijo:

—¡Acabad, que me matais!

—Pues bien, Blanca, exclamó Pedro arrodillándose á los piés de la jóven; ¡yo no soy quien vos creeis!

—¡Cómo! ¿Qué decis?

—¡Que no soy de la casa de los opulentos señores Salviati!

—¿Quién sois, pues? preguntó Blanca, cuyos labios temblaban.

—Un dependiente de la misma casa.

—¿Vuestro nombre?

—Pedro Bonaventuri; soy natural de Florencia é hijo de una familia muy humilde; mantengo á mi madre de la que soy el único apoyo en el mundo.

—¡Dios mio! exclamó Blanca ocultando entre las

manos su rostro vestido de súbita palidez; ¿por qué no me habeis dicho ántes todo eso?

--No me atreví... temia perder vuestro amor, y queria estar ántes seguro de él!

—Y ahora, ¿qué habeis conseguido sino hacerme desgraciada? Por que yo os amo quien quiera que seais; os amo con un amor invencible.

—¡Ah! ¿No me engañais?

—¡Ojalá no fuera cierto lo que digo! ¡Ojalá esto fuera aficion pasajera, pues así sufriría ménos al despedirme de vos!

—¡Que os despedís de mí!

—¡Es forzoso!

—¿Quién lo ha dicho? Si me amais, no podeis olvidar mi oscuro origen: mi semblante, mi figura, mi voz, mi amor, sobre todo, ¿son otros porque yo sea el pobre y oscuro Pedro Bonaventuri, que si fuera el rico y orgulloso Salviati?

—Pero yo no puedo echar ese borron sobre mi hermano. ¿Creis que él consentirá jamás en nuestro enlace?

—Nos casaremos sin que él lo sepa.

—¿Y qué porvenir nos espera? ¿Cómo podreis atender á las necesidades de nuestra casa, sujeto á un mezquino salario que ganais?

—Haré porque me le aumenten.

—¡No penseis en eso, Pedro, repuso la jóven moviendo la cabeza con melancolía; jamás yo, Blanca

Capelo, hija y hermana de ricos y nobles patricios, me casaré con vos, para vivir en la ciudad en que se meció mi cuna y en la que es tan conocida mi familia; no, mi orgullo no se doblega á tanto... ántes moriré cien veces!

—¡Porque no me amais!

—¡Ah! no seais injusto; yo quiero y debo huir de vuestra presencia, porque sino, al veros, al oiros, de todo me olvidaria! ¡Os amo como jamás volveré á amar... como jamás sereis amado de ninguna otra mujer!

Blanca, dichas estas palabras, se levantó como para huir de Pedro, pero éste asió una de sus manos.

—Dejadme, exclamó Blanca; os prohibo que volvais á acercaros á mí y que me hableis de amor; al haceros esta prohibicion; soy yo mucho más desgraciada que vos.

—¿Por qué no olvidais, pues, las preocupaciones de la sociedad, y sois dichosa conmigo? observó el jóven; amadme, y yo me encumbraré para mereceros, dejaré el comercio y me alistaré como soldado de la República; nada habrá á mi alcance que yo no emprenda por vos; pero si me dejais en las tinieblas de la desesperacion, pondré fin á mi existencia.

—¡Dejadme! exclamó Blanca sumamente conmovida; sois demasiado cruel conmigo exagerando vues-

tro dolor; ¡vos me olvidareis; á mí me será imposible conseguirlo!

Blanca, dichas estas palabras, echó á andar precipitadamente hácia la bella y suntuosa escalera de mármol blanco, que llevaba al interior de su palacio.

Pedro quiso seguirla, pero se halló detenido por la ruda mano de Giovanna que estaba á dos pasos de él.

—Basta, señor mio, dijo el aya; he cumplido lo que prometí, y ha sucedido lo mismo que yo me figuraba; Blanca renuncia á vos; dejadla, pues, en libertad para que haga lo que quiera, y olvidadla.

—¡Jamás! exclamó Pedro con vehemencia; ¡yo renunciar á ella! No dejaré medio conocido que no ponga en práctica para recobrar su amor: pues qué, ¿es un delito el ser de humilde cuna? Y el que le agradaba cuando le creía su igual, ¿le ha de ser ahora aborrecible porque es ménos favorecido de la fortuna?

—Nada entiendo de eso, repuso Giovanna, y os suplico que os vayais; ved que el Sr. Victorio puede despertar y comprometeis á Blanca y á mí.

Pedro no supo qué responder; echó hácia las hermosas ventanas del palacio de Blanca una mirada de desesperacion, y se alejó á pasos precipitados.

—No seré tan cobarde que retroceda, se dijo; ella

me ama; yo la adoro; no dejaré que sus preocupaciones y los consejos de esa avara é infame vieja me la arrebatén; por dicha mia, nuestras casas se hallan en frente, y no puede acercarse á la ventana de su cuarto sin que me vea y sin que yo le exprese mi desesperacion.



V.

Por espacio de algunos días, Blanca no se asomó á la ventana de su cuarto temiendo hallarse con la mirada de su amante; hizo todo cuanto pudo para distraerse, ya saliendo con su hermano, ya paseándose con sus amigas por el canal, ya pasando la mayor parte del día en casa de Lucrecia; hasta procuró escuchar con gusto y hallar amables á los jóvenes que otras veces habian solicitado su amor, y que eran amigos de su hermano; pero todos estos medios eran ineficaces para curar la herida de su alma, que cada día se hacia mayor y más profunda.

Todos los hombres le parecian inferiores á Pedro; la imágen de éste no se separaba de sus ojos, y aún le veia más desde que realmente no le veia; su imaginación le aumentaba las gracias de su figura y de su conversacion, y cada día le amaba más que cuando le conoció.

Al cabo de cuatro ó cinco días, y creciendo su angustia con el insómnio, dejó el lecho y se acercó á

la ventana, desde la que vió á Pedro Bonaventuri apoyado en la suya.

La luna caía sobre la hermosa y expresiva cabeza del amante, y Blanca le estuvo contemplando largo rato silenciosamente.

Alzó él, por fin, la frente, y la vió, levantándose al instante y saludándola con respeto.

Pero Blanca, que en tanto que él no la habia visto habia permanecido mirándole, se retiró de la ventana, y la cerró como asustada.

Pedro se retiró tambien lleno de dolor; arrojóse sobre su cama, y empezó á meditar lo que deberia hacer para poner fin á un estado que se iba haciendo intolerable.

Levantóse, y escribió una carta, con la firme intencion de hacerla llegar, por cualquier medio que fuese, á manos de Blanca.

En aquel billete pintaba con extraordinaria energía todos los tormentos de su alma, su desesperacion, y su firme propósito de darse la muerte si ella no accedia á oírle otra vez.

Ya era de dia cuando la terminó; y sabiendo que Blanca iba á la iglesia con su aya muy temprano, segun costumbre de las jóvenes nobles de aquel tiempo, se dirigió á esperarla á la puerta.

Poco hacia que se hallaba allí, cuando llegó la joven, cubierto el rostro con un velo de encaje negro, y acompañada de Giovanna.

Pedro entró trás ella, y se colocó á la espalda del banco que Blanca ocupó, teniendo su carta en la mano.

Sus ojos no se separaban de la joven; cuando vió al aya entretenida en sus rezos, arrojó sobre el banco el billete, doblado muy pequeño, y la joven echó al instante sobre él una punta de su velo, ocultándolo á la vista de todos.

Pedro desapareció, así que lo vió asegurado.

Blanca no pensó ya en el Oficio Divino, ni en la gente que la rodeaba; ántes de la hora de costumbre, salió del templo y apresuró el paso de una manera que asustó á su aya que la creyó fuera de juicio.

Cuando llegó á su casa, Blanca abrió el billete, y, al leerlo, gruesas lágrimas cayeron sobre él; aquellas frases iban derechas á su corazon, y le desgarraban.

«Dejadme veros una sola vez, le decia Bonaventuri; una sola vez, Blanca! Y despues saldré de Venecia, y jamás volvereis á oír hablar de mí; pero ¿es acaso pedir demasiado el querer deciros cuánto os amo y cuánto sufro lejos de vos?»

«¡Ya sé que me direis que no puedo veros en vuestra casa, estando como está en contra mia vuestra aya; pero yo puedo ofreceros un asilo seguro, ya que yo no puedo ir á donde vos estais; venid vos á donde estoy yo; esta noche, cuando todos duerman en vuestra casa, salid y venid á la mia en cuyo

umbral os esperaré; yo os juro respetaros del modo más profundo, y que no osaré ni besar vuestra mano; creo que cuando me exigisteis que me desposeyera de la llave que habia mandado hacer para entrar en vuestro jardín, os di una prueba muy eficaz de mi honradez!»

«Os esperaré esta noche de doce á una; si no venis, al amanecer saldré para Florencia, sin volver á veros jamás, y seguro de que me enviais á la muerte por la sola culpa de ser pobre y de humilde cuna.»

«Adios, Blanca; en vuestras manos está mi suerte; decidid, mandad, ¡yo os obedecere!»

Cuando la jóven acabó de leer la carta, estaba ya decidida á ir á la cita del que tanto amaba; la ocultó con afán, y durante el día la leyó muchas veces; llamaba á la noche con impaciencia, y se asomó á la ventana para decir á Pedro:

—«Iré.»

Nunca ha parecido tan largo un día como aquel á Pedro Bonaventuri; contaba los instantes; asomábase á la ventana para ver á qué altura se hallaba el sol y hubiera dado la mitad de su vida para ser aquel día un nuevo Josué, no para detenerle, si no para apresurar su carrera.

Llegó por fin la noche, y Pedro, para quitar á Blanca la ocasion de una negativa que podia motivar el arrepentimiento y la reflexion que nace de la so-

ledad, se encerró en su casa, esperando la hora feliz de la cita.

A las doce, y estando todos recogidos y entregados al sueño, bajó, abrió con sigilo la puerta de la calle; y acechó con ansiedad el momento de abrirse la del palacio Capelo.

En efecto; no tardó ésta en girar sobre sus goznes silenciosamente, y una figura, blanca y esbelta, apareció en el umbral.

Pedro la reconoció, más bien con el corazon que con la vista; era Blanca.

Acudió á su encuentro y la sostuvo, pues la pobre niña estaba próxima á caer desfallecida.

Apoyada en su brazo, llegó Blanca hasta la casa de en frente; el cuarto de Pedro se hallaba en el piso bajo; y despues de subir algunos escalones, ámbos penetraron en él.

—¡Gracias, Blanca! exclamó Pedro arrojándose á los piés de su amada que se habia dejado caer en un asiento; ¡gracias! ¡Ah, jamás podré pagaros vuestro valor, vuestro sacrificio!

—¿Qué es lo que me queriais decir? preguntó la jóven; ¡pronto, pronto! ¡La puerta de mi casa ha quedado sólo entornada y tengo que volver al instante! levantáos y hablad con calma; ¿habeis hallado algun medio de hacer fortuna? ¿Algun medio que satisfaga á mi hermano y le persuada á concederos mi mano, si la pedís?

—No, respondió Pedro con abatimiento; por más que cabilo y que discurro, Blanca, nada hallo que pueda acercarme á vos más que mi amor.

—¡Pero eso no basta! ¡Ya lo sabeis! ¡Si yo no conociera el modo de pensar de mi hermano, le confiaría nuestra mútua pasion; pero sé que en cuanto á la cuna, es intolerante, y que si bien pasaria por el inconveniente de la pobreza, nunca se conformará con el de un nacimiento oscuro.

—¡Pues bien, Blanca, os repito que yo enalteceré mi humilde procedencia!

—¿De qué modo?

—Lo ignoro ahora; sólo hay en mí voluntad para lamentar el destierro que me impusisteis; ¡si supierais cuántas lágrimas amargas he vertido en este cuarto!

Y el jóven, al decir estas palabras, extendió una mirada por la estancia, que si bien no era magnífica, tenia un aspecto agradable y decente.

Blanca lo reparó, y la inocente se dijo que si aquello era la pobreza, no dejaba de ser por eso muy aceptable.

Tapices de seda sencillos, pero de un lindo color decoraban la habitacion; ramos de flores lucian en jarros de bronce de artistica y elegante forma; sillones de caoba de alto respaldo, tallado con flores á falta de escudo de armas, y una gran mesa sobre la que ardía una hermosa lampara de plata maciza,

hablaba de la opulencia de los Salviati, pero no de los encantos de la pobreza, puesto que hasta á sus dependientes extendian aquellos ricos patricios el buen gusto y el bienestar.

Lo que era sólo efecto de la opulencia pareció á Blanca la sencillez encantadora de la medianía.

—Pues bien, Pedro, dijo Blanca; id á buscar esa posicion, ese nombre que os falta para que pueda yo ser vuestra, y hasta entónces no trateis ya de verme; básteos saber que os amo y que sólo quiero ser vuestra.

Bonaventuri besó las blancas y torneadas manos de su amada; ésta se levantó y se preparó á salir.

—Deteneos un poco más, Blanca, suplicó el amante; ¿qué mal os amenaza aquí? En tanto que esteis bajo la salvaguardia de mi honor y de mi palabra, estais tan segura como en el templo; ¡Y quién sabe cuándo podré yo volveros á ver!

—¡Tengo miedo! murmuró Blanca; ¡no de estar aquí, sino de que, mientras estoy, una ráfaga de viento cierre la puerta de mi casa que ha quedado abierta como os dije!

—¿Nadie os ha oido salir?

—Nadie; todos estaban en casa entregados al sueño.

—¿Y Giovanna?

—Dormia tambien.

— Blanca, creo que en esa mujer tengo hoy mi más mortal enemigo, dijo Pedro; ¿y sabéis por qué? ¡Porque soy pobre! Si fuese rico, si hubiese podido venderos á mi amor por alguna crecida cantidad, no dudeis que lo hubiera hecho; pero desde que sabe que no puedo pagarla, sólo quiere alejarme de vos! No deis, pues, oídos á sus sujestiones en contra mia; no la escuchéis, Blanca, y dejad al tiempo probaros la verdad de mi cariño.

—¿Por qué me encargais esas cosas? exclamó Blanca, que á la vista de Pedro se olvidaba de su origen y de la desigualdad que entre ambos existia para no pensar más que en la gracia y atractivos de su persona; el mejor abogado vuestro le teneis en mi corazón.

—¿Y no me faltará nunca?

—¡Nunca!

—¿Me lo jurais?

—¡Os lo juro!

—Y yo os juro tambien buscar y hallar, en el término de un año, lo que necesito para que seais mia; recibireis mis cartas desde donde quiera que me halle, y por ellas sabreis todos mis proyectos.

—¡Adios, pues, Pedro!

—Adios, Blanca, y el cielo os pague el bien que me habeis hecho.

Y el enamorado jóven estrechó con pasion una y otra vez la mano de Blanca.

Esta bajó la escalera apoyada en el brazo de Bonaventuri, que la acompañaba.

Le amaba más desde que habia visto con cuánta nobleza habia respetado su pudor, y con qué decoro habia moderado en aquella entrevista los trasportes de su amor.

Pedro alzó el pestillo de la puerta de su casa.

Blanca estrechó la mano de su amante por la última vez, y salió á la calle sin que aquel se atreviese á seguirla, por temor de ser visto.

Pero ya que no pudo acompañarla, subió corriendo la escalera de su cuarto, y se puso á la ventana para mirar á Blanca entrar en su casa.

¡Cuál fué su asombro al observar que, despues de llegar, retrocedió vacilando y dejando escapar de sus lábios un grito de terror!

Pedro se lanzó á la calle, y fué al encuentro de la infeliz jóven, quien, temblando como la hoja en el árbol, se apoyaba contra la pared para no desmayarse; la sostuvo, y se acercó con ella á la puerta.

¡Estaba cerrada!

¿Quién habia sido el encargado de consumir la desgracia, el deshonor de la infeliz Blanca?

¿El viento? ¿La casualidad? ¿Alguna mano malévolá y vengativa?

Jamás se pudo saber.

Blanca, yerta, pálida, loca de terror, se arrojó en los brazos de Pedro, y exclamó:

—¡Sálvame! ¡Sálvame!

—Lo haré, dijo el jóven; sosiégate, Blanca mia... Ven conmigo... mi vida, mi porvenir son tuyos.

—¡Dios mío! ¡Cómo llamar á esa puerta, que al abrirse hará patente mi deshonra! gimió Blanca; ¡qué dirá mi hermano! ¡Matarme seria poco, y yo siento más el dolor que le causaría, que la muerte que recibiese de su mano!

—Vamos, dijo Pedro; si esta puerta se ha cerrado, la de mi casa está abierta, y te espera.

—Pues bien, dijo la jóven, yo me acojo á tu amparo, único con que en tan tristes circunstancias puedo contar; pero con una condicion.

—Habla.

—Que ahora mismo saldremos de Venecia; llévame á donde quieras, con tal de que me saques de aquí.

—Blanca, repuso Pedro, piensa bien lo que deseas; ven; subamos de nuevo á mi cuarto; quiero que reflexiones, aunque sólo sea por breves instantes, lo que pierdes y á lo que te expones; no quiero que me acuses jamás de que no te he amado lo bastante para posponer tu bien al mío; mi mayor dicha, mi sola felicidad, es poseerte... tú pierdes mucho más que yo.

Hablando así, el genesoso jóven sostuvo los pasos vacilantes de Blanca y volvió á conducirla á su casa.

Llegados de nuevo al cuarto de Pedro, Blanca se arrojó sumamente abatida en un sillón y se deshizo en lágrimas.

—Escúchame, dijo Pedro; ahora mismo, si quieres, iré á tu casa, llamaré á la puerta, y pediré ver á tu hermano; le contaré lo que sucede... y tal vez su corazón se apiade de nosotros diciéndole la verdad, toda la verdad.

—¡No te creerá! exclamó Blanca.

—¡Tal vez sí!

—¡Yo estoy segura de que no!

—¿Y si me creyese? quizá entonces, al ver la honradez con que hemos obrado, tu pureza, la probidad de mi conducta tratándose de una jóven á la que amo ciegamente, se conmueva... y nos dé su perdon y hasta su cariño.

—¡No! repuso Blanca sacudiendo tristemente su rubia cabeza; conozco á mi hermano Victorio. Ciertamente un convento será mi porvenir; estoy segura de ello.

—No hablemos, pues, más de eso, dijo Pedro; oye lo que te puedo ofrecer por mi parte, y tén entendido que la realizacion de este plan es la mayor ventura con que yo soñaba; tengo en Florencia á mi madre, pobre y modesta anciana, que vive casi en la miseria, y que no tiene otros medios de subsistencia que los que yo le puedo enviar, que son pocos; sin embargo, ella nos recibirá con los brazos abier-

tos; dentro de una hora, saldremos de aquí, y nos casaremos al llegar á Pistoya; tendrás, al lado de mi buena madre, una existencia pobre, pero feliz, porque ella y yo seremos á adorarte; así que lleguemos á Florencia, yo buscaré alguna ocupacion, que, aunque humilde, nos dé para vivir modestamente los tres; Blanca, te ofrezco lo único que está en mi mano poder darte: un amor puro, á toda prueba, y una perseverancia en el trabajo incansable á fin de que nada te falte.

—¡Y yo lo acepto! exclamó la jóven estrechando con pasion las manos de su generoso amante.

—¿Contenta? preguntó Pedro.

—¡Contenta y feliz! repuso Blanca.

—Ganemos, pues, todo el tiempo posible.

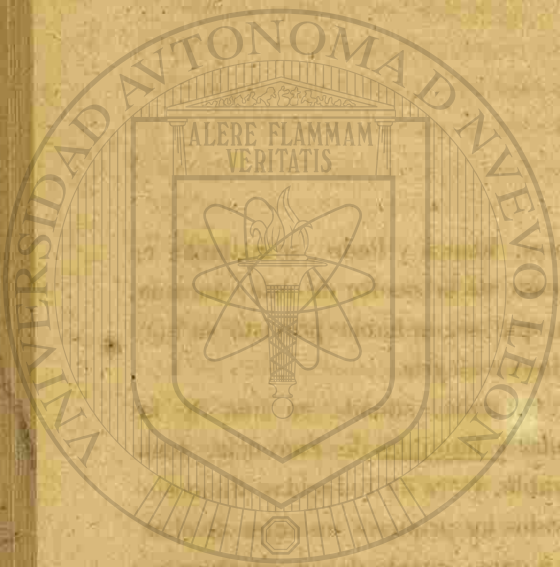
Y Pedro, dichas estas palabras, reunió en un bolsillo el poco dinero que poseia, y en un paquete, sus vestidos y ropa blanca.

—¡Ah! exclamó la jóven: yo tengo en mi casa alhajas y bastante dinero; ¡si lo hubiera traído conmigo!...

—No pienses en nada, porque nada te faltará, Blanca mia, dijo Pedro con la sublime confianza que inspiran la juventud y el amor; sólo á ti te quiero y creo que, cuanto más pobre, te acercas más á mí.

En breves momentos estuvieron terminados los preparativos; Pedro asió el paquete, guardó sus es-

casos ahorros, presentó á Blanca el brazo, y salieron juntos de la casa de los Salvatis perdiéndose bien pronto aquellas dos bellas é interesantes figuras en las sombras de la noche.

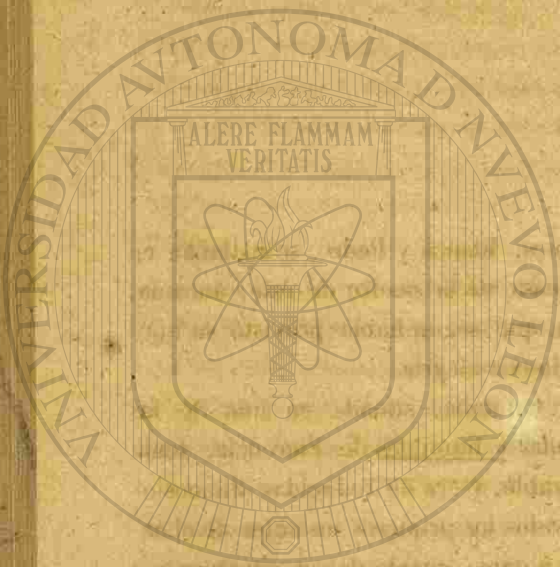


Un año despues, Blanca y Pedro se hallaban en Florencia, y en casa de la madre de éste, anciana, buena y sencilla, que segun había previsto su hijo, les había recibido con alegría.

La casa que habitaba, situada en una de las calles más retiradas y humildes de Florencia, tenía un aspecto miserable, y era de reducidas dimensiones. Blanca, pasados los primeros instantes de obcecación, empezó á darse cuenta de su situación y á conocer cuán desgraciada la había hecho su extravío, y cómo un momento de imprudencia puede ocasionar la desgracia de toda la vida de una mujer.

Sin embargo, sólo tenía diez y siete años; y si bien durante algunos ratos lloraba en la soledad de su misero cuartito, la alegría aparecía de nuevo en su alma, y llenaba cantando los rudos deberes que su casamiento le había impuesto respecto á la anciana madre de Pedro.

Blanca se levantaba temprano, y aseaba por sí



Un año despues, Blanca y Pedro se hallaban en Florencia, y en casa de la madre de éste, anciana, buena y sencilla, que segun había previsto su hijo, les había recibido con alegría.

La casa que habitaba, situada en una de las calles más retiradas y humildes de Florencia, tenía un aspecto miserable, y era de reducidas dimensiones. Blanca, pasados los primeros instantes de obcecación, empezó á darse cuenta de su situación y á conocer cuán desgraciada la había hecho su extravío, y cómo un momento de imprudencia puede ocasionar la desgracia de toda la vida de una mujer.

Sin embargo, sólo tenía diez y siete años; y si bien durante algunos ratos lloraba en la soledad de su misero cuartito, la alegría aparecía de nuevo en su alma, y llenaba cantando los rudos deberes que su casamiento le había impuesto respecto á la anciana madre de Pedro.

Blanca se levantaba temprano, y aseaba por sí

misma su casa; luego peinaba sus hermosos cabellos, y, al hacerlo, fuerza es confesar que suspiraba por las joyas y perlas con que ántes los entrelazaba.

Un pensamiento venia á secar su llanto; amaba á Pedro, y Pedro trabajaba día y noche, segun se lo habia prometido, á fin de que nada le faltase, ya que no de los goces de la opulencia, á que estaba acostumbrada, al ménos de las cosas necesarias de la vida.

Bonaventuri habia conseguido un empleo en el escritorio de un rico negociante de Florencia.

Así que el jóven llegó con su esposa á esta ciudad, escribió á los señores Salviati, escusándose de haber salido tan precipitadamente de su casa y contandoles la historia de sus amores con Blanca Capelo.

Aquellos ricos señores se rieron algun tanto de los amores de su dependiente; pero en realidad se compadecieron de la suerte de la desgraciada Blanca á la que un acaso habia sumergido en la mayor pobreza, despues de haber nacido y haberse criado en la más fastuosa opulencia.

—Padre mio, dijo Salviati, hijo, que era el mismo á quien habia creído amar Blanca en la persona de Pedro; yo quisiera hablar á Victorio en favor de su hermana y del esposo de ésta; él vive sólo y triste, y quizá les llame á su lado y les perdone.

—No lo esperes jamás, hijo mio, repuso el anciano Salviati; Vitorio no perdonará el extravío de su her-

mana; no obstante, prueba, porque tal vez no sea extéril el impulso de tu buen corazon.

En consecuencia de esto, Salviati, hijo, pasó á ver á Victorio Capelo para hablarle acerca de aquel doloroso asunto; pero desde las primeras palabras conoció que su padre tenia razon y que Capelo seria inflexible para su hermana.

—¡No me habéis de eso, caballero, le dijo; las llagas de la honra no se curan jamás! ¿Dejará mi hermana de haber abandonado su casa, para ir á la de su amante, pobre y oscuro dependiente de comercio?

—¡Pero eso lo hizo arrastrada por la fuerza de su pasion!

—Su pasion es lo que aeuso.

—Y se han casado.

—Tanto peor.

—Viven muy pobres.

—Ya lo sabian al casarse.

—Pero pensad, Victorio, que Blanca sólo tenia diez y seis años.

—No lo olvido.

—¿Conque nada quereis hacer por ella?

—Nada puedo hacer.

—Enviadle, á lo ménos, sus vestidos y sus joyas.

—Los hice arrojar al fuego.

—Pero ella puede reclamaros su dote.

—Que lo haga si quiere.

—¿Y no se lo dareis?

—Procuraré no dárselo.

—¡Ah! exclamó Salviati, sois muy duro de corazón, caballero, y nunca hubiera creído que lo fuérais.

—Amigo mio, repuso el caballero, cuanto más he amado á mi hermana, tanto más aborrezco el oprobio que ha echado sobre mí. ¡Huir de su casa! ¡Y con quién! ¡Con un pobre! ¡Con un miserable! ¡Con un pleveyo!

—Luego si hubiera huido con un caballero noble y rico, ¿la hubierais perdonado?

—¡Tal vez! Hay faltas que llevan su excusa en sí mismas; y otras que son más imperdonables por las circunstancias que los rodean.

—¡Debia ser bien al contrario! repuso Salviati con amargura; ¡debiais pensar ahora en vuestra hermana sumergida en la miseria! ¡Pobre niña! ¡Tan jóven!

—Su miseria—porque no dudo que la tendrá—me irrita como una ofensa; pero dejemos esto, Salviati, pues ya os he dicho que cada uno tiene sus creencias, y hablemos de otra cosa más agradable; sabreis que me caso.

—¿Vos?

—¡Sí! ¿Esto os estraña?

—Yo crei que ya no volveriais á casaros, dijo Salviati mirando fijamente al hermano de Blanca.

Este palideció; pero, reponiéndose al instante, repuso:

—Pues ya veis que os habeis equivocado; me casé á los veinte y dos años, y á los veinte y tres era viudo; fui tan desgraciado en mi union, que no debia pensar en otra, y no hubiera pensado sin la traicion de Blanca; pero me hallo solo, y me aburro, por cuya razon me he decidido á buscar una compañera.

—¿Y quién es ella?

—Lucrecia Piombo.

—¡Noble rica y bella! ¡Mejor habeis sabido escoger que vuestra infeliz hermana!

—Teneis razon.

—¿Y es pronto la boda?

—¡Muy pronto!

—Recibid mis plácemes, y permitidme que os advierta que, ya que vos no quereis hacer nada por la pobre Blanca, lo haremos mi padre y yo.

—¿Y qué vais á hacer?

—Lo único que está en nuestra mano; uno de nuestros parientes tiene una casa de crédito en Florencia; le escribiremos que admita en ella con un sueldo regular al esposo de Blanca.

—¿Habeis ya olvidado que ese miserable abandonó vuestra casa?

—Si, amigo Capelo, repuso el noble jóven; queda más tranquila la conciencia olvidando las ofensas con

demasiada generosidad, que castigándolas con demasiada dureza.

Y al decir estas palabras, volvió á mirar profundamente á Victorio como para recordarle la desgraciada muerte que habia dado á su esposa.

Este volvió á palidecer; pero nada respondió.

Salviati volvió á su casa, y aquella misma tarde escribió á Pedro, dándole una carta de recomendación para su pariente, en cuya casa fué recibido al instante.

Con su sueldo era, pues, con lo que atendia á las necesidades de su madre y de su esposa, y ésta, al ver que no bastaba á llenar todas las de la casa, se afligia algunas veces, si bien ocultaba su pena á Pedro, que trabajaba sin descanso.

Blanca, nacida y criada en la opulencia, padecia mil privaciones que su alma, demasiado jóven é inexperta, no alcanzaba á soportar; en vez de los magníficos cuadros del palacio en que habia nacido, veia ahora las paredes blanqueadas de la pobre casa que habitaba; en vez de las suntuosas alfombras, pisaba el helado pavimento; en vez de recrear sus ojos con soberbios bronces, colosales espejos, y hermosas estátuas, sólo veia los muros que terminaban el sitio al cual podia volver los ojos sentada en la estrecha ventana de la especie de celdilla que ocupaba con su esposo, y á la que se retiraba para entregarse á sus tristes meditaciones.

No tenia flores ni galas; sus vestidos, más que modestos, eran pobres; no iba nunca á los espectáculos, ni á paseo, ni veia á otras personas que á su marido y á la madre de éste, triste compañía, pues era casi ciega y sorda.

Cuando alguna rica y poderosa dama pasaba casualmente por aquella sombría y retirada callejuela, en su dorada carroza, ó bien á pié para acudir á alguna cita misteriosa, Blanca miraba desolada los encajes de su vestido, la aguja de diamantes que recogia sus cabellos, y que brillaba á través de su velo de blonda, sus ricos collares de seda, y todo aquel conjunto tan seductor y tan lleno de gracias, y se decia:

— ¡Así me vestia yo! ¡Ese era tambien mi traje! Yo tenia brillantes como esos, encajes como esos, perfumes, joyas, y ahora!...

Las lágrimas terminaban este monólogo amargo; y luego corria al espejillo suspendido de la pared y se miraba en él suspirando al contemplar su belleza, que era cada dia más encantadora, y acusándola de su desgracia.

— Si yo no hubiera sido bella, decia, Pedro no se hubiera enamorado de mí, y yo hubiera permanecido al lado de mi hermano.

Tal era el estado del ánimo de Blanca, que al fin le hizo insoportable.

Su dulce carácter se alteró, adquiriendo un fon-

do de amargura, hijo de sus continuos sufrimientos; hasta el amor de su marido llegó á cansarla y serle insufrible, pues á él achacaba todas sus desventuras.⁵

Si la anciana madre de Pedro no reparó en aquel cambio de carácter, no sucedió lo mismo con su hijo; Bonaventuri tenia demasiado talento y amaba demasiado á Blanca, para no apercibirse de lo que pasaba en el alma de la jóven.

Esta habia dejado de esperarle en la ventana á las horas en que volvia; permanecia fria y muda ante sus caricias, y su rostro encantador iba palideciendo.

—Blanca, le dijo Bonaventuri, tú sufres: ¿qué puedo yo hacer para aliviarte? ¡Habla! ¡Cuanto esté en las fuerzas humanas, sin menoscabo de la honra, otro tanto haré para devolverte la alegría y la tranquilidad; ¿quieres que busque dónde trabajar por la noche para ganar más dinero? Mira, todo el fruto de mi trabajo en horas extraordinarias será para tí, para que compres algun vestido más, para que tengas flores que te alegren, libros que te distraigan.

Blanca sacudió melancólicamente la cabeza.

¿Qué valian las flores y los libros para aquella sed de lujo y de placeres que devoraba su alma.

Pedro se retiró desconsolado, y emprendió el camino de su escritorio, pálido, cabizbajo y abatido.

Nada podia hacer para disipar la tristeza de su

esposa, él, que hubiera dado dos años de su vida por cada una de sus sonrisas.

—Ella sufre, se decia, por nuestra pobreza; ¡es natural! ¡Pobre niña! ¡Su paladar está acostumbrado á delicados alimentos, y los que ahora tiene son los más humildes! ¡Jamás ha vestido sino galas costosas, y ahora sólo usa telas ordinarias y toscas! ¡Acostumbra al brillo de los palacios, ahora vive en una pobre y oscura morada! ¡Rodeada toda su vida de una nube de servidores, ahora se tiene que servir á sí misma! ¡Ah! ¡Yo soy la causa de sus desgracias! ¡por qué le di aquella cita fatal á la que ella tuvo la desventura de acudir!

De esta suerte se reconvenia Pedro Bonaventuri, en tanto que Blanca, despues de quedar sola, maldecía el odioso lazo que la sujetaba á aquel hombre sin fortuna y de oscuro nacimiento.



VII.

Poco tardó el amor en huir del pecho de Blanca. Poco más de diez y siete años contaba, y ya su corazón parecía dormido y yerto bajo el soplo fatal de la desgracia.

Su casa, sus ocupaciones habituales, y, sobre todo, su marido, se le hicieron odiosos; y eran tales su disgusto y su tedio, que huía de la presencia de Pedro y de su madre y se pasaba la vida encerrada en el aposento conyugal, que era muy reducido.

Aquel aposentillo, escasamente alumbrado por una angosta ventana que daba á la oscura callejuela, no podía ser más triste.

Blanca, para distraer sus penas y para tener un pretexto de permanecer allí, había empezado un encaje de los que había aprendido á trabajar en Venecia en tiempos más dichosos.

Sentada al lado de la ventana, dejaba correr melancólicamente sus dedos sobre los bolillos, enredando los hilos en sus manos delicadas, de un dibujo perfecto y de una blancura deslumbradora.

Blanca, cansada de su labor, alzó maquinalmente la cabeza, y dirigió á la calle una mirada melancólica é indiferente que fué á caer sobre un hombre de alta y gallarda estatura que, parado en el otro lado de la calle, la miraba fijamente.

Un delicado color de rosa se extendió sobre las mejillas de Blanca, embelleciéndola tanto, que el desconocido hizo un violento gesto de admiración.

En aquel instante se oyeron pasos de otra persona que aparecía en el extremo de la callejuela, y el incógnito echó á andar, no queriendo sin duda ser sorprendido en su contemplación.

Blanca le vió alejarse en dirección opuesta á la que traía aquel cuyos pasos se oían; halláronse de frente, y el que llegaba, que era un vecino de Blanca, se detuvo admirado, le cedió el paso, y se quitó el sombrero inclinándose profundamente.

El desconocido,—que sin duda no lo era para el vecino de Blanca,—siguió su camino.

El vecino llegó hasta la casa de Bonaventuri, frente á la cual tenía su taller de tejedor de seda.

—Buenos días, señora Bonaventuri, dijo á la joven, ¿sabeis que acabo de tener un famoso encuentro?

—¿Hablais de ese caballero, que salía ahora de esta calle, señor Paolo? preguntó Blanca.

—Del mismo

—¿Y sabeis quién es?

—¡Vaya si lo sé!

—¡Decídmelo!

—No puede ser así en alta voz, señora; repuso el tejedor.

—¿Y por qué no?

—Porque él se racata y se oculta.

—¿Pero nosotros no tenemos motivo para guardarlo el incógnito?

—Debemos hacerlo, señora; pues de lo contrario...

—¿Que?

—Podría sobrevenirnos algun mal.

—Pues bien, dijo Blanca, subid á vuestra casa; vuestra ventana se halla en frente de la mía; escribis en un papel el nombre de ese caballero, y me lo arrojaís.

—Bien me parece, dijo Paolo, y lo voy á hacer.

Dicho esto, entró en su casa, y Blanca quedó esperando con ansiedad.

En la mirada de aquel desconocido había notado cierta cosa que le llamaba mucho la atención, y era una extraña mezcla de amor y admiración,

Ansiaba saber quién era sin saber por qué.

Entre tanto, Paolo llegó á su cuarto, echó su capa sobre una silla, acercóse á la mesa, y escribió en un pedazo de papel un sólo renglon.

—Allá vá, dijo á Blanca, y cuando venga Pedro, enseñádselo; ¡vereis cómo se admira de que esa persona haya pasado por aquí!

—¡No tiene muchos títulos la tal persona! observó Blanca.

—¿Por qué decís eso?

—Por lo poco que os ha costado escribir su nombre.

—Ahí los vereis, y adios, que me voy á trabajar.

Paolo arrojó el papelito enrollado á la ventana de Blanca, y cerró la suya.

Blanca abrió el papel y leyó:

«Francisco II de Médicis, gran duque reinante de Toscana.»

Blanca quedó con el papel en la mano, inmóvil, trémula, como fascinada, y del mismo modo que si la lectura de aquellas pocas palabras la hubieran petrificado.

En todo el dia comió, ni pudo pensar en otra cosa que en el Duque.

Sentada al lado de aquella ventana, esperaba volver á verle pasar, para expiar en la expresion de su rostro los sentimientos del soberano.

Nada dijo á su marido de haberle visto; y Paolo que tampoco vió aquel dia á Pedro, se lo calló igualmente.

Blanca era presa de un desasosiego mortal; en aquella alma empezaba á fermentar la ambicion dormida por su tierna edad, pero que bien pronto debia ocuparla toda.

Pedro, oyéndola suspirar en su perpétuo desvelo,

la llamó dos ó tres veces, pero ella no dió señales de haberle oido,

—¡Pobre niña! se dijo Bonaventuri; está enferma.

Blanca estaba enferma, en efecto, pero sólo del alma.

Al dia siguiente, asi que la luz del alba se extendió por el mundo, Blanca dejó su lecho.

Su marido la abrazó con ternura, la instó para que tomase parte en el almuerzo, lo que ella rehusó ternamente, y salió para su escritorio, más triste que el dia anterior.

Blanca corrió á su ventana, despues de haber arreglado sus hermosos cabellos con más cuidado que de costumbre.

Hacia el medio dia, vió llegar al que esperaba, y procuró observar todos los rasgos de su figura, con toda la atencion que le permitió la agitacion de su alma.

Era jóven, pues su edad no pasaba de los treinta y cuatro á los treinta y seis años; su alta y majestuosa estatura, su cabello negro, sus ojos llenos de fuego, le hacian á la vez agradable é imponente; vestia con sencillez, una ropilla de terciopelo verde y un sombrero con plumas negras.

Miró á Blanca con atencion apasionada, y la saludó, quitándose su sombrero, con un ademan lleno á la par de respeto y de elegancia.

El demonio del orgullo se agitó en el corazón de la esposa de Bonaventuri; ¡el soberano la saludaba á ella, pobre esposa de Pedro, el escribiente de un oscuro negociante! Creía estar soñando.

Nada es más frecuente que esas tristes obcecaciones en las almas débiles; las faltas de aquella joven se podían excusar hasta aquel día por la pasión que había profesado al que era su marido; pero las que en adelante cometió eran mucho ménos disculpables, puesto que sólo tenían por móvil la ambición, que es la más ruín de todas las pasiones.

Blanca correspondió al saludo del Gran Duque, con una inclinación á la que supo dar un carácter tal, que éste no dudó ni por un instante de que le había reconocido, lo que le contrarió algún tanto, al parecer, porque se retiró en seguida.

La joven sintió al instante las inmediatas consecuencias del mal obrar; al ver alejarse al Duque, la mayor zozobra se apoderó de su espíritu.

—¿Se habrá ofendido? se preguntaba: ¿Volverá? ¿Estará enojado?

Hubiera querido apresurar el curso del tiempo hasta el siguiente día á la misma hora, pensando, con mortal angustia, en el largo espacio que faltaba para volverle á ver.

Aquella misma noche se hallaba sentada junto á su ventana. Pedro estaba á su lado y trataba en vano de consolarla, pues aunque ignoraba la causa de su

pena, la veía aquel día más abatida que de costumbre.

De repente vieron entrar un carruaje en la calle, arrastrado por dos caballos desbocados.

Dentro del carruaje se oían los gritos penetrantes de una mujer que pedía socorro.

Algunos vecinos salieron para ayudar al cochero, y el mismo Pedro bajó también, llevado de su buen corazón.

Así que los caballos fueron contenidos, sacaron del carruaje á una dama casi desmayada, y que debía pertenecer á la más elevada clase, á juzgar por la magnificencia de su vestido.

Consistía en un rico traje de damasco azul, con gorguera y mangas de encaje de oro fino, y al levantar el velo blanco, que cubría sus facciones, apareció un rostro hermoso, pero lleno de altivez.

La desconocida fué conducida á la habitación de Blanca y socorrida con los pobres recursos que ofrecía aquella humilde casa.

Se la colocó en un viejo sillón y se la desabrochó el traje, con lo que pudo respirar con alguna libertad; parecía acongojada del susto, pero ni ella, ni el cochero, ni los caballos, habían sufrido lesión alguna.

—Gracias, hermosa niña, dijo á Blanca: lo que os debo sólo os lo puedo pagar con mi amistad, que os ofrezco con la mejor voluntad, venid mañana á mi casa. Soy la princesa Leonor Costello, y vivo en la

calle de..... venid mañana á mi palacio y seré muy dichosa al veros.

—¡Oh, señora! ¡No dudeis que iré! exclamó Blanca con la ingenuidad propia de sus pocos años, y con la alegría que no podía contener; ¡vos no sabeis, no podeis saber el bien que me haceis con esa oferta!

—¡El bien lo he recibido yo de vos!

—¡Nada me debeis, y en cambio yo os deberé el no morir acaso de tristeza y de desconsuelo!

—¿Qué decís? ¿Sois desgraciada?

—¡Mucho!

—¡Tan jóven! ¡Tan bella!

—¡Tal vez á causa de eso mismo!

—¿Sois casada?

—¡Si señora!

—¡Decís eso con un acento tan triste!

—¡Es que soy muy desgraciada, señora!

—¿Teneis motivos de pesar en vuestro matrimonio?

—¡Muchos!

—¡Tanto mejor! dijo la dama, que no pudo reprimir un movimiento de alegría.

Blanca la miró asombrada.

—¿Decís tanto mejor?

—Sí, hija mía; mañana os explicaré por qué lo digo; porque ¿supongo que vendreis á mi casa?

—Iré sin falta.

—Ahora, ¡adios!

—Adios, señora.

La dama salió acompañada de su séquito, y Blanca quedó más pensativa y preocupada de lo que ántes lo estaba.

A la vista de aquel rango, que habia sido el suyo, de aquel lujo, de aquellas joyas, hasta la imagen del Gran Duque se borró de su memoria.

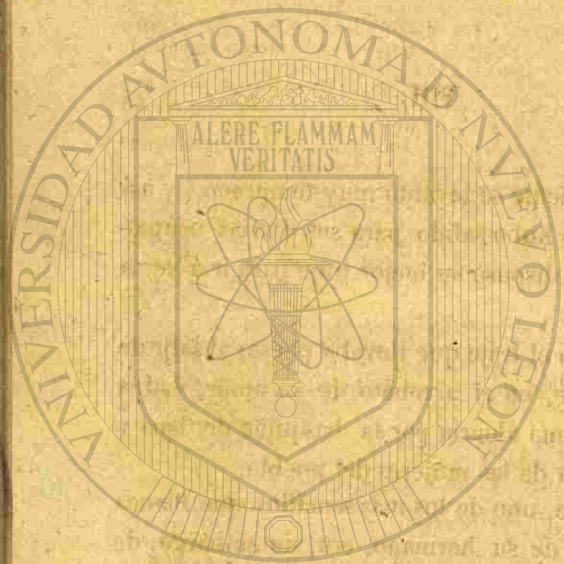
El soberano se hallaba demasiado lejos de ella.

A la dama podía acercarse con más facilidad.

Blanca pensó en los medios de salir de aquella situacion intolerable, de aquella pobreza que la consumia, de aquella oscuridad que la mataba.

Se resolvió, pues, á contar á la princesa Leonor la historia de sus desgracias, y ver si ella encontraba algun remedio para aliviarlas, olvidando, en su inexperiencia, que el matrimonio es un nudo que sólo la muerte puede desatar.

Blanca, como la jóven corza que lleva clavada la flecha del cazador y que corre con angustia de un lado á otro sin poderse libertar de ella, recorría las regiones de su pensamiento, sin hallar en ninguna paz y consuelo á su dolor.



VIII.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y así que su marido hubo salido para sus diarias ocupaciones, Blanca dispuso su mejor traje para ir á ver á la Princesa.

Conservaba el traje que llevaba puesto al salir de su casa, y que, en el arrebato de su amor, habia trocado con tanta alegría por la basquiña de lana y la toca de gasa de las mujeres del pueblo.

Aquel traje, uno de los más sencillos que Blanca tenia en casa de su hermano, era, sin embargo, de seda, de un elegante color claro, y de graciosa y distinguida hechura, como los que usaban las damas de la nobleza.

Blanca habia vendido, al llegar á Florencia, las sortijas que tenia puestas, para atender á las primeras necesidades de su casa; lo mismo habia hecho con sus arracadas de oro, y tuvo que vestirse sin joya alguna.

Pero estaba encantadora con su traje de seda de color de gris plata, y su largo velo blanco, á través

del cual se veían los rizos de sus hermosos y abundantes cabellos rubios.

Llegada que fué la hora en que le pareció que ya podía ir á casa de la Princesa, se encaminó á ella, fluctuando entre la timidez y la alegría.

La Princesa se hallaba, cuando ella entró, sola en su cámara: se levantó para recibirla, y la abrazó, contemplándola despues con admiracion:

—¿Qué significa ése traje? exclamó por fin; ¿por qué habeis dejado el que vestiais ayer?

—Señora, repuso Blanca, este traje es el que usaba ántes de casarme.

—¿Sois, pues, de familia noble?

—De una de las más ilustres familias de Venecia.

—¿Su nombre?

—Mi hermano es el patricio Victorio Capelo.

—¡Cómo! exclamó Leonor; ¿sois una Capelo?

—Soy Blanca Capelo.

—¿Y sin duda la misma jóven de cuya desaparicion se ocupaba la ciudad entera cuando yo estuve allí con mi esposo?

—Es posible.

—¿Cuánto hace que os casásteis?

—Cerca de quince meses.

—¿Os sedujo vuestro marido? ¿Os robó?

Blanca contó entónces toda la historia de su casamiento interrumpiéndola sus lágrimas con frecuencia.

Cuando acabó de hablar, la Princesa le tomó una mano, y le dijo con dulzura:

—Ahora, que yo os he escuchado, oidme vos á mi con atencion.

El accidente de mi coche, que vos presenciásteis ayer, no fué casual; estaba hábilmente preparado por mi cochero, para que yo me detuviera en vuestra casa.

—¡Qué decis! exclamó Blanca asombrada.

—La verdad; el Gran Duque os ha visto... os ama... y me ha encargado que os trajera aquí; podeis, pues, salir de la triste posicion en que os hallais.

Blanca no halló palabras para contestar; de tal suerte la dominaba el asombro.

Con la cabeza inclinada, las mejillas rojas, se asemejaba á la estatua del rubor.

La jóven no concebía el vicio, y si deseaba salir de su misera condicion, jamás habia comprendido que pudiese ser de otra manera que dando á su marido una posicion más decorosa y más lucrativa que la que tenia.

En tanto que reflexionaba así, se abrió una puerta; la Princesa se volvió, hizo un ademan de asombro, y se levantó con respeto.

Blanca miró á la persona que acababa de aparecer, y el terror se pintó en sus ojos.

Era el Gran Duque.

La pobre niña iba conociendo demasiado, á pe-

sar de su inocencia, el lazo que se tendía á su honra, y se puso á temblar deplorando su vanidad que la habia arrastrado á él.

Pensó de qué modo podria salir de aquel deplorable lance, y se dijo que sólo podria lograrlo con la huida.

Pero cuando echó el velo sobre su rostro para salir, vió desaparecer á la Princesa.

El Duque se sentó á su lado y quiso tomarle una mano, que ella retiró.

—Señor, le dijo, dejándose caer á sus piés de rodillas; ¡léjos de querer perderme, dadme vuestro amparo! Soy, es verdad, la esposa de un hombre del pueblo; ¡pero soy tambien Blanca Capelo, de la ilustre familia veneciana que lleva este nombre! Si soy victima de una violencia, la República os pedirá cuenta de mi... ¡porque mi hermano, que ha permanecido mudo ante el enlace desigual que contraje, no callará ante mi deshonor! ¡Señor, ya que sois grande y poderoso, no ultrageis al desvalido, sino tendedle vuestra mano protectora! ¡Yo he amado ciegamente á mi marido, aún le amo, y, sobre todo, amo á mi honor! Si algun dia os llego á inspirar un cariño verdadero, si deseáis mi presencia, elevadle á él, porque ahora huyo de vos, y sólo á su lado me vereis en la córte.

Hablando así, Blanca lloraba y su llanto aumentaba de tal modo su belleza natural, que Francisco

de Médicis la miró durante largo tiempo estasiado y silencioso.

—Alzad, señora, le dijo presentándole su mano con respeto; alzad y nada temais de mí; ¡no permita Dios que yo ultraje jamás la belleza, la inocencia y la virtud desvalida! Ya no deseo nada de vos, sino que admitais mi proteccion desinteresada para vuestro esposo; decidle que se presente en mi palacio, y decidme vos ahora su nombre.

—Se llama, dijo Blanca, Pedro Bonaventuri.

—Está bien; con sólo nombrarse, llegará hasta mi; ahora idos y nada temais.

Blanca besó, llena de reconocimiento, la mano de Francisco, y se puso de pié, dirigiéndose al instante á la puerta, cubierta con su blanco velo.

El soberano la siguió con una mirada triste.

—¡Adios, mis dulces sueños! murmuró: ¡vuelvo á los áridos negocios, á los rudos cuidados del gobierno sin ninguna compensacion! ¡Pero, á lo ménos, llevo conmigo el consuelo de no haber faltado á lo que prescribe el honor!

Y el Gran Duque, despues de dar lugar á que Blanca se alejase, salió lentamente del palacio Costello, con gran asombro de la Princesa, que no acertaba á explicarse el giro que habia tomado aquel negocio.

Blanca refirió á su marido todo lo ocurrido con la más escrupulosa fidelidad; éste la abrazó elogian-

do lo que él llamaba su virtud, y que no era otra cosa que lo que hubiera hecho toda mujer honrada.

Apénas se hallarian palabras para descubrir el júbilo de Pedro al oír que el Duque le llamba y que habia asegurado á Blanca de su proteccion: pensar que iba á obtener un cargo en la córte, que iba á salir Blanca de la penosa oscuridad en que vivia, que iba á alcanzar, por fin, una posicion envidiable, era como un sueño brillante que no acertaba á explicarse su entendimiento; aquel dia fué de verdadera fiebre para los dos esposos, y los pocos instantes en que pudieron adquirir alguna serenidad, los ocuparon en preparar el traje que debia ponerse Pedro.

Acordaron que comprase uno de seda, negro, acuchillado de terciopelo, que era un medio de decencia entre la pobreza y el lujo; y despues de vestido con él, fuerza es confesar que habia muy pocos que hubieran podido sostener la competencia con el esposo de Blanca.

—¡Adios! dijo abrazando á su mujer; cuando haya vuelto, ya no seremos pobres y oscuros plebeyos; ya estaremos en el camino de los honores y de las riquezas.

Blanca esperó á su marido con profunda ansiedad, y recostada en aquella misma ventana donde la habia visto el Gran Duque.

Cerca de las doce, volvió Pedro, y Blanca salió á su encuentro.

En el semblante de su marido conoció que traia buenas nuevas.

—¿Qué hay? le preguntó Blanca con la más viva ansiedad.

—¡Dentro de algunos dias, repuso él, causaremos envidia á todos! ¡El Duque me ha nombrado su tesorero mayor! Mañana iré á cobrar un adelanto sobre mi sueldo, y pasaremos á ocupar uno de esos lujosos palacios que con tanta envidia mirabas. ¡Blanca mia! ¡Ya vas á ser rica y envidiada de todos! ¡Ya no te desdeñará tu familia! ¡Ya soy más de lo que ha sido nunca tu hermano!

—¡Oh, sí! exclamó la jóven; ya verás ahora cómo buscan mi amistad y mi cariño; todo lo es la riqueza y el poder en el mundo; hartó bien lo he aprendido ahora, y hartó bien me acordaré de ello mientras viva! ¡Riqueza; poder! ¡Hé aquí lo que debe ser nuestra sola aspiracion y á lo que debemos encaminar todos nuestros proyectos en adelante!

Al hablar así Blanca, lanzaban chispas sus ojos; sus mejillas estaban encendidas, su seno palpitaba con fuerza, se veía claramente que despertaba en ella lo que hasta entónces habia dormido, lo que era su pasion dominante, la ambicion.

Aquella pasion se trasmitió, como una chispa eléctrica, al alma débil de su marido; en adelante, su mismo amor á Blanca debia ceder á ella, y su esposa debia ser la primera víctima.

Inútil parece decir que los dos esposos no durmieron, ni aún se acostaron aquella noche.

Así que la aurora envió al mundo su primera luz, salieron para buscar su nueva vivienda.

Blanca llevaba el traje de noble, que había abandonado al casarse, y que había sacado de nuevo para ir al palacio Costello.

Su marido el vestido que había comprado para ir al palacio de Médicis.

Ninguna vivienda de las que estaban para alquilar les parecía bastante suntuosa. Pedro hallaba ésta estrecha, la otra oscura, la otra barata; se fijaron por fin, en un lindo palacio cerca del de Médicis, y quedó convenido entre ellos que así que Pedro percibiese su adelanto, iría á pagar el alquiler.

Pocos días despues, el palacio amueblado suntuosamente y lleno de criados que vestían una magnífica y lujosa librea, recibía á los esposos Bonaventuri.

Iban solos; la madre de Pedro, acometida de una enfermedad repentina, había muerto ántes de sentir los efectos de la nueva posición de su hijo.

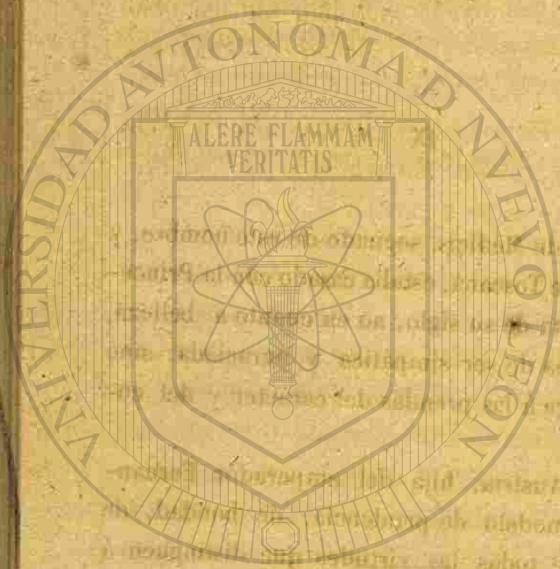
Cualquiera hubiera dicho que aquella buena y sencilla anciana había querido morir en la humilde oscuridad en que había nacido, sin conocer las mudanzas de la fortuna.

Pedro no sintió esta pérdida sino de un modo muy lijero.

La prosperidad y la riqueza le sonreían en lontananza, y no podía fijarse en la muerte.

Blanca aún lo sintió ménos; jamás había amado á aquella mujer, tan humilde, tan ruda, tan ignorante de todas las cosas de la tierra, ménos del amor que se debe á Dios y á la familia.

Los dos esposos entraban, pues, de lleno y solos en la gruta misteriosa de la fortuna, que les abría sus brazos sonriéndose locamente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES",

IX. tpo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Francisco de Médicis, segundo de este nombre, y Gran Duque de Toscana, estaba casado con la Princesa más perfecta de su siglo, no en cuanto á belleza, pues no pasaba de ser simpática y agraciada, sino por lo que toca á las prendas del carácter y del corazón.

Juana de Austria, hija del emperador Fernando I, era un modelo de prudencia, de bondad, de nobleza, y de todas las virtudes que distinguen á nuestro sexo.

Hé aquí lo que de ella dice el padre Hilarion Coste, en su *Galería de mujeres ilustres*, en la que le da un lugar honorífico.

«Era el refugio de los desgraciados, el apoyo de los débiles, el consuelo de los afligidos, el recurso de los miserables, el amparo de las viudas, el contento y el reposo de todos.»

Juana amaba apasionadamente á su marido; á pesar de las frecuentes infidelidades del Duque, ja-

más se quejó, y se contentaba con derramar llanto en secreto, sin dar á nadie cuenta de sus penas.

Esta admirable fortaleza le grangeó todo el amor y el respeto del severo Cardenal, hermano de su marido, Fernando de Médicis, que la aclamaba por una de las más perfectas personas de su tiempo.

—¿Por qué no os quejais á Francisco de su vida desordenada? le preguntaba algunas veces el Cardenal.

—¿Y qué adelantaria con quejarme?

—En primer lugar, que supiera que no ignorais sus excesos; despues, que se enmendase de ellos.

—Sea que estos excesos sean hijos de su poco amor á mí, sea que á ellos le lleve una irresistible afeccion, creo, hermano mio, que adelantaré más con la prudencia que con quejas inútiles; porque si no puede ó no quiere dejarlos, ¿qué harán mis quejas y mis lamentos? Irritarle contra mí, ó acaso precipitarle en mayores excesos; lo mejor que puedo hacer es fingir que todo lo ignoro, pues en tanto que me oculte sus extravíos, aún me respeta lo bastante.

Sin embargo, todos los extravíos del Duque cesaron, pero no por su enmienda, sino para dar lugar á una pasion más terrible y más peligrosa que todos ellos.

La belleza de Blanca Capelo habia herido su corazon de una manera incurable; vana fué la resistencia de la jóven, y vanos sus propósitos de des-

echar todo pensamiento impuro hacia ella: cuanto más violencia se hacia, tanto más crecía su pasion.

Descando á toda costa de acercarse á Blanca, procuró y consiguió que la Gran Duquesa la nombrase su dama de honor.

Juana de Austria tenia poca más edad que Blanca; la hermosura simpática de ésta, su dulce carácter, sus maneras afectuosas cautivaron á la Princesa, que llegó á no poderse pasar sin ella.

La envidia agitó bien pronto sus negras alas sobre la cabeza de Blanca Capelo, y no faltó quien fuese á contar á su señora que el Gran Duque se hallaba ciegameute enamorado de ella.

Juana palideció al oir esta acusacion; si era verdad, llegaban sus penas al último extremo á donde podian llegar; tenia en su casa, bajo su techo, á su rival, á su enemiga, ella la habia conducido allí sin saberlo, sin sospecharlo siquiera.

No obstante, procurando dominar su dolor, respondió á la que habia ido á darle aquella noticia, que creia en dos cosas; en la virtud de Blanca, y en que su esposo la respetaba demasiado para poner ante sus ojos semejante intriga.

Pero á pesar de aquella fortaleza aparente, una pena secreta devoraba su corazon.

Veia á su marido pálido, desmejorado, sombrío, meditabundo; le veia inapetente, martirizado por un

tenáz insomnio; ¿de dónde nacia aquella mudanza tan triste?

Observó con cuidado á su dama de honor, pero ésta no daba el más leve motivo para sus sospechas.

Iba á palacio siempre acompañada de su marido; permanecía allí constantemente hablando de la Gran Duquesa, y su marido volvía á buscarla.

Juana decidió interrogarla implorando su franqueza y su lealtad.

Pero Blanca era muy sagaz; comprendió que, confesando la persecucion del Duque, nada más conseguía que mortificar á su esposa y negó redondamente que jamás hubiese existido relacion alguna entre ella y Francisco.

Juana se tranquilizó, y siguió llenándola de pruebas de su amistad y de su cariño.

El Gran Duque, deseando por su parte captarse la gratitud de Blanca, colmaba sin cesar á Pedro de distinciones y honores, y el antiguo dependiente de los Salviati de Venecia llegó á ser, en pocos meses, el magnate más opulento y poderoso de la córte de Toscana.

El lujo de los dos esposos no tenia límites. Blanca, ambiciosa y dominante, sabia, sin dar esperanzas positivas al Gran Duque, obligarle á continuas pruebas de munificencia: así, pues, no llegaba día señalado para la familia del Gran Duque y áun para

la de Blanca, que no recibiese ésta algun presente de gran valor.

Ya era un soberbio aderezo de pedrería; ya un vestido de brocado de oro con acuchillados de raso blanco y perlas.

Blanca eclipsaba á todas las damas en lujo y en hermosura, y su arrogancia se hizo de tal modo grande, que atrajo muchas enemistades.

Blanca no podia contar con una sola amiga; es verdad que la Gran Duquesa la amaba y protegía; pero esto era en una esfera muy elevada; en la de la vida usual sólo tenia enemigos y rivales.

La envidia rodeaba á los dos esposos con su negra tela; áun tenia más enemigos Pedro que su esposa; su petulancia, su altivez, su duro corazon para todo el que sufría é imploraba su misericordia, no conocia límites, y en aquella pequeña córte en que los ódios fermentaban y en que el asesinato era una cosa muy natural, su vida se hallaba expuesta á mil peligros.

Habia en el palacio de Médicis un hermoso niño, que era quizá la persona que más amaba á Blanca.

Don Juan de Médicis, hermano natural del Gran Duque, y de edad entónces de once años, sentía por la bella dama de honor una ternura ilimitada.

Aquel Príncipe, hijo del Gran Duque, padre de Francisco, y de una mujer que habia muerto hacia dos años, fué reconocido y educado por su hermano

á instancias de su esposa la benéfica y angelical princesa Juana.

Blanca Capelo hizo tambien de aquel niño el instrumento de su ambicion, y cuando no se atrevia á pedir alguna cosa á los soberanos, era D. Juan el encargado de alcanzarla.

—¿Por qué me quereis tanto, Monseñor? preguntó un dia Blanca al tierno Príncipe.

—Os quiero, señora, repuso éste, porque os pareceis á mi madre.

—¿Os acordais de ella?

—¡Si! Viviamos en el campo, en una bella casa sombreada por árboles; delante de ella corria un rio pequeño, cuyas márgenes estaban bordadas de flores... ¡Qué hermoso era aquello! ¡Yo era pequeñito, pero me acuerdo de que allí cantaban los pajaritos, y reia la fuente! ¡Mi madre se parecia á vos; una tarde se puso muy blanca, se durmió en un sillón y ya no se volvió á despertar!

Don Juan lloraba al acabar de pronunciar estas palabras.

Blanca procuró no volver á tocar más esta conversacion.

Poco tardaron en llegar á Florencia Victorio Capelo y su esposa Lucrecia; al saber la elevacion de Blanca y de su marido, olvidaron todos sus resentimientos, y corrieron á participar de ella; y el que habia negado á su hermana una pequeña pensión

para que pudiera vivir, no se avergonzó de aceptar sus beneficios.

Francisco II, deseando captarse de todos modos el afecto de Blanca, nombró á Victorio su primer Ministro, y de esta suerte, la del reino quedó entre las manos de Pedro Bonaventuri y de Victorio Capelo.

Bien pronto gimió la Toscana bajo el peso de sus exacciones; bien pronto se multiplicaron los descontentos, y este estado de exasperacion creció todavía con la repentina muerte de la Gran Duquesa, pérdida cruel é inopinada, que sumió los Estados del Duque en el mayor dolor.

La muerte no se contentó con herir á aquella ilustre víctima; la envidia y el odio armaron las manos de los enemigos de Pedro Bonaventuri, y una noche, al volver á su casa, fué éste cosido á puñaladas.

Pedro quedó muerto en el acto, y hasta la mañana siguiente no fué hallado su cadáver.

El terror, la angustia de Blanca al ver entrar el cuerpo de su marido, no es fácil describirlos; le habia amado de todo corazón, y su pena fué tan grande como sincera.



X.

La muerte había roto casi al mismo tiempo todos los lazos que, uniendo al Gran Duque y á Blanca con otros seres, los separaban á ellos.

Francisco quedaba viudo, y también la mujer á quien, á pesar de disimularlo, no había cesado de amar.

Los asesinos de Bonaventuri permanecieron encerrados en el más profundo misterio, lo que no era extraño en aquella época en que el asesinato por el puñal y por el veneno se tenía por la cosa más natural y más corriente.

Los que habían dado muerte al favorito, eran dos asesinos de oficio pagados por sus enemigos, que, después de consumado el crimen, huyeron de Toscana.

Blanca permaneció encerrada durante muchos días en su palacio; con la muerte de la Gran Duquesa, su cargo en palacio había cesado.

La corte entera murmuraba de aquella linda joven, rica y libre.

Achacaban á Blanca la muerte de la Gran Duquesa.

Atribuian al Gran Duque el asesinato del esposo de Blanca.

Se desplegó el rigor contra estas habladurías; se hicieron prisiones y algunos personajes fueron sepultados en las cárceles de Estado.

Pero el rigor, como sucede casi siempre, acreció los odios, y los descontentos se quejaron al cardenal de Médicis de estar gobernados por la favorita del Gran Duque.

El Cardenal escribió desde Roma á su hermano; éste respondió que ignoraba á qué aludían sus amonestaciones, pues ninguna clase de relaciones le unía á Blanca.

Francisco, al ménos por entónces, tenia razon; ni él era culpable de la muerte de Bonaventuri, ni Blanca lo era de la Gran Duquesa.

A ésta, la habia llevado Dios á su seno.

Pedro habia sido víctima de la envidia y del odio.

A pesar de todo, los dos siguieron siendo culpables ante el mundo.

Francisco II, de carácter demasiado independiente para doblegarse á mezquinas consideraciones, pasados los primeros dias de su luto, fué á casa de Blanca y le renovó todas las protestas de su amor.

—Señor, dijo la jóven, ¿qué quereis de mi? ¿Acaso

pensais que, porque soy viuda, me doblegaré á ser vuestra manceba? ¡No lo espereis jamás!

—No lo espero, Blanca, dijo el Gran Duque, y os amo y os estimo demasiado para que jamás lo haya esperado; tengo acerca de vos otras miras más altas.

—¡Otras miras! repitió asombrada la jóven.

—Sí, por cierto.

—¿Y cuáles son esas miras, señor?

—¿No lo adivinais?

—Confieso que no.

—Pues bien, quiero haceros mí esposa.

—¡Yo Gran Duquesa de Toscana! exclamó Blanca, que palideció ante la idea de semejante elevacion.

Luego, dominando su alegría, añadió:

—¿Y no temeis, señor, á la oposicion de vuestros vasallos?

—A nadie temo.

—¿Ni al odio que me profesa el Cardenal, vuestro hermano?

—Tampoco.... pero, añadió Francisco, os voy á advertir una cosa, Blanca.

—Decid, señor, repuso la jóven, no sin algun sobresalto, producido por el temor de que se deshiciese su boda.

—Nuestra boda tiene que ser secreta; perdonadme el que os lo diga, y el que me vea obligado á esta medida de política.

—Está bien, señor, dijo Blanca, conociendo que

no sería prudente, por el afán de ganar mucho, perderlo todo; es demasiado grande la honra que me haceis para que yo me atreva á pedirós más.

Pocos dias despues de aquella conversacion, se efectuó el casamiento en la capilla del palacio ducal, y sin más testigos que dos servidores adictos al Gran Duque.

Blanca ceñia á sus sienes una corona soberana.

La desposada no pudo resistir al deseo de contar á su hermano y á la esposa de éste hasta dónde habia llegado su fortuna, y esta noticia se trasmitió á algunas personas que se apresuraron á ir á rendir á los piés de Blanca el incienso de su adulacion.

Poco á poco se fué formando, al rededor de la jóven, una córte brillante y numerosa.

La noticia de aquel enlace llegó hasta Roma, y á oídos del cardenal Fernando, que áun en los momentos en que estaba más dominado por su enojo, lo puso en duda; sin embargo, queriendo cerciorarse de la verdad, partió precipitadamente para Florencia, y se fué derecho al palacio del Gran Duque.

Halló á éste enfermo de gravedad; el severo prelado tenia el paso abierto y franco, y llegó hasta la cámara de Fracisco, por una série de suntuosos salones, en todos los que se hablaba en voz baja y reprimida.

Al paso del Cardenal, todos se descubrian y se

inclinaban con tanto temor, por lo ménos, como respeto.

La cámara del Gran Duque, espaciosa y alogre de ordinario, estaba al entrar el Cardenal Fernando, á una media luz; un médico se hallaba entre los cortesanos, agrupados á un lado de la estancia; al lado del lecho, y sentada en un sillón esculpido, se veia á una mujer.

Era Blanca; sólo de su mano admitia el ilustre enfermo las medicinas y los alimentos y ella era la única persona encargada de su asistencia y cuidado.

A los piés de la cama, el príncipe Juan ojeaba un libro con láminas de caza.

El Cardenal entreabrió las cortinas del lecho, y miró á su hermano que estaba pálido é inanimado.

Blanca se asustó un poco á la vista del Cardenal; pero reflexionando despues que ya era la Gran Duquesa de Toscana, y que nada tenia que temer de él, se tranquilizó y procuró demostrar serenidad.

Hizo ademán de levantarse para saludar al Cardenal, pero éste le volvió la espalda, como si no la hubiera visto, y se fué derecho al médico, al que hizo una señal imperiosa.

El doctor acudió á ella.

—Vais á decirme, sin rodeos, cuál es el estado de mi hermano, dijo el prelado.

—Muy grave, Monseñor, respondió el médico sin vacilar.

—¿Ofrece peligro?

—De muerte.

—Está bien; ya no os necesito, dijo Fernando.

Acercándose luego á los nobles, preguntó con voz serena y vibrante:

—¿Podreis decirme, señores, quién es esa mujer que se halla á la cabecera del lecho de mi hermano?

Nadie respondió á esta pregunta.

—Juan, añadió el Cardenal dirigiéndose á su hermano, venid aquí.

El niño se acercó temblando.

—¿Quién es esa mujer, que se halla en la alcoba de nuestro hermano? volvió á preguntar Fernando.

—¡Es Blanca! respondió el niño.

—¡Blanca!

—¡Sí, Blanca Capelo, viuda del Sr. Pedro Bonaventuri!

—¡Y bien! ¡Yo creía que, muerta la Gran Duquesa, nuestra muy amada hermana, á quién Dios se dignó llamar á sí, ninguna otra mujer tenía el derecho de estar al lado del Gran Duque!

—Hermano, repuso Juan, la señora Bonaventuri nos ama á S. A. y á mí, nos cuida, y le asiste en su dolencia.

—Eso será muy bueno para que se emplee en las funciones que competen á tu aya, repuso el Cardenal; pero me parece que S. A. ha salido ya de la edad en que se necesitan las directoras de educación.

Acercóse dicho esto de nuevo á la alcoba; y dijo severamente á Blanca

—Retiraos, señora.

Blanca, ofendida, miró al Cardenal con iracundo semblante.

—Retiráos, repitió éste; tengo que hablar á mi hermano!

Blanca comprendió que nada conseguiría con irritarse, y que para aquel hombre terrible era necesario emplear la diplomacia y no la fuerza, y salió de la cámara.

El Cardenal se sentó á la cabecera de su hermano.

Y como si éste hubiera adivinado su terrible presencia, alzó los ojos y se volvió hácia él.

—¡Hermano! dijo mirándole con asombro; ¡vos aquí!

Luego añadió como si sus padecimientos le molestasen mucho.

—¡Estoy muy malo!

—Ya lo sé, repuso el Cardenal; estais muy enfermo del cuerpo y tambien del alma; y yo he venido á ver lo que se hace para salvar el primero, y á sanar, si me es posible, la segunda; no me mireis así, Francisco; estamos solos y voy á hablaros de hermano á hermano; ó mejor dicho, como un ministro de Dios á un grande penitente.

—Ya os escucho, dijo el Gran Duque; hablad y yo responderé á todos los cargos que me hagais.

—¡Pues bien! ¿Quién es esa mujer que he hallado al lado de vuestro lecho?

--Blanca Capelo.

--¿Y con qué títulos está aquí?

—Con el más sagrado que puedo alegar.

—¡Un título sagrado! murmuró el Cardenal que se volvió pálido

—¡Sí; con el sagrado título de esposa mía!

—¿Cómo! ¿Os habeis casado con esa mujer?

—¡Sí!

—¡No, eso no puede ser, eso no será! ¿No bien habeis perdido á vuestra santa, vuestra angelical esposa, quizá á causa de las penas que vuestras relaciones con esa misma mujer le ocasionaban, y os casais con ella? ¡Eso sería indigno!

—Pues esa es la verdad.

—¿Os habeis casado con Blanca Capelo?

—Blanca Capelo es mi esposa; á darle mi nombre me ha inducido un violento amor, y tan sólo hay que culpar á la debilidad humana; pero como quiera que sea, yo os aseguro, hermano mio, que en tanto que el esposo de Blanca ha vivido, no he sostenido con ésta relaciones de amor, y que, si bien la amaba apasionadamente, he sabido encerrar este amor en lo más profundo de mi corazón, hasta el día en que la voluntad de Dios la dejó libre; ahora que ya sabeis cuáles son los derechos de Blanca, sabed tambien que si Dios me deja recobrar la salud, pienso

publicar al instante mi matrimonio con ella, puesto que nada se opone á que goce del rango que le corresponde.

El Cardenal se hallaba pálido y convulso; el furor le ahogaba; él hubiera deseado que Francisco se hubiese casado con una princesa poderosa, cuya familia hubiera aumentado el esplendor de su casa; pero la union de su hermano con aquella vasalla, con aquella plebeya que parecia dominarle de tal modo, le ponía en un estado de furor, difícil de expresar.

Sin embargo, como hábil diplomático, ahogó su enojo, y pareció como que se conformaba con la voluntad de su hermano.

—Si estais unido por esos lazos á Blanca, le dijo, creo lo más acertado que deis publicidad á vuestro matrimonio; mas para eso debeis pedir ántes su autorizacion al rey Felipe II de España; este reino es respetado de todos, y creo que seria muy impolitico que no le pidiéseis su venia para publicar vuestro enlace; ahora, Francisco, quiero dejaros reposar.

El Cardenal salió de la alcoba de su hermano con el semblante severo, pero reposado; nadie, al verle, hubiera sospechado la tempestad que rugía dentro de su alma.



XI.

No bien se halló Fernando de Médicis sólo en la cámara que á toda prisa se le habia dispuesto en el palacio ducal, oyó llamar suavemente á la puerta; contrariado, mandó al camarero, que tenia para su servicio en la estancia inmediata, que dijese que no queria recibir á nadie.

El camarero lo hizo así; pero la persona que solicitaba entrar, y que tenia por cierto una dulce voz, insistió:

—Decid á Monseñor, exclamó, que es una dama quien desea verle.

—No puede recibir á nadie absolutamente, señora.

—Que pase esa dama, y tú retírate, dijo Fernando al servidor.

Una mujer, de estatura mediana y llena de gracia, entró con paso ligero y levantó así que hubo salido el camarero, el espeso velo negro que caia delante de su rostro.

Detrás de aquel velo, aparecieron un semblante oval y perfecto, unos cabellos negros y una boca de

rosa y perlas; el Cardenal á pesar de su austeridad, quedó mirando asombrado á aquella mujer.

—Monseñor, dijo ésta; yo soy Lucrecia Piombo, la esposa de Victorio Capelo, hermano de Blanca.

—¡Y bien! dijo el Cardenal arrugando su espaciosa frente al oír el nombre de Blanca.

—Presumo, Monseñor, que estareis irritado contra mi hermana, que ha sido además y sigue siendo mi mejor amiga.

—¿Por qué pensais eso? dijo Fernando que no sabia á dónde Lucrecia iba á parar.

—No sé por qué, Monseñor, se me figura que Blanca os es odiosa; pues bien, os suplico que le tengais alguna consideracion; no es la favorita, es la esposa del Gran Duque.

—Ya lo sé, repuso el Cardenal.

—¡Lo sabeis! repitió Lucrecia fingiendo, de una manera admirable, una profunda sorpresa.

—Lo sé.

—¿Quién os lo ha podido decir?

—Mi hermano.

—¡Es posible! y... ¿no os ha dicho lo demás?

—¡Lo demás! ¿Qué quereis decir?

—¿Sólo sabeis eso?

—¿Qué más puedo saber?

—Que Blanca...

—¡Acabad!

—Blanca está en cinta.

La palidez, signo de su terrible ira, volvió á vestir la adusta frente del Cardenal; no sólo su hermano contraia un enlace desigual, sino que lograba un hijo, el primero, y el que le arrebatava todas las esperanzas de poder y de engrandecimiento.

—¡Y bien! Si mi hermano se ha casado, nada hay más natural sino que tenga hijos, dijo procurando que Lucrecia no descubriese su turbacion.

—¿De modo que no os enojais por el matrimonio de Blanca?

—No.

—¿Ni le perseguireis?

—No.

—Gracias, Monseñor.

—¿De qué me dais las gracias?

—Os las doy por vuestra justicia. Blanca me habia enviado á implorar vuestra piedad en nombre de su hijo.

—¿Ella os ha enviado?

—Sí, Monseñor.

—Pues decidle que esté tranquila.

Lucrecia salió.

En el corredor donde se hallaba la puerta de la cámara del Cardenal, y oculta en la sombra, vió á otra mujer que la esperaba.

—¿Qué hay? preguntó ésta rápidamente.

—Ya he cumplido tu encargo.

—¿Y se ha irritado?

—¡Mucho! pero no lo ha dado á conocer.

—¿Sabia mi casamiento?

—Sí.

—¿Quién se lo habia dicho?

—El Gran Duque.

—¿Será posible!

—Así me lo ha dicho él mismo; por lo tanto procura llevar adelante esta farsa que podia costarnos cara si se descubriese; pero que de permanecer oculta, es la prosperidad, es el poder supremo para tí.

—Sí, dijo Blanca con calor; esta noche noticiare á mi marido mi supuesto embarazo; despues aparentaré mala salud, y cuando llegue la época del alumbramiento, deberé á un pobre niño expósito el poder asegurar sobre mis sienés la corona de Toscana; de lo contrario... sí, estoy segura de ello, me la arrebatarían. ¡Oh, sí! ¡El Cardenal me aborrece, me detesta! ¡Lo sé, lo siento aquí, en el fondo de mi corazon!

—¿Si hubieras visto las alternativas de su semblante en tanto que yo le he hablado, aún le temerías más! ¡En aquella palidez estaban encerradas las más terribles amenazas?

—No necesito verlo, dijo Blanca; lo adivino, ó mejor dicho, te repito que me lo dice el instinto de mi corazon; ahora, Lucrecia, está segura de que yo sabré recompensar tu celo y tu generosa ayuda.

—Oigo gente, dijo Lucrecia; separémonos; luego iré á buscarte.

Lucrecia desapareció ligera como una corza, y la Gran Duquesa volvió á su cámara.



XII.

Puede decirse que Felipe II de España, rega entón- ces los destinos del mundo todo.

Su profunda política era respetada de todos los soberanos que rendían justicia á la grandeza de su talento, y temían tanto su altivez como su prodigio- sa fuerza de voluntad.

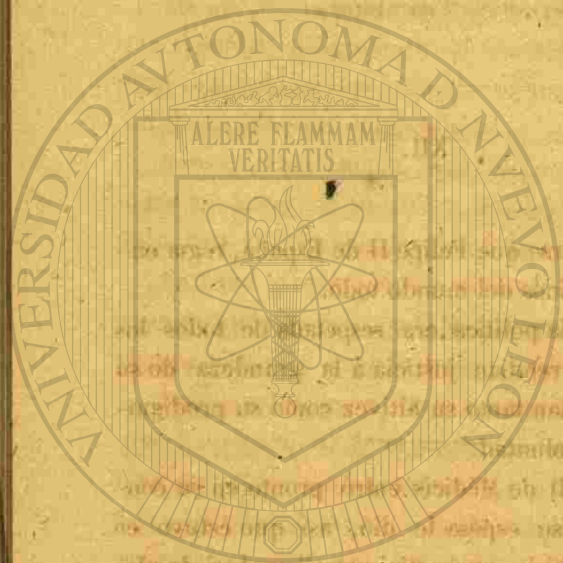
Francisco II de Médicis entró pronto en su con- valecencia, y su esposa le dió, así que estuvo en estado de recibirla, una noticia que le colmó de ale- gria y apresuró su restablecimiento.

Esta noticia era que se hallaba en cinta de cinco meses.

Tan indigna superchería, pues ya sabemos por la conversacion de Blanca con la esposa de su her- mano que no existía su embarazo, debía Dios casti- garla severamente, y así sucedió.

La ambicion fué la que aconsejó á Blanca aquella mentira.

Se dijo que, teniendo un hijo, seria declarada so-



XII.

Puede decirse que Felipe II de España, rega entonces los destinos del mundo todo.

Su profunda política era respetada de todos los soberanos que rendían justicia á la grandeza de su talento, y temían tanto su altivez como su prodigiosa fuerza de voluntad.

Francisco II de Médicis entró pronto en su convalecencia, y su esposa le dió, así que estuvo en estado de recibirla, una noticia que le colmó de alegría y apresuró su restablecimiento.

Esta noticia era que se hallaba en cinta de cinco meses.

Tan indigna superchería, pues ya sabemos por la conversacion de Blanca con la esposa de su hermano que no existía su embarazo, debía Dios castigarla severamente, y así sucedió.

La ambicion fué la que aconsejó á Blanca aquella mentira.

Se dijo que, teniendo un hijo, seria declarada so-

berana del Gran ducado, porque su casamiento se anunciaría al instante para legitimar al Príncipe.

Este cálculo salió como ella deseaba.

Así que se pasaron cuatro meses, Blanca anunció que se sentía indispueta y su intencion para marchar en seguida á una casa de campo para que se verificase allí su alumbramiento.

Pero el Gran Duque, que cedía con facilidad á todos los deseos de su esposa, aunque no se opuso á ellos, esta vez fué con condicion de acompañarla.

En vano Blanca insistió; el Gran Duque declaró expresamente su voluntad de acompañarla para no separarse de ella y ver lo ántes posible á su hijo.

Blanca entónces se arrojó á los piés del Gran Duque, y creyó morir de vergüenza al tenerle que confesar que no existía su embarazo.

—¿Qué decís? exclamó Francisco atónito; ¿así me habeis engañado? ¿Qué ha podido induciros á semejante fingimiento?

Blanca, trémula y llorosa, no halló palabras para contestar.

—Ya me lo figuro, añadió el Gran Duque; ¡veo con dolor que lo que predomina en vos es la ambicion! ¿No os bastaba ser mi esposa querida, y la dueña de mi corazon y de mis pensamientos? ¡Lo que vos anhelábais era el rango soberano! ¿Y para esto me habeis hecho concebir las más gratas esperanzas? ¿Y para esto íbais á engañarme legando mis

caricias, todo mi amor, mi corona, en fin, á una criatura bastarda? ¡Quizás á un hijo del crimen! ¡Qué cruel desengaño!

—¡Y bien, señor! exclamó Blanca, que ya habia tenido tiempo de recobrar alguna serenidad; ¿qué perdeis vos ahora con prestaros á mi proyecto secundándole? Dividis el trono conmigo, y haceis la felicidad de una pobre criatura sumergida en la miseria y en el abandono. Descubriendo lo que no quiero negar que sea una culpa, me perdeis, y me exponéis al ódio y á la venganza del Cardenal, vuestro hermano, que ya me aborrece. ¡Señor, tened piedad de esta infeliz mujer sin otro amparo que vos! ¡Ved que me perdeis para siempre si descubris mi engaño, porque yo no podré soportar mi vergüenza, y huiré de la ciudad, y hasta de Toscana!

Blanca estaba tan hermosa llorando, y el Gran Duque se hallaba tan apasionado de ella, que no pudo resistir á sus súplicas y á sus ruegos, concluyendo al fin por prestarse gustoso á lo que nunca debió, que fué á secundar tan indigna como inicua extratagemas.

Los dos esposos partieron para su casa de campo, sin más comitiva que el hermano de Blanca, Victorio, su esposa y algunos criados que les merecian toda confianza.

Allí se llevó un pobre niño expósito, y se simuló un alumbramiento con todas las ceremonias que para

estos casos usan los soberanos en el nacimiento de sus hijos.

Dos dias despues, el Gran Duque envió un embajador á Felipe II de España participándole que habia tenido *un hijo varon*, y pidiéndole su beneplácito para publicar su casamiento con Blanca Capelo que hasta entónces habia sido reservado y que convenia hacer saber para legitimar aquel vástago real.

Felipe II respondió como deseaba el Gran Duque, bien ageno de aquella supercheria.

Un mes más tarde, una pomposa embajada fué á anunciar á Venecia el nuevo enlace, y Francisco de Médicis escribió al Dux Nicolás Ponte.

«Yo miro á Blanca como hija de vuestra serenísima república, de la cual yo voy á ser hijo por alianza, como lo he sido hasta aquí por inclinacion y respeto.»

La carta terminaba alabando la dichosa fecundidad de la Gran Duquesa, su amada esposa.

El Senado anunció públicamente que la república accedia á los deseos de Francisco, que le consideraba como su aliado y como su hijo muy amado, y para recibir á su embajador se desplegaron todos los primores de un lujo asombroso, y jamás conocido hasta entónces.

La primera recepcion que se hizo al conde de Sforcia di Sta. Fiora, que era el enviado, fué en el palacio Capelo; en aquel palacio, morada de la ado-

lescencia de Blanca, que ella habia abandonado sólo durante algunos instantes con su amante, el pobre Bonaventuri, y que el viento, ministro de los caprichos de la suerte habia cerrado, para que fuese en pós de las grandezas humanas la que se creía abandonada del mundo entero.

Victorio, que iba entre la comitiva, habia hecho adornar suntuosamente la casa de su padre; la escalera estaba alfombrada de flores y ricamente tapizada, y en los salones lucian el mármol, el oro y las sederias.

El patriarca de Aquilea, se trasladó á aquella suntuosa morada para esperar al embajador, que no tardó en llegar.

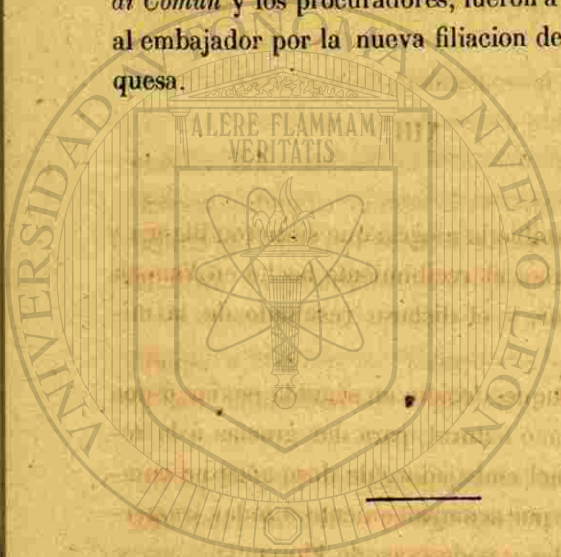
Cuarenta senadores le precedian; llegó al pórtico donde le recibió el patriarca, vestido de pontifical, con grande ceremonia; expuso su embajada y despues se le dió posesion del palacio Capelo, quedando en su compañía Victorio y la guardia de honor, además de una crecida servidumbre.

El Dux recibió al dia siguiente al conde Sforcia en el palacio de la república, y luego regresó éste al palacio Capelo.

Blanca fué declarada hija verdadera y particular de la república de San Márcos.

Publicado este decreto, se echaron á vuelo las campanas; retumbó el cañon; y la ciudad entera pareció conmovida de alegría.

El Senado en cuerpo, *los diez*, entre los que se contaban *los tres inquisidores de Estado*, los abogados *di Comun* y los procuradores, fueron á cumplimentar al embajador por la nueva filiacion de la Gran Duquesa.



XIII.

Es indescribible la alegría que sintieron Blanca y Francisco al saber el recibimiento hecho en Venecia á su embajador, y el dichoso resultado de la misiva.

El Gran Duque decidió en seguida enviar á don Juan, su hermano natural, para dar gracias á la república, y aquel embajador, de doce años no cumplidos, llevaba por acompañamiento á todas las personas más nobles y poderosas de Florencia.

Cuarenta senadores salieron á recibirle á las puertas de Venecia; y por un decreto, que se conserva en los archivos, se dió á Victorio Capelo poderes ámplios para honrar, distraer y divertir á don Juan de Médicis á expensas de la república.

El reino de Chipre fué concedido á la nueva soberana; la república envió al año siguiente sus embajadores para poner á Blanca en posesion de sus privilegios, como hija de San Márcos, y en presencia de Francisco II, adornado con su corona du-

cal, se colocó sobre la cabeza de Blanca la diadema real, señalándole el escudo de armas de la patria.

Los gastos que, para obsequiar á los embajadores, hizo la Toscana, fueron valuados en trescientos mil ducados de oro.

Poco despues de la coronacion de Blanca, tuvo lugar un suceso muy singular.

Una noche, las personas que velaban en la cámara del Príncipe, ó mas bien, de aquel desdichado niño que habia servido de pretesto para la elevacion de Blanca, se durmieron con un sueño profundo.

Un hombre entró por el balcon y se acercó cautelosamente al lecho donde dormía el inocente.

Aquel hombre iba envuelto en una capa negra, y llevaba un antifaz negro tambien.

Descorrió las cortinas de seda del lecho, y no pareció conmoverse en lo más minimo con el aspecto de la hermosa criatura; sacó de su seno un puño muy pequeño, pero muy afilado; buscó en el cuello del niño la vena yugular y la abrió con un corte casi imperceptible.

La sangre saltó: el hombre volvió al balcon y desapareció por él como una negra sombra.

Cuando los servidores despertaron, bien entrado el dia siguiente, la inocente criatura era cadáver.

¿Quién fué el autor de su muerte?

Nadie lo supo jamás.

¿Seria el Gran Duque que, habiendo ya concedi-

do á su esposa la grandeza que ésta ambicionaba, deseaba deshacerse de una criatura que le era odiosa, porque tenia que tratarla como á su hijo?

Nada hubiera tenido esto de extraño.

¿Seria el Cardenal que, dominado por su sombría ambicion, deseaba ceñirse la corona de su hermano y quiso exterminar al sér inocente que se la arrebató?

Tampoco parece improbable.

Como quiera que sea, aquel desgraciado niño sirvió sólo de instrumento para morir despues.

Blanca manifestó durante muchos dias una profunda afliccion; tenia algun cariño á aquella criatura que le habia dado la elevacion, y además pensaba con dolor que, si el Gran Duque moria ántes que ella, quedaba de nuevo á merced de sus enemigos, desposeida como estaba de los sagrados derechos de madre del heredero del trono.

En el fondo de su alma, la Gran Duquesa culpó toda su vida de este crimen al Cardenal, á quien desde este punto, detestó infinitamente más.



XIV.

Hay que decir que el Gran Duque se afligió mucho ménos que su esposa, ó mejor dicho, que no se afligió con la muerte de aquella criatura.

Cuando Blanca le comunicó sus sospechas acerca del Cardenal, le respondió;

—Querida mia, dejad en paz á mi hermano y no sintais la muerte de ese niño; por mi parte, os confieso que me alegro de verme libre de prodigar, al ménos en público, caricias paternas á una criatura que me era extraña.

Blanca se resintió profundamente de esta respuesta, y, cansada su activa imaginacion, empezó á entristecerse de nuevo.

Su natural apacible se alteró y su carácter se volvió iracundo y avaro.

Todo su afán consistía en atesorar riquezas, en las que fiaba todas sus esperanzas si sobrevivía al Gran Duque.

Sabia que, á pesar de las demostraciones que se le hacían de amor y respeto, era poco querida, por-

que el Cardenal trabajaba sordamente para hacerla decaer en el concepto de los pueblos, y no la nombraba sino dándole los dictados más injuriosos.

En esta hostil disposición de los ánimos pasaron algunos años.

Blanca pagaba, sin sospecharlo, los extragos de la extrema avaricia de su hermano Victorio, quien para satisfacerla, no perdonaba medio alguno, por vergonzoso que fuese, buscando pretextos para encarelar y vejar á los poderosos á fin de apropiarse sus fortunas.

En el otoño de 1585, el Cardenal llegó á Florencia, y anunció á su hermano y á su cuñada que iba á pasar con ellos algunos meses.

Blanca, al oír este anuncio, sintió frío en el corazón; no obstante, desde hacia ya mucho tiempo guardaba con su cuñado las formas del afecto más cordial, á pesar de detestarle tanto como le temía, y aparentó la mayor complacencia con aquella determinación.

El Cardenal aborrecía del mismo modo á Blanca, pero procuraba imitarla en su disimulo, y no había galanterías que no usase con ella.

El Gran Duque dispuso una cacería en el bello palacio que poseía en Poggio, para obsequiar á su hermano, al que siempre había amado y respetado sinceramente, y para aquella fiesta se convidó á toda la corte, partiendo á caballo y en coches en una hermosa mañana.

La Gran Duquesa, que montaba un brioso caballo negro, lo manejaba con singular gracia y maestría, y estaba radiante de belleza.

Su edad no llegaba aún á los treinta y tres años, pero su figura delicada y esbelta la hacia aparentar algunos ménos.

Procuró poner su caballo todo lo más lejos posible del coche donde iba el Cardenal, y le pareció que así respiraba con mayor libertad.

Rodeada de los jóvenes señores de la corte y de sus damas, reía y bromeaba alegremente, en tanto que el Cardenal la media con una sombría mirada.

Llegados á Poggio, se diseminaron por los jardines hasta la hora de la comida.

Esta fué espléndida, y Blanca hizo los honores con la gracia que le era tan peculiar y que añadía tanto mérito á su hermosura natural.

Al levantarse de la mesa, se habló de improvisar un baile para las primeras horas de la noche.

Blanca fué á salir para dar algunas órdenes con este motivo.

Mas apénas había dado algunos pasos, cayó embargada por un desmayo mortal.

Acudieron á levantarla, y todos vieron que se asemejaba á un cadáver.

Rígida, fría, la depositaron en un sofá.

Pero así que la dejaron en él, tuvieron que acudir al Gran Duque que se había desplomado también en

el suelo como herido por el mismo mal que su esposa.

Esta apenas respiraba.

Cuando llegaron los médicos de la casa real, á quienes se llamó á toda prisa, fueron conducidos á la alcoba de Blanca, que era la que al parecer, ofrecia mayor peligro.

Los doctores la examinaron atentamente, y uno de ellos abrió la boca para anunciar su opinion; pero de sus lábios no salió ningun sonido.

A los piés del lecho, mudo y sombrío, habia visto al terrible Cardenal Fernando.

—Es un ataque á la cabeza, dijo, del que es imposible salvar á S. A., cuya vida durará á lo sumo dos dias.

El médico, despues de pronunciar este terrible fallo, que dejó á todos helados de terror, fué conducido al cuarto del Gran Duque, que tambien se hallaba inanimado.

—S. A. tiene el mismo mal que su angusta esposa, dijo el doctor; pero complicado con otra causa; se entrega demasiado á operaciones químicas y debe haber aspirado algunas drogas perniciosas; su vida será más corta aún que la de la Gran Duquesa.

El médico pronunció estas palabras con la voz tan poco segura y con el semblante tan alterado, que empezó á circular la palabra *veneno*.

Los doctores se retiraron, poco y despues llegó 1ª

Extrema-uncion para el Gran Duque, que apenas pudo recibirla, espirando al cerrar la noche entre los más agudos dolores y los sufrimientos más espantosos.

Blanca recobró en breve los sentidos, abrió los ojos, y vió escrito el espanto en los semblantes de cuantos la rodeaban.

—¿Y mi marido? preguntó con acento apagado; ¿cómo no le veo aquí? ¿Dónde está?

El silencio respondió á esta pregunta; ninguno se atrevia á decirle la triste verdad.

—¡Ha muerto! murmuró la Duquesa; yo debo morir tambien! ¡Ah! ¡El Cardenal, el Cardenal es el verdugo de los dos!

Despes de esta formidable acusacion, la desgracida jóven no volvió ya á pronunciar una sola palabra.

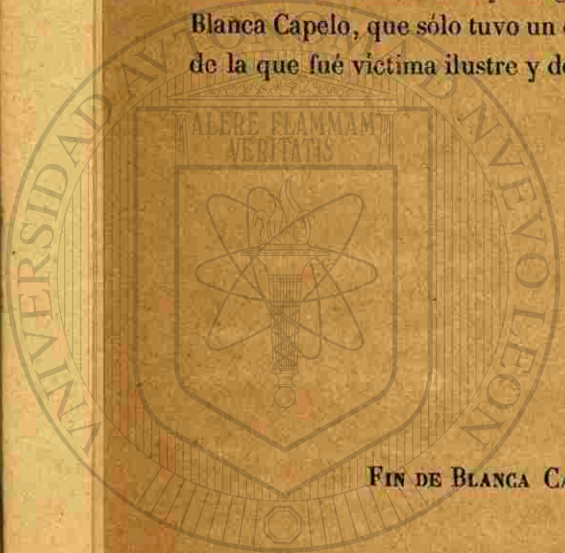
Todos los remedios que se la aplicaron, fueron ineficaces; pero tuvo tiempo de morir como buena cristiana, espirando treinta y dos horas despues que su marido.

Casi todos los historiadores y biógrafos acusan al Cardenal de aquel doble envenenamiento, y esta negra mancha pesa sobre su memoria.

El miedo cerró todas las bocas; pero la certeza quedaba en todos los corazones.

Fernando renunció al instante la púrpura cardenalicia, y ocupó el trono de Toscana, lo que corroboró todas las sospechas.

Sus súbditos le recibieron con profundo terror, y recordaron siempre con sentimiento la benigna dominación de Francisco II y las gracias y dulzura de Blanca Capelo, que sólo tuvo un defecto; la ambición, de la que fué víctima ilustre y desgraciada.



FIN DE BLANCA CAPELO.

INDICE

Pág.

Catalina Gabrielli.....9

María Delorme.....85

Blanca Capelo.....235

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



